VASOS COMUNICANTES

Revista de ACE Traductores

Primavera 2020 – número 53

VASOS COMUNICANTES
Revista de ACE Traductores

VASOS COMUNICANTES es la revista de ACE Traductores. Surgió en 1993 como revista en papel con el deseo de ofrecer a todos los interesados la oportunidad de exponer sus investigaciones, reflexiones y experiencias sobre la traducción, así como respaldar a ACE Traductores promoviendo las actividades e iniciativas que contribuyan a la mejora de la situación laboral y profesional de los traductores, al debate y a la reflexión sobre la traducción y al reconocimiento de la importancia cultural de la figura del traductor.

ISSN: 2174-9310

Quienes deseen publicar en la revista pueden ponerse en contacto con los directores en **vasoscomunicantes@acett.org**

Las normas de presentación de artículos se pueden descargar **aquí.**
VASOS COMUNICANTES no se hace responsable de las opiniones de los colaboradores, que no representan a la revista ni a ACE Traductores.

Derechos de autor: los textos publicados en VASOS COMUNICANTES están sujetos a una licencia de Creative Commons según la cual pueden copiarse, distribuirse y comunicarse públicamente siempre que se haga referencia a la fuente y el autor.

ACE Traductores
Casa del Lector
Paseo de la Chopera, 14. 28045 Madrid
914 462 961/ 912 061 710
lamorada@acett.org
vasoscomunicantes@acett.org

ÍNDICE

EDITORIAL....7
«La cultura en estado de alarma»....7
ARTÍCULOS....9
«No siempre fue abril el más cruel», de María Alonso Seisdedos....9
«Traducción en vena», de Juan Gabriel López Guix....16
«El mundo desde casa», de Alicia Martorell....20
«Propuestas de ACE Traductores para hacer frente a la COVID-19»....24
«Confinamiento traductor», de Celia Filipetto....27
«El Quijote en toga», de Arturo Peral....29
«M.ª Isabel Reverte Cejudo, *In memoriam*», de Amaya García Gallego....36
«Traduciendo territorios», de Almudena Otero Villena....41
«Traducción, pandemia y besos», de Ana Alcaina....43
«A propósito del juego verbal en el soneto XV de W. Shakespeare», de Pedro Pérez Prieto....45
«La voz soñada de Pilar Vázquez», de Vicente Fernández González....49
«Son las diez de la mañana», de Concha Cardeñoso....51
«La huella de la censura franquista: la primera traducción española de 1984», de Micaela Vázquez....53
«Una nota sobre Nella Larsen y la traducción de su novela Arenas movedizas», de Pepa Linares....62
«*In memoriam* Tarja Roinila», de Claudia Isa Baricco....67
«Los puntos sobre las íes», de Ricardo Bada....70
«Breve crónica disfuncional de un encargo de traducción», de Julia Osuna....72
CENTÓN....75
Cómo empecé a traducir, IV....75
Lecturas confinadas, I....84
Lecturas confinadas, II....90
Lecturas confinadas, III....95
Mis librerías favoritas, I....102
Mis librerías favoritas, II....102
Mis librerías favoritas, III....113
ENTREVISTAS....119
Del amigo, el consejo: entrevista a Juan De Sola....119
Entrevista a Arrate Hidalgo....123
Del amigo, el consejo: entrevista a Marc Jiménez Buzzi....124

Del amigo, el consejo: entrevista a Luisa Fernanda Garrido 126
Olivia De Miguel, entrevista de Ana Alcaina 128
Del amigo, el consejo: entrevista a Carlos Mayor 135
Del amigo, el consejo: entrevista a Amelia Serraller Calvo 137
A propósito de un tuit: entrevista a Fernando Aramburu, por Carlos Gumpert 140
Palabra de librero: entrevista a Eric Del Arco, de la librería Documenta 143
Del amigo, el consejo: entrevista a Íñigo Sánchez Paños 146
CRÍTICA 148
Sympathy for the traitor. A translation manifesto, de Mark Polizzotti. 148
Les amistats traïdes, de David Nel·lo 151
Alles verandert altijd. Perspectieven op literair vertalen, de D'hulst y Van De Poel (eds.) 154
NOVEDADES TRADUCIDAS 157
Fernando García-Baró Huarte: *Bakhita*, de Véronique Olmi 157
Concha Cardeñoso: *Canto yo y la montaña baila*, de Irene Solà 159
Coto Adánez: *Puños*, de Pauline Peyrade 160
Claudia Toda Castán: *La pared, de Marlen Haushofer* 161
Luisa Gutiérrez Ruiz: *El kalevala canino*, de Mauri Kunnas 162
Julia Osuna: *Ellas hablan*, de Miriam Toews 163
Raquel García Rojas: *Cómo entender tu género*, de Alex Iantaffi y Meg-John Barker 164
Belén Santana: *Por las trincheras. Un viaje por Europa del Este hasta Isfahán*, de Navid Kermani 165
Joaquín Garrigós: *Oceanografía*, de Mircea Eliade 167
Celia Filipetto: *El juego*, de Domenico Starnone 168
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego: *Un Raskólnikov*, de Emmanuel Bove 169
Pedro Pérez Prieto: *Poemas*, de Christopher Caudwell 171
Jaime Valero: *Somos seres alados*, de Michelle Ruiz Keil 173
NOSOTROS 175
Directores 175
Consejo de redacción 175
Corrección 176
Maquetación 176

EDITORIAL

LA CULTURA EN ESTADO DE ALARMA

Miércoles, 1 de abril de 2020.

El número 53 de VASOS COMUNICANTES llega esta primera semana de abril en plena época de crisis. La pandemia del coronavirus tiene a la sociedad encerrada en su casa, temerosa de la enfermedad, en duelo por los fallecidos y en vilo por los que siguen trabajando fuera. En apenas un par de semanas de estado de alerta, muchos han perdido su empleo, otros trabajan desde el hogar y otros tantos miran asustados el paso del tiempo, pues cada día sin actividad es un drama creciente.

Para el mundo de la cultura, a las amenazas generales se unen amenazas particulares. Las medidas anunciadas hasta ahora por el Gobierno para apoyar a los autónomos dejan fuera a los trabajadores del sector cultural, que no se ajustan a las condiciones estipuladas para recibir ayudas. Y, mientras tanto, muchos traductores de libros ven el descenso en picado o la total desaparición de su facturación por el bloqueo o la cancelación de encargos. La necesidad de una ley de excepción cultural que contemple al creador en la medida de su trabajo y no según el rasero de otras profesiones se hace cada vez más evidente.

Algunas editoriales, aprovechando el confinamiento de la sociedad, distribuyen libros en formato digital sin haber firmado contratos de comunicación pública de estas obras. O las distribuyen gratuitamente sin acordar nada con sus autores, alegando fines promocionales. Si hasta los libreros están poniendo el grito en el cielo, ¿cómo no vamos a ponerlo traductores y autores?

A esto se le suma, como denuncia Manuel Rico, presidente de la ACE, un sinnúmero de páginas web que ofrecen descargas gratuitas (e ilegales) de obras cuyos derechos siguen vivos, con la tranquilidad de conciencia que da creer que se presta un servicio a la sociedad, pero incumpliendo la ley vigente en España. Con estas líneas no queremos quejarnos contra medidas que fomentan la lectura, sino que se tomen contando con los creadores y respetando la ley.

Lamentamos que las ayudas gubernamentales y las muestras de solidaridad en las redes nos estén dando la espalda, sin advertir, al parecer, que con ello se estrangula a un sector castigado que necesita algo más que paños calientes y *hashtags* de libros más leídos. La cultura es un bien de todos, es evidente, pero no lo es menos que sin los profesionales que la hacen posible quedará condenada a empobrecerse y a desaparecer. Parece un sentir común que al final de esta crisis habrán cambiado muchas cosas en nuestra manera de percibir la sociedad; sería una lástima que no se aprovechara para conceder el justo valor a los creadores que permiten a todos disfrutar de los bienes culturales, no por intangibles menos necesarios.

El equipo de VASOS COMUNICANTES

ARTÍCULOS

NO SIEMPRE FUE ABRIL EL MÁS CRUEL

María Alonso Seisdedos

En 2019, el alumnado de la Facultad de Filología y Traducción de la Universidad de Vigo me eligió madrina de su promoción. Entre patidifusa y halagada, quise hablarles de la relación entre lenguaje y pensamiento y, con ello, resaltar el valor de la opción de vida que habían elegido. Pero una y otra vez se me atrancaba de flores el discurso y acabé contándoles mi vida, porque yo también había sido una vez como ellos y ahora estaba allí, por detrás de una tribuna que me daba por el cuello y sin tacones.

María Alonso Seisdedos, 31 de mayo de 2019

El frío

Aquel invierno fue frío. El más frío desde que me alcanza la memoria. Al menos, para mí.

Me recuerdo, ante el ordenador, no sé las capas de camisetas, forros polares, calcetines, mi peso en sobrepeso, a veces hasta gorro, no se me fueran a congelar las neuronas pocas, la humedad del Miño pegada a los huesos. El tazón de agua caliente entre las manos, incapaz yo de doblegar a los dedos ateridos y desobedientes sobre el teclado, como autónomos, como inertes, como gente que yo no fuera. Frío.

Me recuerdo abriendo la puerta de casa con la sensación de entrar en una cámara frigorífica en versión peli de muuuucho miedo. El clac que la tranca indefinidamente y un estremecimiento (no solo de terror) en la espalda. Los dedos que son míos resbalaban por su acero espejado en una tentativa de huir hacia la intemperie siempre más cálida, el color de mi rostro como exangüe. Faltaban apenas colgadas las terneras en canal, los morros de cerdo risueños, el tufo ácido a corte fresco. Podría, quizá, cernirse en el silencio oscuro de la cocina un rancio olor a garbanzos o lentejas cocidos con su puñado de arroz integral (¡ay, los lindos aminoácidos esenciales!). Hambre no diré que pasase, pues era frío lo que había —ya se ha dicho— y alguna oscuridad, iluminada, eso sí, por la relectura de los clásicos, encuadernados en símil-piel azul-nocturno y letras de falso oro viejo en el lomo.

Trabajé mucho ese invierno —nadie lo diría—, como sembrando guisantes dispuestos a perecer en la cencellada así que el brote asomara la cabeza. Entre tanto, renegaba en voz

baja, que así no gastaba (tantas) energías, y reservaba en un frasco de cristal irrompible las lágrimas para, con unas hojas de laurel robado, imaginarme un caldo de marisco. Nadie te obligó, me repetía. Y renegaba en voz baja.

Un aleteo

No hay, sin embargo, invierno que un año dure o, como dice el tópico novelesco, la noche dio paso al día. Y el día traía un arcoíris pintado. Vale, de sobra sabemos que la primavera viene cargada de alergias para quien las quiera padecer, y el verano, de sus calores, de sus sequías, de nuestros incendios. Pero, al menos, del frío ya no me podría quejar.

Seguían, y cómo no, yendo y viniendo los mensajes con documento anexo (Goián-Bruselas-Goián…), lo que viene a ser los borradores de los borradores, la enésima revisión de la revisión, con el cadáver cobrando aliento inteligible, el Maldito, el Frankenstein de las Letras Universales (aquí léase, occidentales y del alfabeto latino), poco a poco, tan despacio como pasan las noches de insomnio, apenas marcadas por el goteo porfiado e impertinente de un grifo averiado. Hasta que, por ir abreviando, ya en el corazón del otoño, llegó la hora en que hubo que despedirlo como quien manda un hijo a la vida o a la guerra, sabiendo que a partir de ese momento ya no estaría en nuestras manos alimentarlo, vestirlo, guiarlo (aquí, presta oír de fondo el aleteo de quinientas palomas y media que, en realidad, es el de las hojas de papel impreso que vomita la imprenta).

De noviembre a noviembre

Transcurrió un año del que no me quiero acordar. Estamos de nuevo en otoño y ahora, no diré que no, puestos a meter banda sonora, convendría una fanfarria. Lo que sonó, sin embargo, fue el timbre, el típico timbre y tan estridente como se quiera de un teléfono fijo. ¡Albricias! Una amiga periodista me comunicaba que nuestro *Ulises* acababa de recibir el Premio Nacional a la Mejor Traducción 2014, «por haber resuelto brillantemente el desafío y complejidad que supone la amplia combinación de registros, juegos de palabras o alteraciones presentes en el original», que es una forma como otra cualquiera de resumir mil y una páginas. No creo que mienta si digo que fui corriendo a la nevera para abrir, con un sonoro ¡pop!, la botella de cava que hay que tener siempre para estas ocasiones, si bien tal vez me aproxime más a la verdad si digo que lo que hice fue beber un vaso de agua del grifo (ni siquiera gaseosa) para suavizar la garganta de tanto grito que di por dentro.

Todo esto pasó con mucha gloria y más pena, pues en los días y meses que siguieron, al final, no cambió nada o si acaso cambió a peor. Pese a los cinco mil euracos de la pro rata, la crisis lanzaba zarpazos a diestro y siniestro y la cultura dejó de cotizar en Bolsa. Los dueños del mundo se divertían empobreciendo a la población para que aprendiera a agachar la cabeza, a aceptar el mínimo por dar el máximo. Siempre había alguien que estaba en peor situación, siempre alguien más desesperado, como diría don Pedro y la resignación cristiana, alguien que comía las hierbas que yo despreciaba, alguien que ni hierbas cataba, alguien que la nada que tenía daría por las penas de las que yo gozaba. Los mileuristas eran los nuevos privilegiados. Por envidiar, se envidiaba cualquier salario, aun por debajo del mínimo, medias jornadas que eran enteras; «menos da una piedra», era el estribillo vergonzante. Los dueños del mundo se *divertían* mucho mucho a nuestras expensas (y aquí aconsejo un repaso a la definición del pretérito imperfecto).

Oui, c'est moi

Fue un siete de abril. Recuerdo la fecha exacta porque la he consultado en una vieja agenda antes de intentar redactar esta parte. También y por lo mismo puedo decir que sucedió hacia las doce y media de la mañana. Fue levantar el auricular, oír que me llamaban de la Casa Real y pensar que me había caído la herencia debida encima. Pero no. Estaba invitada a compartir mesa y mantel con Juan Goytisolo el día 22 de abril.

(Tendría yo algún año menos que vosotros, alguno más también, cuando leí *Señas de identidad* y toda la trilogía de Álvaro Mendiola*, La Chanca, Paisajes después de una batalla*, *Makbara*, *Coto vedado*, *Las virtudes del pájaro solitario*… todos y cada uno de los libros que llevaban su nombre, a medida que salían.)

Dado el sí-quiero, me informaron de que me comunicarían por escrito las normas sobre vestimenta, adelantándome (no me fuera a precipitar a encargar un vestido de noche para el mediodía) que sería «de corto», fuera aquello lo que fuera. De los cuatro jinetes del ApocaUlises solo me habían convidado a mí. Recelé al instante de que hubieran descubierto mi oscuro antepasado: la historia de una princesa india que llegó a Ferrol con carroza y tierno infante en el regazo al que enseguida hubo que buscarle apellido. ¿Y qué mejor para tal efecto que un marino mercante (aun a pesar de la rima interna)? Pero esto ya es otra historia.

La buena nueva voló. Mi hermana, claro, emocionadísima y decidida a que no la dejara quedar mal, algo que como después se vio no logró. Mis amigos, republicanísimos y feministas ellos, todos deseando que fuera y les contara qué tal la nariz de la Leti (que al parecer por entonces se había operado), cosa de la que tampoco tomé nota. En la aldea en la que vivo no faltaron los consejos de que desayunara bien en la mañana de autos, que como los banquetes de acá no se hacen acullá y, si acaso, que mirase de llevar de casa unos taperuares, llenos, para compartir (*spoiler alert!*): en mala hora no les hice caso.

En fin, que llegó el día, llegó la romería y allá que te fui con bonobús prestado hasta Palacio. Impecable, en mi vestido corto que en realidad era un traje de chaqueta y pantalón, de lino oscuro y tirando a largo (a diferencia de Goytisolo, yo sí osé prescindir de la corbata).

Del paro al Palacio

En el acceso lateral, como si fuéramos gente del servicio, nos recibían sonrisas, gestos amables. Hasta los agentes de seguridad trataban a los invitados con deferencia, no como objeto de busca de artefactos explosivos, aunque en el fondo no fuéramos para ellos sino eso y la consiguiente decepción. Pasé indemne el primer control, en el que mostré, aparte de todo en el escáner, el cutre convite impreso en un folio con mi nombre coronado.

Tras aguardar en plan patán con un grupo de personas trajeadas, la mitad de ellas sospechosamente armadas de cámaras fotográficas, el jefe de protocolo me rescató del despiste y me exhortó a seguir bajo los soportales. Y rodeando el Patio de Armas, no me fuera a dar el sol, por indicaciones estrictas de un guardia civil, alcancé al fin la entrada palaciega. Allí desenfundé dni e invitación ante un individuo de paisano, también todo deshecho en sonrisas. De soslayo aun vi como uno de los guardias reales dirigía saludo militar a un hombre vestido *ad hoc*, esto es, «caballeros: traje oscuro», que pasaba ligero y devolviendo saludo civil y más civilizada sonrisa. Éramos todos muy felices. Éramos los elegidos, *oh yeah!*

Apenas traspasé el umbral me sentí como en la canción, espatarrada («unha perna téñocha eiquí outra no teu tella-ado…» ♪♪♪…), con un pie en la opulencia y el otro en el desempleo. Entrar en Palacio era levantar mucho la cabeza para admirar paredes y techos y tratar a un tiempo de no hundirme en las alfombras que amortiguaban hasta el taconeo más

castañolero. No pude evitar recordar al tatarabuelo que no recuerdo y que subía esas mismas escaleras una vez al año. Pero eso, ya se ha dicho, es otra historia.

Loa a la élite de los alabarderos

Lo que más impresionaba, con todo, no eran las alfombras, los tapices, las lámparas, los mármoles, los frescos, sino los seres humanos que, inmóviles, contribuían al decorado, desprovistos por contrato de sensibilidad, convertidos en tridimensionales planos tricolores aferrados a un arma inútil. Bonitos quedaban, vaya si quedaban. Sálvenos la poesía de sus cuerpos yertos que contrarrestaba la sombría reconcentración de las figuras, apostadas también en cada esquina, de los agentes de la policía secreta, a los que solo les faltaba un periódico medio ocultándoles el rostro.

El aperitivo

Heme aquí en el salón de Columnas, una copa en una mano y el minibolso con el imprescindible material-de-supervivencia-en-palacios (dni, pañuelo de encaje, bonobús) en la otra. A ver cómo me las arreglo para atacar a los canapés porque no hay dónde poner nada y una no nació con ocho brazos como las diosas orientales. Por suerte, no tardo en pegar la hebra con otra premiadanacional que no está tan perdida como yo y además sabe horrores de arte e historia, y distraídamente esperamos a que nos llamen para la siguiente fase.

El saludo

Viendo un vídeo cualquiera de estos actos, parecería que está reproducido a cámara rápida. Qué va. Es tal cual, que somos ciento y la madre y no es cosa de que además de la mano nos den las uvas. Aquí por mucho que una quiera, no se puede inventar gran cosa. Zas-sonrisa, sonrisa-zas, flash, y siguiente, por favor. ¡Como para fijarme en la nariz!

Menú

Siguiente, por favor, decíamos, que va siendo hora de comer. *Almuerzo*, lo llaman, como si nos fueran a dar unos huevos con chorizo para que continuásemos con las labores del campo. Recuerdo cuando mi madre decidió que ella a más de diez personas no invitaba. En esta casa no hay ese problema. La mesa es larga como las de las pelis medievales y para encontrar el lugar que a cada uno corresponde tenemos, aparte de la tarjeta individual con

plano incluido, un despliegue de ujieres que nos llevan casi por el aire y nos depositan ante una copa de cava y una silla desde la que malamente llego con los pies al suelo. Mira tú, un antiguo ministro a un lado y al otro todo un novísimo escritor. Ya sé quién me dará conversación. Estamos en el y-qué-hace-un-chico-como-tú-en-un-sitio-como-este, cuando, de pronto y como en misa, todos en pie, cual fichas de dominó rebobinadas. Han llegado sus (de sí mismas) majestades. Discurso, brindis y trago. Y otra vez a sentarse. Ahora sí. Enseguida vienen las verdinas estofadas con almejas y rape. O eso dice el menú. Y esto no lo dice el menú, bien cargadas de sal. Uno de esos momentos en la vida de una filóloga en el que lamenta no tener a mano el san Corominas para indagar en el origen de palabra *comensal*. Viene luego una merluza a la brasa que ya vivió tiempos mejores. Huy, pensaréis vosotros, aquí la crítica gastronómica que se alimenta de garbanzos a palo seco… Y ni os quito ni os doy la razón. El plato ha quedado limpio, que nunca se sabe cuando volveré a comer caliente… lo de caliente es un decir. El postre, *mousse* de yogur, aquí sí, notable. Y todavía estaba relamiendo la cucharilla, cuando, otra vez, todos en pie. Es lo que tienen las agendas apretadas.

— ¿Es que no dan café en este sitio? —clamó a mi lado el novísimo escritor.

Los corrillos

Pues sí, daban café. Solo faltaba eso. De pie en un saloncito (!) contiguo. El arte, en estas aglomeraciones (¡mi reino por un café!), es evitar que alguien te dé un mínimo toque en un brazo que mande el antedicho, involuntariamente, a la alfombra. ¡¿Vosotros sabéis lo que (nos) cuesta limpiar las alfombras de palacio?! Sería preferible que no hubiera tanta transparencia, estimados contribuyentes, la ignorancia siempre nos hace más felices. Cuando noté el golpe, aguanté la respiración; la tacita, por aquello de la transmisión de ondas, repiqueteó sobre el platillo y… Firmeza en el pulso. Aplausos a mi alrededor. El café y yo sobrevivimos al espanto del ridículo en un salón abarrotado. Yo, mejor dicho, porque al oscuro bebedizo no le daría segundas oportunidades así me escaldara el gaznate. Suerte la mía que estaba templado.

Y fin (último)

Cuando lo vi, de espaldas, a solas, atravesar el salón de Columnas de camino a la salida, cobré conciencia de que una parte de lo que soy —de las razones por las que estaba allí— se construyó sobre las lecturas de lo que él escribió. Tragué saliva y lo abordé.

—Gracias, Juan —le dije.

Él me acercó la oreja como pidiendo que se lo repitiera. Se lo repetí.

—Gracias, Juan.

Y hui escalinata abajo donde me esperaba un enjambre de cámaras, fotógrafos y periodistas. Bueno, no, no era a mí. Era a Boris Izaguirre.

María Alonso Seisdedos (1961) es traductora y correctora a partes iguales y con la misma pasión. Se licenció en Filosofía y Letras (División de Filología, Sección Filología Hispánica) por la UAB (1984) y en Filología (Sección Filología Gallego-Portuguesa) por la USC (1988). En 1986 se inició en los misterios de la traducción de audiovisuales para doblaje y subtitulación, labor que compaginó con la corrección ortotipográfica y de estilo para diversas editoriales. El sueño de acceder a la traducción literaria se le cumplió en 2009, con *O museo da inocencia (Masumiyet müzesi)*, de Orhan Pamuk, en colaboración con Bartuk Aykan, que fue reconocida con el premio de la Asociación de Escritores en Lingua Galega a la Mejor Traducción de ese año. Desde entonces se ha enfrentado a diversas obras de literatura para adultos y de infantil y juvenil. Por la versión gallega de *Ulises* de James Joyce, recibió, junto a sus colegas Eva Almazán, Antón Vialle y Xavier Queipo, los premios a la Mejor Traducción de 2013 de Fervenzas Literarias, el Lois Tobío de Traducción de la Asociación Galega de Editores, el Irmandade do Libro de la Federación de Librerías de Galicia, y el de la AELG a la Mejor Traducción de 2013, además del Premio Nacional a Mejor Traducción 2014 que otorga el Ministerio de Cultura, Educación y Deporte. En 2018 recibió el premio Xela Arias que otorga la AGPTI por su trayectoria profesional.

Traduce de alemán, catalán, francés, inglés, italiano y portugués a gallego y castellano. Y de mayor quiere ser bióloga.

TRADUCCIÓN EN VENA

Juan Gabriel López Guix

El martes 31 de marzo, después de una clase *online* de un curso avanzado de traducción, recibí el encargo del periódico *La Vanguardia* de traducir un texto del historiador Yuval Noah Harari publicado unos días antes por el Financial Times. Casi al mismo tiempo me escribió una alumna preguntando por algún detalle de la traducción que teníamos entre manos. Como justamente durante la clase había comentado la posibilidad futura, en algún momento de lo que quedaba de curso, de usar las nuevas modalidades de docencia no presencial para compartir mi experiencia profesional realizando una traducción en tiempo real, me animé a utilizarla de cobaya y hacer con ella el experimento. La «invité» a mi traducción, ella aceptó; y de ese modo me sumergí en ese curioso y fascinante viaje que es traducir y descubrir paisajes nuevos, pero con la novedad de que alguien, desde algún lugar, veía mi pantalla. Se trataba de un texto algo más extenso que los artículos habituales del periódico y me lo habían pedido para el jueves, dos días después. Tenía unas tres mil palabras y trataba sobre el modo en que la pandemia del coronavirus podría cambiar nuestro mundo, en particular, en lo relativo a la vigilancia estatal sobre los ciudadanos.

En el caso de los artículos para el periódico, suelo abordar la traducción de modo directo, sin lectura previa, escribiendo sobre el original a medida que avanzo y dejando para la fase posterior el cotejo con el original, yuxtapuesto en la pantalla en otro archivo abierto. Fue lo que hice entonces, salvo que en esa ocasión iba viajando con alguien «sentado» a mi lado, a mi lado en el tiempo pero no en el espacio. Traduje en esa curiosa modalidad acompañada el principio del texto, comentándolo en voz alta, verbalizando y justificando algunas decisiones, y con mi «copiloto» que a su vez también intervenía haciendo observaciones sobre lo que veía. Pensándolo a posteriori, no deja de ser paradójica esa experiencia en un texto que hacía referencia precisamente a la vigilancia omnímoda.

El «trayecto» duró unos tres cuartos de hora y recorrimos juntos unos pocos cientos de palabras. Cuando cerré nuestra sesión conjunta, tuve que dedicarme a otras cuestiones y decidí proseguir con la tarea a lo largo del día siguiente. Pasada la medianoche recibí un correo en el que se me decía que sería fantástico que la traducción pudiera estar lista al día siguiente, el miércoles; de modo que unas horas después, retomé el texto y me lancé a acabarlo.

Como ya había visto, la prosa no presentaba ninguna dificultad especial, era clara y fluida. El día anterior, me había quedado en un apartado que tenía como título «Under-the-skin surveillance», una vigilancia bajo la piel, y que me había servido para comentar las características de la catáfora y cómo un título encierra un contenido que aún debe desplegarse. Había dejado el epígrafe sin traducir, a la espera de tener más información. Fue con lo primero que me encontré al día siguiente cuando me senté de nuevo ante el ordenador. Todavía no había amanecido y había abierto la ventana para oír mejor el trino silvestre de los mirlos, que en estos días tienen menos competencia del tráfico urbano.

El texto me reveló entonces el significado del misterioso «bajo la piel», puesto que establecía una diferencia entre vigilancia «under the skin» y vigilancia «over the skin»: esta última, la tradicional, la realizada por el Estado que quiere saber dónde se posa la piel de nuestro dedo cuando clica en un enlace; y la nueva, la que permite, como se ha puesto en práctica con motivo de la pandemia en algunos países, saber lo que ocurre bajo la piel, midiendo la temperatura corporal o el ritmo cardíaco.

La facilidad del inglés para la maleabilidad léxica es envidiable y sirve de acicate para que el traductor se esfuerce y trate de encontrar formas de emular ese desparpajo morfológico. Busqué mantener la adjetivación de un modo que no resultara anquilosado en castellano y que, al mismo tiempo, permitiera una oposición binaria lo más perfecta posible, como ocurría con el inglés *over/under*. La idea básica era oponer algo superficial a algo estructural, incrustado en el sistema. La derivación a partir del sustantivo *skin* me llevó de modo natural al adjetivo *epidérmico* y a partir de ahí a su pareja *hipodérmico*. («Subcutánea» podía funcionar bien como segundo término, pero me dio la impresión de que «cutánea» no transmitía con tanta inmediatez la idea de superficialidad.) El recurso a las lenguas clásicas es muchas veces muy útil para sortear algunas dificultades de traducción.

Encontré otra dificultad en el siguiente epígrafe, titulado «The emergency pudding», el pudin de emergencia. El apartado trataba de cómo las medidas temporales pueden eternizarse y ponía el ejemplo de unas leyes de emergencia establecidas tras la creación del Estado de Israel en 1948 y mantenidas a lo largo de las décadas. En concreto se citaba un «emergency pudding decree» que establecía «special regulations for making pudding». Al buscar algún tipo de información en Google, descubrí que el artículo estaba ya traducido a muchas lenguas, incluso al vietnamita. Recurrí a un amigo que tiene conocimientos de hebreo y que, como otras veces, sabía que no se resistiría a investigar el asunto. Encontró

que la norma mencionada procedía de reglamentaciones anteriores y que un decreto de 1950 se refería al tema. Vimos varios enlaces que hablaban, por ejemplo, del control sobre productos básicos y reglas sobre la elaboración de pudines y el precio de los helados. Usé el traductor de Google para traducir del hebreo, pero me aparecía siempre la palabra *pudin* en las respuestas. Encontré una referencia que hablaba, al parecer, de una «orden de defensa (sobre la producción y venta de pudines)»; dado que tenía algo de prisa, que el texto tenía un comentario entre paréntesis que ayudaba a comprender la referencia y que además los diferentes idiomas consultados usaban también pudin, fue esa palabra la que dejé. Pero lo cierto es que no quedé del todo satisfecho.

El resto del artículo transcurrió sin sobresaltos. Se mencionaba una «policía del jabón» que quedaba satisfactoriamente explicada en el propio texto, y se hacía un llamamiento a la unión y la solidaridad mundiales. En un total de cuatro horas, la traducción estuvo hecha y corregida. La envié ese mismo miércoles, primero de abril, por la mañana. El jueves, en mi siguiente clase virtual, utilicé el original para comentar algunas de sus dificultades y aproveché las diferentes lenguas de trabajo de los participantes para realizar un pequeño ejercicio multilingüístico cotejando versiones a diferentes lenguas. Se publicó en la edición del domingo 5 de abril y a lo largo de ese día y el siguiente me sorprendió recibir, a diferencia de lo ocurrido con otras traducciones sobre el mismo tema, numerosos mensajes de amigos y colegas que habían leído el artículo, lo comentaban o elogiaban (e incluso mencionaban alguna errata). Para haberla hecho confinado, fue una traducción bastante acompañada.

Nota del 18 de abril 2020: En este texto menciono mi incomodidad al traducir la palabra inglesa pudding por «pudin» y que en su momento realicé sobre ella una pequeña investigación. Como nos ocurre muchas veces, esa incomodidad no desapareció tras la publicación de la traducción en La Vanguardia, de modo que uno o dos días después de aparecer este texto en VASOS COMUNICANTES, escribí a Ana Bejarano, traductora y profesora de Literatura y Lengua Hebrea en la Universidad de Barcelona, pidiéndole ayuda para aclarar la cuestión. Me respondió enseguida y me confirmó la prolongación tras 1948 de algunas leyes promulgadas durante el mandato británico en Palestina (1917-1948) y, lo más importante, que las restricciones relacionadas con la elaboración del pudin estaban ya contenidas en ellas (para evitar el desabastecimiento de harina y huevos) y que se

transpusieron sin más tras la creación del Estado de Israel. Es decir que el «pudding» era efectivamente un «pudin» y no escondía en mi original inglés, por medio de una adaptación cultural, alguna palabra traducida del hebreo.

Juan Gabriel López Guix, traductor del inglés y del francés. Se dedica sobre todo a la traducción de narrativa, ensayo y divulgación científica, así como a la traducción para prensa. Entre otros autores, ha traducido libros de Saki, Julian Barnes, Joseph Brodsky, Douglas Coupland, David Leavitt, Lewis Carroll, Michel de Montaigne, George Saunders, Vikram Seth, George Steiner y Tom Wolfe. Es profesor en la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Fue miembro de la junta rectora y vicepresidente de ACE Traductores entre 1997 y 2000.

EL MUNDO DESDE CASA

Alicia Martorell

Para mí es muy difícil escribir este artículo, porque no me funciona la cabeza. Cuando el cerrojazo me pilló con la mesa vacía, me dije, como muchos, «qué bien, ahora voy a poder ponerme al día con los libros y los artículos, podré estudiar, escribir, poner orden en mi vida».

La realidad es que, tres semanas después, solo he podido terminar una novela policiaca y el resto del tiempo no sé qué he hecho.

Algo de trabajo me ha entrado, no mucho. Claro, que más vale que no me entre mucho, tardo un día en hacer 500 palabras miserables y las entrego como quien echa agua a un cesto, consciente de que algo se me escapa inevitablemente y he perdido el control.

Y eso que yo no estoy tan mal, no tengo problemas acuciantes, en casa todos bien. Y no quiero ni pensar en los que, acostumbrados a estar solos la mayor parte del día, ahora tienen que compartir el espacio, la informática y la intendencia con otros miembros de la familia que también tendrán sus necesidades, pero hasta ahora tenían prohibida la entrada en nuestro sanctasanctórum. Y eso, todo un día de pandemonio infinito con las benditas, benditas entregas que no van a esperar.

Así que, efectivamente, no sé qué he hecho estas tres semanas. Los primeros días, los pasaba con los ojos clavados en las cifras, a ver si me transmitían un mensaje del más allá. Cuando no estaba mirando cifras, estaba sentada delante de la televisión a ver ruedas de prensa como si no hubiera un mañana, como si me hubiera hipnotizado una serpiente, intentando leer entre líneas algo que me ayudara a descifrar esos números que no conseguía comprender.

Luego llegó la fase de la superinformación: venga y venga a leer artículos científicos contradictorios sobre mascarillas y procedimientos de desinfección, periódicos españoles, franceses, italianos e ingleses, análisis de las cifras, análisis de los análisis de las cifras, previsiones, prospectivas…

Los intercambios de mensajes y las llamadas también se llevan lo suyo: cómo estás, dónde te ha pillado, cómo lo llevan los niños, cómo están tus padres… Destroza tanto el miedo

cerval a que a los tuyos les pase algo, nos hemos descubierto tan vulnerables. Son infinitos los repasos a la agenda, por si nos hemos olvidado de una amiga mayor o enferma que está sola, de la prima a la que no vemos hace… ¿diez años? y que de repente nos llena de preocupación. Porque el confinamiento se llena de fantasmas y de ausencias que no sabemos cómo gestionar.

Y Twitter. No sé qué habríamos hecho sin Twitter. La imagen de esta pandemia será para siempre jamás esa pantalla por la que iban entrando en ordenadas columnas mensajes de familiares, amigos, compañeros, desconocidos y sin embargo amigos, comunicadores científicos, periodistas y periódicos, facultades, editoriales, médicos y farmacéuticos, ministros, enfermos, museos, profesores, centros culturales, conformando una foto de la nueva realidad que se estaba creando ante nuestros ojos, tan diferente de la de antes. Con sus charlitas intrascendentes o sus debates sesudos, a los que te sumabas un rato o que te quedabas leyendo en silencio. Como una colmena en la que cada cual se dedica a lo suyo mientras comparte chispazos de lo que hace o se concede unos minutos de charla intrascendente.

Luego están los concursos y actividades diversas: trivial de traducción bíblica, juegos de rol, encuestas rápidas, retos sobre palabras bonitas o feas, concursos de fotos o de traducciones, propuestas o informes de lectura, quedadas culinarias, mucho cine. Algunos traductores ofrecen vídeos, otros ofrecen podcast, otros, cursos gratuitos. Otros se arrancan analizando corpus o comparten ventanas al mundo desde un museo o una biblioteca. La tendencia reciente son los grupos de traductoras viendo teatro en comandita y comentando las jugadas con impagable mala leche. El confinamiento nos ha hecho descubrir placeres insólitos.

Los traductores somos seres muy gregarios. Yo nunca he entendido esto de que tenemos un oficio solitario, porque no es verdad. No paramos de quedar para comer, beber, hablar (de traducción, casi siempre), en grupos pequeños y grandes, con motivos más o menos improvisados o programados. Ahora seguimos quedando. En las redes sociales, sobre todo, o por algún programa de videoconferencia: ya hay hasta tertulias fijas. Siempre agradeces infinito ver y escuchar a los compañeros. Yo me quedo derretida delante de la pantalla mirando o leyendo y pensando en la suerte que tengo y qué equipazo somos. De vez en cuando alguien excusa su presencia al vermú virtual. Ya te imaginas que no tiene la cabeza, porque intuyes que le ha pasado algo o simplemente porque ese día no tocaba. Lo sabes

porque también tienes días en los que más vale que no hables con nadie, no vayas a contagiar algo peor que el bicho.

Las asociaciones de traductores también van organizando sus cosas: tertulias virtuales, cursos por internet… En las listas de traductores casi no se habla de traducción, se comparten noticias, carencias, deseos, se habla de mascarillas, de pandemias, de autónomos, de economía. Se nota la angustia en algunas preguntas tímidas sobre propuestas indignas o sobre volumen de trabajo, y también por los hilos explosivos de indignación con los buitres que, no solo no van a compartir la carga de lo que está pasando, sino que además pretenden aprovecharlo para esquilmarnos un poco más.

En medio de tanto despliegue de actividad confinada, unos trabajan más y otros menos. Algunos se han encontrado con uno, dos o más libros en el horno, que de repente han empezado a tener menos prisa. Como la pandemia llegó en esa última ventana de producción previa a la Feria del Libro (¡ay, la Feria del Libro!), muchos acababan de salir de un festival de entregas apresuradas y ahora tienen la mesa vacía. Se oye hablar de vez en cuando de alguien que conoce a alguien que tiene un libro nuevo, pero de eso hay poco. Y los que no hacen libros, lo mismo: depende. Es innegable que hay sectores que siguen trabajando. Otros han reducido el ritmo, pero ahí están. También han aparecido otros nuevos, impulsados por la digitalización apresurada o por la propia pandemia, pero muchos clientes se han metido en la cueva hasta que escampe y a los intérpretes se les ha caído en la cabeza un chaparrón de anulaciones en el mismo momento de abrir la temporada, cuando ya llevaban unos cuantos meses al ralentí. Parece que en algunos sectores se adivinan pequeños repuntes, como si la vida volviera a asomar tímidamente la cabeza. Ojalá.

Los que se dedican a la docencia intentan domesticar a toda prisa el mundo de la enseñanza virtual, a costa de muchas horas y mucho esfuerzo, tratando de que la vida no se pare, a fuerza de echarle horas e imaginación.

Y ahí vamos, con días (y con noches) mejores y peores, con los problemas de intendencia y la pachorra infinita, con la convivencia exacerbada y los placeres de la compañía que nos quede, ya sea real o virtual, con los botines que llegan de la compra, que son como el cofre del tesoro, aunque en las bolsas solo haya leche, lentejas y lavavajillas, con las ganas de salir, de ver y abrazar a tanta gente, con el miedo por lo que pueda pasar, con la nostalgia del mundo de antes (que a veces solo era una caña bien tirada, o el mar), con los pequeños placeres, con las preocupaciones que nos guardamos y las que nos explotan en la cara.

La cosa es que, cuando salgamos de esta, porque de todo se sale, habrán cambiado las reglas del juego de la cultura, de la enseñanza, de la traducción y la interpretación, pero todavía no sabemos cómo, ni con qué modelo económico, ni con qué equilibrio entre lo real y lo virtual, entre el trabajo presencial o a distancia. Y menos todavía sabemos qué lugar va a ocupar en ese mundo remendado la sufrida tropa de infantería.

Y, por lo demás, aquí estamos. Si hemos sobrevivido a todo esto, incluidos los pinchadiscos de balcón, si hemos experimentado la inmensa vulnerabilidad de que nos puede pasar realmente cualquier cosa y hemos salido adelante, tampoco van a poder con nosotros tan fácilmente.

Alicia Martorell es traductora desde hace más de 30 años. Sus campos de especialización son las ciencias humanas y sociales, la comunicación financiera y empresarial y los textos jurídicos. Es socia de ACE traductores, Asetrad y la SFT francesa. Ha traducido, entre otros autores, a Roland Barthes, Simone de Beauvoir y Cioran.

PROPUESTAS DE ACE TRADUCTORES PARA HACER FRENTE A LA COVID-19

En respuesta a la voluntad de diálogo y al llamamiento del ministro de Cultura para que los diferentes sectores culturales propongan **soluciones** con las que hacer frente a la situación actual, la junta de ACE Traductores ha hecho llegar a la **Dirección General del Libro** un escrito en el que se sugieren **medidas a corto y medio plazo** pensadas para paliar los efectos de la crisis no solo entre los profesionales de la traducción editorial, sino en el ámbito del libro en general.

A continuación, presentamos la lista de propuestas:

1. Ayudas públicas

Ampliación y revisión de la política de subvenciones a la edición de obras, condicionadas, en su caso, a unas tarifas de traducción dignas negociadas colectivamente, tal como establece la Directiva UE 2019/790 sobre los Derechos de autor y derechos afines.

Abono de los honorarios, becas u otros pagos correspondientes a actividades programadas por las administraciones públicas y que se hayan tenido que cancelar.

Agilización del pago de las ayudas y subvenciones ya concedidas. Abreviación de los trámites para nuevas ayudas.

Convocatoria urgente de las Subvenciones para la Creación Literaria correspondientes a 2020, incorporando esta vez la modalidad de traducción, olvidada en la convocatoria de 2019.

Consideración del estado de cosas en las nuevas convocatorias con criterios que se adapten al actual periodo de inactividad en el sector editorial.

2. Medidas laborales y relacionadas con la Seguridad Social

Retomar la reforma de los epígrafes de Hacienda y de la Seguridad Social: si la LPI nos reconoce a los traductores como autores, las leyes laborales deben reconocernos como tal. En la actualidad estamos en el epígrafe 7430.- Actividades de traducción e interpretación

(dentro de M.- ACTIVIDADES PROFESIONALES, CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS), mientras que los escritores y autores de teatro están en 9003.- Creación artística y literaria (dentro de R.- ACTIVIDADES ARTÍSTICAS, RECREATIVAS Y DE ENTRETENIMIENTO).

Dadas las peculiaridades de facturación de los traductores de libros (sin regularidad mensual), proponemos una modificación del RDL 8/2020 y de la redacción dada en el RDL 11/2020 para que podamos acogernos a medidas similares a las de los trabajadores del grupo CNAE 2009 R (actividades 9001, 9002, 9003 y 9004) y, además, que la reducción del 75 % de los ingresos no se estime tomando como referencia la media de los últimos seis meses, sino de los últimos tres años, como ocurre en el Reino Unido, Noruega y Suecia.

Reducción de las cuotas de la Seguridad Social mientras duren las consecuencias económicas del estado de alarma. Aplazamiento sin recargo de los pagos de las cuotas mientras se tramita la solicitud de cese de actividad por descenso de facturación.

Establecimiento de un fondo de ayuda como dotación extraordinaria a las sociedades de gestión de derechos de propiedad intelectual para que estas puedan atender situaciones de necesidad de autores y traductores en situación de vulnerabilidad (el uso de nuestras obras ha disminuido en los espacios públicos, pero ha aumentado significativamente en línea).

Establecimiento de una mesa sectorial, con arbitraje de la DGL, para el control y mediación en caso de impagos o de retrasos en los pagos de contratos suscritos antes de la declaración del estado de alarma.

Establecimiento de una interlocución estructurada entre Gobierno, Parlamento y entidades del sector para afrontar, cuando cese el estado de alarma, tanto la reactivación del sector editorial a corto plazo como el desarrollo del Estatuto del Artista, y garantizar así que ningún trabajador del sector quede desamparado ante la ley.

3. Ayudas a librerías, editoriales, imprentas y distribuidoras

Partidas presupuestarias para proporcionar liquidez a las librerías, por ejemplo, mediante la adquisición por parte del Estado de fondos para bibliotecas, como ya se hace en muchos países latinoamericanos, favoreciendo a las más vulnerables.

Acceso a líneas de crédito oficial o de fondos para cubrir la ausencia de ingresos, lucro cesante o el pago de préstamos.

Decretar una demora de los pagos de los préstamos.

Bonificación fiscal a empresas, profesionales y entidades del sector editorial, como reducción del IBI y su no devengo para los locales/sedes de empresas vinculadas al sector editorial y que se han visto obligadas a parar su actividad durante el estado de alarma.

Las ayudas a las editoriales estarán condicionadas a su compromiso de no empeorar las condiciones laborales de sus colaboradores.

4. Otras medidas

Campañas coordinadas de Cultura, Educación y CEDRO para el fomento de la lectura y la lucha contra la piratería digital.

Creación de un código de buenas prácticas que guíe la actuación de las administraciones públicas con respecto al sector editorial (subvenciones autonómicas y locales).

CONFINAMIENTO TRADUCTOR

Celia Filipetto

Hay algo que esta traductora teme más que no detectar una referencia cultural oculta o estar segura cuando debería haber dudado siempre por sistema. Es la procrastinación, esa palabrota. Yo la llamo Procrastina. En estos tiempos de SARS-CoV-2, suena a nombre de mutación genética, proteína, enzima.

Haya o no estado de alarma, el confinamiento es inherente al oficio de traducir. Estar encerrados a solas frente a la pantalla del ordenador, equipados con Internet, Google y un arsenal de diccionarios en papel es el estado natural de los traductores. También forma parte de nuestra jornada laboral el distanciamiento social que remediamos gracias al contacto virtual con otros colegas a través de listas de distribución, el correo electrónico, WhatsApp, Facebook, Instagram y demás redes sociales. Todas estas herramientas, accesibles a través de nuestros teclados, nos permiten resolver dudas e informarnos sobre el estado del mundo, en general, y del sector editorial, en particular. Pero también son una fuente infinita de motivos para entregarnos a Procrastina, esa diosa mitológica que, como hicieron las sirenas con Ulises, nos hechiza con su canto y nos desvía de nuestro objetivo: producir tantas páginas de traducción al día para cumplir con la fecha de entrega.

En estos tiempos en que al confinamiento traductor se suma el de quienes tienen otros trabajos, Procrastina cuenta con dos aliadas, la dispersión y la desconcentración. Confieso que me cuesta concentrarme y que me disperso más que antes. Antes, cuando conseguía acotar el radio de acción de Procrastina a la geografía de los recreos útiles como la lectura de artículos sobre traducción, archivo de papeles, repaso de las últimas páginas traducidas. En las circunstancias actuales, durante estas continuas incursiones en otros campos y otros temas que me apartan del texto que tengo entre manos, con frecuencia, me da por plantearme preguntas. ¿Serán las versiones nacidas en este confinamiento traductor dentro del confinamiento general peores que las anteriores al estado de alarma? ¿Serán mejores? ¿Serán iguales? ¿El olfato traductor se aguza o se aletarga? ¿Cómo saldremos del confinamiento general los traductores? ¿Más dependientes de Procrastina? ¿Menos? ¿Cuáles serán los efectos secundarios del coronavirus en nuestras traducciones? ¿No sería un buen tema para un estudio académico? Ahí lo dejo, Procrastina. Ahora sí, será mejor que me ponga a traducir.

Celia Filipetto ha vertido al castellano, entre otros autores, a Colin Barrett, Gilbert K. Chesterton, Elena Ferrante, Natalia Ginzburg, Ring Lardner, Jhumpa Lahiri, Nicolás Maquiavelo, Flannery O'Connor, Seumas O'Kelly, Dorothy Parker, Luigi Pirandello, Donal Ryan, Domenico Starnone, Robert L. Stevenson, James Thurber y Mark Twain. ACE Traductores le concedió el X Premio Esther Benítez de Traducción 2015 por *Las deudas del cuerpo* de Elena Ferrante. En 2016 su versión de *La niña perdida* de la misma autora obtuvo el XIX Premio Ángel Crespo de Traducción otorgado por ACEC. Su traducción de *La canción del cuco* de Frances Hardinge recibió el XX Premi Llibreter 2019.

EL QUIJOTE EN TOGA

Arturo Peral

Con motivo del aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes, publicamos este artículo en el que se presenta una semblanza del profesor y traductor Antonio Peral Torres y se comentan algunas curiosidades sobre su traducción del Quijote *al latín.*

En el capítulo 3 de la segunda parte del *Quijote*, al referirse al libro de aventuras protagonizado por Alonso Quijano, Cervantes pone en boca de Sansón Carrasco la siguiente frase: «… a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca». Y sus palabras se han cumplido, si no en todas las lenguas, en muchísimas. Baste como ejemplo esta colección de traducciones del *Quijote* guardadas en la web del Instituto Cervantes, o el impresionante fondo del Museo Cervantino de El Toboso, que alberga setecientas ediciones diferentes de la obra cumbre de Cervantes. Pero traducciones en latín no hay tantas. Si hablamos de latín clásico, solo hay una, y la firmó Antonio Peral Torres.

Nacido en Elche en 1922, su interés por el estudio de las lenguas comenzó en la escuela: de pequeño, suspendió Francés (prueba de ello son las calificaciones, conservadas en el archivo familiar) y, para superar aquel fracaso, empezó a estudiar furiosamente esa lengua hasta que aprendió a amarla, y después no pudo evitar seguir estudiando otras muchas. No es que fuera un Giuseppe Mezzofanti, el famoso cardenal italiano que, según qué fuentes se consulten, hablaba entre cuarenta y cinco y setenta y dos lenguas. Era un hiperpolíglota muy humilde y nunca reconocía el número de lenguas que hablaba, aunque en casa se le hubiera visto hablar, leer y escribir con bastante soltura en doce. Para hacerse uno a la idea de su inquietud lingüística, sirva este ejemplo: al descubrir que la señora de la limpieza del bloque donde vivía en Madrid era iraní, compró una gramática farsi, un diccionario y varias novelas en esa lengua y empezó a estudiarla por el simple placer de hablar con aquella mujer en su propio idioma.

Pero volvamos al origen de sus intereses lingüísticos. El servicio militar le llevó a Marruecos, donde residió de 1946 a 1949. Allí descubrió un mundo que determinaría su trayectoria profesional. Al llegar, empezó a estudiar árabe, tanto su variante clásica como el dialecto marroquí. Quizá movido por las amistades que trabó con miembros de la comunidad sefardí en Tetuán y Tánger, se especializó en otras lenguas semíticas: hebreo antiguo y moderno, así como dialectos arameos. Sus estudios le llevaron a Austria y a Italia, y al regresar a España obtuvo una plaza de profesor titular en la facultad de Filosofía y

Letras de la Universidad Complutense de Madrid en 1957. Las asignaturas que impartió fueron Hebreo Contemporáneo, Arameo, Siríaco, Paleografía Hebrea y Aramea e Historia de Israel. Se doctoró en 1975 sobre las citas bíblicas en el Comentario al Génesis de san Efrén. Además de las docencia, trabajó en el Instituto Arias Montano del CSIC y fue secretario del Museo Sefardí de Toledo. En 1987 abandonó la enseñanza.

Hay que señalar que la traducción no fue su actividad principal. Esto explica que no se hayan publicado muchos títulos firmados por él. De su especialidad, publicó tres traducciones:

Las antiguas civilizaciones semíticas, de Sabatino Moscati, en 1960, traducido del italiano.

Comentario al Génesis, de san Efrén, traducido del siríaco en 1978.

El resurgimiento de la lengua hebrea en Al-Ándalus, de Nehemías Alony, traducido del hebreo en colaboración con Carlos del Valle en 1995.

Además de estas traducciones, en su archivo familiar se conservan versiones españolas manuscritas de obras de teatro hebreo contemporáneo que nunca se llegaron a publicar. Entre los autores que tradujo, destacan figuras como Bernstein y Aharón Mégued.

Aparte de estas traducciones, dedicó muchos esfuerzos a lo que Fernando Díaz Esteban dio en llamar un «capricho oculto»[1]: la traducción al latín. Era el latín una lengua por la que sentía especial simpatía. No solo la leía: la hablaba con fluidez con amigos de todo el mundo. Era miembro del Círculo Matritense de Latinistas, un grupo de amantes del latín que todavía se reúne mensualmente para hablar de la vida moderna con palabras antiguas. En aquella época, a esas reuniones acudían personas que le ayudaron muchísimo en su aventura como traductor. Cabría citar a Antonio Capellán, al diplomático Agustín Cano y a José María Sánchez, el célebre Txemusque, el cual, según palabras del propio Peral, era un auténtico príncipe del latinismo.

El «capricho» de traducir al latín se originó por la amistad. Uno de los mejores amigos de Peral, el doctor Josef Kerschensteiner, profesor de la Universidad de Múnich, hiperpolíglota como Peral, le pidió un favor. Estaba enseñando, entre otras lenguas, español y latín a su hija Heidrun (a quien Peral llama Dorcas en su introducción a la traducción) y buscaba textos latinos que hablaran de la cultura española. Los textos clásicos y medievales hispánicos no le interesaban; quería algo sobre la cultura española

propiamente dicha. Peral buscó con éxito relativo y le envió los pocos hallazgos que hizo. Y fue entonces cuando se le ocurrió traducir para sus amigos alemanes fragmentos de obras que le gustaban y que pudieran ser de su interés. Empezó por el capítulo primero del *Quijote* y ya no pudo parar. Pasó varios años entregado a esta tarea, traduciendo por las mañanas e investigando sus dudas y haciendo consultas en la Biblioteca Nacional de Madrid por las tardes.

En cuanto al *Quijote* en latín, existe una traducción anterior a la de Peral, pero ni es completamente latina ni es completa. La obra en cuestión es de Ignacio Calvo y Sánchez y se titula *Historia domini Quijoti Manchegui*. Calvo fue un sacerdote de Horche, Guadalajara, que en su etapa de seminarista en Toledo cometió una travesura que tuvo por castigo la traducción de alguna obra de literatura clásica española al latín. La novela elegida fue el *Quijote*, y con el primer capítulo logró tener, en palabras de su rector, «*garbanzus aseguratum*». En 1905 se publicó la primera edición, que fue seguida en 1920 por una nueva versión corregida y aumentada, que incluía hasta el capítulo 46 de la primera parte.

Cuando se habla de la traducción del *Quijote* al latín, normalmente se cita esta traducción. Pero la de Calvo no es una traducción al latín clásico, sino al latín macarrónico, es decir, que es un texto latino poco riguroso que no se ajusta a las normas de esta lengua, pues utiliza términos y estructuras gramaticales no latinos con fines humorísticos. Así pues, la traducción de Calvo es una obra jocosa pensada para entretener al lector. Como ejemplo, bastará con ver la introducción al capítulo primero de la primera parte. Donde Cervantes dice: «Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha», Calvo traduce: «In isto capítulo tratatur de qua casta pajarorum erat dóminus Quijotus et de cosis in quibus matabat tempus». El texto, que se entiende bastante bien, difiere significativamente de la versión original y, sin duda, busca sacar una carcajada del lector.

La versión de Peral, en cambio, sí está escrita en latín clásico. El mismo fragmento que hemos citado anteriormente, pero en su traducción, dice así: «Ubi agitur de condicione et indole illustris fidalgi domini Quixoti a Manica».

No quisiera aventurarme a describir personalmente la traducción latina, pues ni soy especialista en la obra cervantina ni en la lengua latina. Así que prefiero citar lo que escribió el catedrático Antonio Alvar Ezquerra sobre ella en un informe de lectura del que se conserva una copia anterior a la publicación del libro en el archivo familiar. Describe las virtudes de la traducción del siguiente modo:

> La primera [virtud] de ellas es, sin duda, su incansable esfuerzo por lograr una traducción literal y ajustada, sin prisas mas sin pesadumbre tampoco, porque, y esta es la segunda de las virtudes que considero dignas de destacar, D. Antonio ha logrado mantener un estilo sostenido y suficiente para reflejar dignamente, salvando las distancias que se quieran salvar, la prosa encantadora y depuradísima del príncipe de nuestros escritores. Finalmente, las dificultades antes señaladas han sido resueltas con habilidad extrema en los casos comprobados, de modo que las presuntamente insalvables propuestas de la formulación castellana se han trasladado con naturalidad a la lengua latina, que fluye no *lutulenta* (como diría Horacio de Lucilio) sino transparente hasta donde permite la ubérrima creatividad de Cervantes.

El catedrático y crítico Ricardo Senabre, en un informe redactado en 1997, recomendaba la publicación del *Quijote* en latín con las siguientes palabras:

> Conviene destacar la empeñada tarea de Antonio Peral Torres, que ha traducido con asombrosa fidelidad literal el texto de Cervantes, sin rehuir ni siquiera los versos, en los que a veces ha conseguido incluso respetar la rima y otros factores rítmicos. La versión latina sólo palidece cuando no parece posible hallar equivalentes.

Pero ¿qué clase de traducción se había propuesto hacer? El objetivo de Peral había sido usar una prosa latina correcta pero con un lenguaje sencillo, claro y accesible. Uno de los recursos latinos que trató de evitar fue el hipérbaton, característico del discurso elegante y sofisticado pero dificultoso para el estudiante de latín.

La fidelidad a la obra le llevó a realizar un esfuerzo adicional en la traducción de los poemas incluidos en el libro, como apuntaba Senabre en la cita anterior. Peral buscaba reflejar el contenido de los poemas además de sus características formales. En algunos incluso se permitió ciertas licencias, como se puede ver en el soneto de Orlando el Furioso a Don Quijote, que aparece al principio de la primera parte:

Si no eres par, tampoco le has tenido:	Licet vix non umquam fuisset par tibi,
que par pudieras ser entre mil pares,	Est quidam par inter istos innumeros?
ni puede haberle donde tú te hallares,	Cur non est tibi inter omnes alteros?
invito vencedor, jamás vencido.	Tu invicte fuisti secundus nullibi,
Orlando soy, Quijote, que, perdido	Orlandus sum, Quixote, amissus ibi
por Angélica, vi remotos mares,	Relictus sum mari propter sinceros

ofreciendo a la Fama en sus altares	Ipsius Angelicae amores veros.
aquel valor que respetó el olvido.	Sic vires sui nil respectum fuit sibi.
No puedo ser tu igual, que este decoro	An sit par tibi, vel similis auro?
se debe a tus proezas y a tu fama,	Loquitur quidam et de tuis laudatur.
puesto que, como yo, perdiste el seso;	Utinam simus iam compotes mentis
mas serlo has mío, si al soberbio moro	Tu vero superas superbo mauro
y cita fiero domas, que hoy nos llama	Et modo saveus scytha sic domatur
iguales en amor con mal suceso.	Multo nos magis in incantamentis.

Todos los versos son endecasílabos, y riman respetando las normas del soneto. Pero la licencia es que Peral convierte este poema en acróstico, saludando al lector con las palabras «lectori salutem». Como este hay varios más, que no descubriré por si hay lectores con ganas de buscarlos.

Verter el español de Cervantes al latín implica salvar innumerables obstáculos. Uno de los más importantes es el de traducir a una lengua más antigua que el original. Por lo general, los traductores solemos encontrarnos con el problema inverso. Al traducir clásicos a nuestro idioma, solemos toparnos con realidades culturales que han cambiado o con usos lingüísticos diferentes. Es decir, tenemos que traducir un texto que se ha quedado anclado en un momento del pasado a una lengua actual que varía y evoluciona sin parar. Tenemos que vigilar los anacronismos constantemente. Pero en este caso, traducir una obra de hace varios siglos añade dificultades a la tarea.

Como ejemplo de lo que esto supone, volvamos al fragmento que ya he comentado cuando comparaba las versiones macarrónica y clásica del *Quijote*.

«*Ubi agitur de condicione et indole illustris fidalgi domini Quixoti a Manica*»

Estas doce palabras contienen dos problemas de traducción de difícil solución que se ajustan a esto de traducir a una lengua más antigua que el original. Empecemos con la última de las palabras de la cita: el topónimo La Mancha. Los especialistas en toponimia y etimología sugieren distintos orígenes, ya sea árabe (*Al-mansha*, tierra seca, o *Al-Manya*, lugar elevado) o latino (*manica* es manga en latín, y se utilizaba para designar superficies alargadas, ya sea de agua o de tierras, como se puede observar en topónimos hispanos como La Manga del Mar Menor o en otros más allá de los Pirineos, en el canal de la

Mancha). Pero, si la Península Ibérica fue territorio romano, ¿no existirá un nombre latino para nombrar esta región?

El problema es que el concepto de La Mancha corresponde a una demarcación regional que surgió en la Reconquista. En época romana esta zona primero estuvo adscrita a la provincia Tarraconsense y después a la Cartaginense. Tras mucha reflexión, Peral optó por usar Manica, decantándose por la etimología latina.

Otro término que encierra dificultades en el ejemplo presentado es el de «hidalgo». Esta categoría nobiliaria es una innovación social, cultural y lingüística difícilmente traducible al latín, fruto de la Reconquista y aplicada a personas de familia noble que tenían ciertos privilegios aunque no poseyeran grandes riquezas. Es cierto que la primera parte del término proviene del latín «filius», pero «algo» es un término romance posterior. Recurrir a una traducción explicativa y hablar constantemente de, supongamos, el «patricio venido a menos» resultaba poco adecuado para calificar al ingenioso hidalgo. Peral optó por introducir el neologismo «fidalgus» a su traducción, siguiendo la decisión tomada por Nathan Bistritsky en su traducción del *Quijote* al hebreo de 1958.

La creación de neologismos fue una necesidad para expresar conceptos de todo tipo. ¿Cómo traducir palabras como «hideputa»? El insulto y la terminología erótica está muy estudiada en latín, pero no todos los conceptos podían transmitir la misma carga cultural. ¿Y qué hay de la comida? Si los manchegos no se ponen de acuerdo en decidir qué son los duelos y quebrantos, difícilmente se puede interpretar qué son para nombrarlos de algún modo en latín. ¿Y qué hacer con los maravedís, ducados, escudos y reales y otras monedas en curso en España entonces y que los latinos no podían haber visto venir? ¿Y qué hay de los nombres de prendas como las «pedorreras», tan desconocidas para los romanos, que solo poseían el término «femoralia» para designar las calzas?

La tarea no fue fácil y duró bastantes años. Y, una vez terminada la primera parte de traducir, comenzó la siguiente: publicar. ¿Quién se atrevería a llevar a las librerías una obra como aquella? Los editores no se mostraban muy entusiastas: un libro de estas características no es un *best-seller* ni mucho menos. Al final fue el Centro de Estudios Cervantinos el que, alentado por los informes de lectura positivos que he citado anteriormente, realizó una edición en 1998 con una tirada de quinientos ejemplares. La edición se agotó a los dos años, pero todavía está disponible mediante impresión bajo demanda en varias librerías.

La «caprichosa» actividad de Peral no se detuvo allí: tradujo *El Quijote de Avellaneda* y *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, ambas todavía inéditas. Y vertió también, pero esta vez del alemán, el *Siddhartha* de Herman Hesse. Este último libro fue mi primera experiencia en el mundo editorial. Antonio Peral, mi padre, falleció en 2000 y, por petición de mi madre, me encargué de las negociaciones con la editorial Eureka, interesada por esta traducción. Se puso a la venta en 2001.

Para Peral, la traducción fue más una fiebre que una profesión. Se dejó llevar por un impulso siguiendo una idea quijotesca que cristalizó en un libro peculiar y único. Y con su obra contribuyó al deseo de Cervantes de que todas las lenguas tuvieran una traducción de su libro. Además, en el capítulo 62 de la segunda parte, Cervantes afirmó lo siguiente: «Me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que, aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se veen con la lisura y tez de la haz». La traducción del *Quijote* a una de las lenguas reinas es como cumplirle otro deseo a uno de los más grandes genios de la lengua española: que su obra se pueda ver en un nuevo tapiz, pero sin los hilos del revés.

[1] Fernando Díaz Esteban (2001). "In memoriam Antonio Peral Torres". En *Sefarad. Revista de Estudios Hebraicos y Sefardíes*. Año 61, n.º 2, pp. 439-440.

Arturo Peral es traductor editorial desde 2008, y desde 2009 enseña en el grado de Traducción e Interpretación de la Universidad Pontificia de Comillas. Sus lenguas de trabajo son el inglés y el francés. Es vocal de la junta rectora de ACE Traductores y ha sido miembro de juntas anteriores entre 2009 y 2015 en calidad de tesorero y vicesecretario.

M.ª ISABEL REVERTE CEJUDO, IN MEMORIAM

Amaya García Gallego

El pasado 22 de abril falleció, a causa de la pandemia, Isabel, que hoy habría cumplido 78 años. Para quien no se acuerde de ella, baste decir, de momento, que María Isabel Reverte Cejudo (Madrid, 1942-2020) cotradujo con María Teresa Gallego Urrutia libros como el, aún hoy, tan celebrado *León el Africano* de Amin Maalouf o el, en su momento, tan rompedor *Diario del ladrón* de Jean Genet. También fue una de las socias fundadoras de ACE Traductores y, aunque llevaba ya muchos años sin traducir, nunca se dio de baja.

Isabel estuvo muy presente en casi toda la primera mitad de mi vida, como un miembro más de la familia cuya influencia me caló muy hondo, no solo en lo personal, como cabe esperar, sino también, curiosamente, en mi carrera de traductora, que es por lo que VASOS COMUNICANTES ha tenido la amabilidad de dejarme rendirle desde sus páginas este modesto homenaje. Trataré pues de no extenderme en detalles biográficos y sentimentales que no guarden relación directa con nuestra profesión.

Cuando Isabel Reverte y Maite Gallego (mi madre, para quien aún no lo sepa) se conocieron, esta última ya había hecho sus pinitos como traductora. Mientras tanto, Isabel se había licenciado en Filología Francesa en la universidad Complutense (la primera promoción) y había sacado plaza como agregada de francés en el instituto de El-Aaiún; por su condición de «funcionaria poco adepta al régimen» la trasladaron a Cádiz, desde donde, esta vez a petición propia, se trasladó de nuevo a Madrid. Allí, en el instituto Matemático Puig Adam de Getafe, llegado el momento de incorporar un profesor interino al seminario de francés, eligió la candidatura que había presentado Maite.

En realidad, aunque no lo supieran, ya se conocían de vista: se habían cruzado en la facultad (Maite se licenció en Filología Francesa un año después que Isabel) y en la biblioteca del Instituto Francés, donde trabajaba Maite y a la que acudía Isabel como lectora. Pero nunca habían trabajado juntas. Corría el año 1971, yo apenas tenía dos años pero contraje ya mi primera deuda con Isabel: si ella no hubiera elegido como compañera a mi madre, esta no habría entablado amistad con la extraordinaria Carmen de Michelena, profesora de matemáticas, y yo no habría acudido a su Colegio Michelena, del que guardo un recuerdo maravilloso.

La casualidad quiso, además, que Maite e Isabel vivieran, literalmente, a la vuelta de la esquina una de otra: la primera en la calle Coslada de Madrid y la segunda, en la calle Ardemans (en una de esas casitas obreras de La Guindalera, que desgraciadamente ya no existe, y donde también pasé tantos momentos gratos). Esta circunstancia propicia no solo que vayan y vuelvan del instituto juntas, en el Seat 600 de Isabel, sino que el resto de miembros de ambas familias, afincados casi todos en el mismo barrio, se conozcan y se encariñen. Contra todo pronóstico, el renacuajo que era yo le cae en gracia a una persona tan poco niñera como Isabel. De este modo, la relación profesional no tarda en convertirse en relación personal, de amistad y casi puede decirse que familiar.

La siguiente vuelta de tuerca es que de la amistad nace la segunda relación profesional: la de cotraductoras. Maite compagina las clases con las traducciones que siguen encargándole y, en algún momento, por su afinidad con Isabel, le propone hacerlas juntas. Isabel acepta, casi por diversión. Así llegan a su primera colaboración literaria: *Diario del ladrón* de Jean Genet, con la que ganan el Premio Fray Luis de León en 1976.

Las relecturas de Genet son el primer recuerdo propio que conservo de Isabel y Maite traduciendo a dos voces. Para entonces ya nos habíamos mudado al Barrio del Pilar, después de que mi madre sacara la plaza de catedrática de francés en el instituto Gregorio Marañón, a cuyo claustro se incorporó Isabel al año siguiente después de solicitar el traslado. La doble relación profesional y la amistad se consolidan. Durante el curso 1974-1975 (el del mismo verano en que, de vacaciones en la playa, yo arranco a leer en el asiento trasero del coche de Isabel, mientras ella y mi madre arrancan a traducir, a mano en un cuaderno, su primera obra literaria juntas), aprendo a hablar francés en el colegio, para gran satisfacción de Isabel, que ya tiene el pretexto perfecto para traer de sus viajes a Francia tebeos y discos infantiles que también le gustan a ella (y no es que fueran mis únicos libros y discos en francés, pero aún hoy, cuando vuelvo a tararear una canción de Anne Sylvestre o a desternillarme con una historieta de Gaston Lagaffe, no puedo evitar recordar que fue ella quien me los descubrió). Estoy pues en situación de seguir en dos idiomas los debates lingüísticos y las encrucijadas que plantea cualquier traducción, aunque bien es cierto que no siempre me entero de qué va el libro (Genet a los seis años resulta bastante hermético; aunque las palabrotas tienen su atractivo). No sé muy bien en qué momento exacto empecé a prestar atención, qué fue lo que me animó a quedarme escuchando (aparte de las palabrotas) en el cuarto de estar de nuestra casa de la calle Ribadavia, donde Maite e Isabel atendían muchas tardes, después de clase, entre música barroca y volutas de humo de

Bisonte. Puede que fuera, precisamente, que no entendía la historia y quería probar si, escuchando más rato, conseguía hacerme con ella; o quizá la variedad de diccionarios que se podían consultar; o el hecho de que algunas palabras no aparecían en ningún diccionario y había que rastrearlas de otros modos (algo que, más adelante, también aprendí de mi padre, cuando trabajaba como corrector editorial). El caso es que, poco a poco, se convierte en una rutina, suya y mía: ellas releen y yo escucho en silencio, a menudo hojeando algún tomo enciclopédico que ha quedado fuera de su sitio después de que lo hayan consultado; eso sí, siempre sin intervenir, porque he aprendido que a Isabel no le gustan nada las interrupciones y las colaboraciones espontáneas, por muy bien que le caigas.

La escena se repite a lo largo de varios años, de varios libros. Algunas veces, la trama de la traducción de turno me interesa más (*La condesa sangrienta,* de Valentine Penrose, o *León el Africano,* de Amin Maalouf) y procuro no perderme ninguna relectura, como si de una radionovela se tratara. Otras, sin planearlo, me toca oír el mismo pasaje en la relectura de los sucesivos borradores y así tengo ocasión de observar cómo ha evolucionado. Y todas ellas constituyen un a modo de clase magistral involuntaria.

Porque esa era la clave: Isabel y Maite no hacían nada que no hicieran y sigan haciendo otros buenos traductores; lo importante, en mi caso, es que lo hacían juntas, se comunicaban oralmente, reflexionaban en voz alta… y yo estaba allí para escucharlas. Si en la trayectoria como traductora de Maite no se hubiera cruzado ninguna Isabel, si mi madre hubiera traducido en solitario y releído en silencio, si yo no hubiera podido asistir a ese proceso… no estoy segura de que hubiese acabado traduciendo a mi vez.

Ahora que ya llevo media vida traduciendo y que, en los últimos años, Maite y yo releemos del mismo modo que hacía ella con Isabel (aunque ahora sea con una pantalla, un teclado y un ratón en vez de un taco de folios mecanografiados, una pila de diccionarios y un lapicero), me sorprendo a mí misma «siendo» Isabel. Uno de esos pasajes que oí evolucionar a lo largo de sucesivas relecturas pertenecía a *Infancia* de Nathalie Sarraute: en él explica cómo de pequeña la obligaban a masticar la comida «hasta que fuera líquida» (cito de memoria) para poder tragarla sin percances. Recuerdo que cuando lo leía Isabel, yo pensaba para mis adentros: «Como tú», pues si por algo se caracterizaba Isabel era por su parsimonia en todas sus actividades en general y por su lentitud para comer en particular. De lo que no me daba cuenta, hasta ahora, es de que procedía del mismo modo con el

texto… igual que hago yo cuando atendemos, empeñándome en consultar casi cada palabra, cada acepción, cada matiz, en varios diccionarios, hasta que la tengo bien masticada para poder tragarla. Aunque en otros momentos, también «soy» Maite, más intuitiva y espontánea. Me gusta creer que supe quedarme con lo mejor de cada una.

Cuando Isabel se apeó de la traducción literaria (después de haber traducido una treintena de libros, siempre con Maite, que siguió en solitario), yo ya hacía algunos años que había dejado de mirar desde el andén y me había subido a mi propio tren como traductora (gracias, en gran parte, a aquellos años de aprendizaje, a mi capacidad de imitación y a mi desfachatez juvenil). Poco a poco, nos fuimos distanciando en todo lo demás, pero esa parte de la historia ya no está directamente relacionada con la traducción y por tanto no tiene cabida en esta revista. Precisamente por eso me dejo muchas cosas en el tintero, lo cual no significa que las haya olvidado ni que las valore menos. Si fuera así, no me estarían formando ahora mismo un nudo en la garganta con el que me resulta tan difícil seguir escribiendo. Y antes de que empiecen a empañarme la vista, quiero expresar mi pésame y mi cariño a su familia y a todos los amigos comunes que sé que ahora estarán sintiendo lo mismo.

Obras traducidas por Isabel Reverte y María Teresa Gallego:

Jurgis Baltrusatis, *En busca de Isis* (Siruela, 1996)
Yves Beauchemin, *Gatuperios* (Alianza, 1989)
Paule Constant, *White Spirit* (Debate, 1991)
Paule Constant, *La hija del Supremo* (Círculo de Lectores, 1998 – Tusquets, 2002)
Paule Constant, *Confidencia por confidencia* (Tusquets, 1999)
Jean Constentin, *Los medicamentos del cerebro* (Debate, 1996)
Claude-Prosper de Crébillon, *El sofá* (Alba, 1996)
Marguerite Duras, *La lluvia de verano* (Alianza, 1990)
Mircea Eliade**,** *El burdel de las gitanas* (Siruela, 1994)
Jean Genet, *Diario del ladrón* (CUPSA, 1976; premio Fray Luis de León)
Jean Genet, *Milagro de la rosa* (Debate, 1980)
Jean Genet, *Santa María de las Flores* (Debate, 1981)
Jean Genet, *Un cautivo enamorado* (Debate, 1987)
Jean Genet, *Pompas fúnebres* (Debate, 1991)
Sadeq Hedayat, *La lechuza ciega* (Siruela, 1992)

Alexandre Jardin, *Pisando fuerte* (Debate, 1989)

Bianca Lamblin, *Memorias de una joven informal* (Grijalbo-Mondadori, 1995)

Amin Maalouf, *León el Africano* (Alianza, 1988)

Amin Maalouf, *Las cruzadas vistas por los árabes* (Alianza, 1989)

Guy de Maupassant, *Mont-Oriol* (Alba, 1995)

Valentine Penrose**,** *La condesa sangrienta* (Siruela, 1987)

Pascal Quignard, *Las nieves de antaño* (Debate, 1995)

Raymond Roussel, *Impresiones de África* (Siruela, 1990; premio Stendhal de la Fundación Consuelo Berges)

George Sand, *El órgano del Titán* (Siruela, 1989)

Nathalie Sarraute, *Infancia* (Alfaguara, 1984)

Nathalie Sarraute, *El planetario* (Alfaguara, 1985)

Nathalie Sarraute, *Entre la vida y la muerte* (Alfaguara, 1985)

H. y A. Stierlin, *La Alhambra* (M. Moleiro, 1992)

Jules Verne, *El tío Robinsón* (Debate, 1992)

Amaya García Gallego empezó a traducir en 1995, después de licenciarse en Geografía e Historia en la universidad Autónoma de Madrid y titularse en Documentación y Biblioteconomía. Compagina la traducción técnica con la editorial; ha trabajado como asalariada y como autónoma; alterna las traducciones en solitario con las cotraducciones. En los últimos años se ha dedicado casi en exclusiva a traducir al castellano narrativa francófona de autores de los siglos XVIII al XXI.

TRADUCIENDO TERRITORIOS

Almudena Otero Villena

Aunque sea de forma intermitente y a tiempo parcial, me dedico laboralmente a la traducción, y puesto que es para mí algo más que una profesión, me intereso también por lo que dicen otros traductores más experimentados, por aprender de sus palabras y sus saberes. Por eso compré hace algún tiempo *Territorio*, el libro autobiográfico de Miguel Sáenz, cuya lectura me traslada hasta mi propia infancia y adolescencia norteafricanas: mi territorio, que pienso también como un territorio lingüístico, delimitado por un idioma; un espacio escindido, división definida por la existencia de varias lenguas.

Como Miguel Sáenz, yo también tuve una infancia y adolescencia nómadas que transcurrieron en su mayor parte en el norte de África, y también acabé dedicándome a traducir del alemán. No creo que fuese casual, aunque hubiese casualidades que lo propiciasen, sino una especie de determinación o destino. Porque muchas veces no somos plenamente conscientes de hasta qué punto somos hijos de nuestra infancia y de cómo, por mucho que a veces lo intentemos, no podemos huir de ella. No solo eso: de un modo u otro, creo que siempre acabamos regresando a ese territorio de la niñez.

En mi caso, nací en el punto en que África y Europa parecen unirse, sin llegar nunca a encontrarse. Pero me crie en otra ciudad, también norteafricana, situada más al este, allí donde acaba la cordillera del Rif. Esa ciudad en la que pasé mi infancia y parte de mi adolescencia estaba dividida en dos: atravesar la frontera definida por ciertas calles significaba adentrarse en lugares en los que los contornos de la lengua propia empezaban a desdibujarse y surgía otro espacio lingüístico. Así que recorrer la ciudad de una punta a otra exigía un constante ejercicio de traducción; moverse entre diferentes lenguas, prosodias y expresividades, entre distintas perspectivas sobre las cosas y el mundo, formaba necesariamente parte del medio.

Así, aunque entonces no existía aún el muro que hay ahora, aquel territorio estuvo en realidad partido desde siempre por un muro invisible, el que levantan la desconfianza y el miedo. Aquel fue siempre un lugar escindido por una frontera, esa que delimita lo que me pertenece, que establece el sentido de propiedad y fundamenta la identidad. Así que en esa ciudad que es también mi territorio, el lugar que me convirtió en habitante de este mundo, existía un otro, que era percibido más bien como una amenaza: algo molesto, con lo que se

convive de mala gana, que hay que soportar porque no queda más remedio, pero del que se huye.

Y, sin embargo, es a esta visión del otro en mi infancia norteafricana a la que le debo el descubrimiento de que hay espacios incomprensibles, de que existe más de una palabra para nombrar las cosas, y de que el lenguaje, por tanto, es un campo abierto. Porque el otro, precisamente en la niñez, puede provocar también fascinación: es el que nos da la oportunidad de hablar y de vivir de otro modo; la posibilidad de ampliar la mirada y el territorio heredado, salir del constreñimiento: asumir otras palabras y otros gestos, otros puntos de vista, liberarse de lo aprendido que se acepta sin cuestionarse.

Si hay espacios incomprensibles, hay también espacios intermedios, y a ellos pertenecen los traductores. Traducir es habitar en la frontera, en tierra de nadie, superando los límites del monolingüismo, esos que separan las distintas vidas posibles. Porque en realidad la traducción es (o debería ser) parte de nosotros mismos; de otro modo, estaremos siempre escindidos, como el mapa de la ciudad, recluidos en un monólogo autista. La traducción nos muestra que se puede asumir otro punto de vista, las palabras del otro, y que sin ellas estamos incompletos. Nos muestra la posibilidad de comunicarnos, porque la incomunicación, en definitiva, es un problema de traducción: la incapacidad de mirar desde el otro lado, un producto de la enfermedad del monolingüismo.

La traducción es una manera de vivir, intentando atravesar fronteras. Intentando romper el muro, siempre con cuidado, aceptando el miedo a extraviarse, sin que el temor la abandone a una del todo: porque, como bien decía Miguel Sáenz en un texto publicado hace unos años en *El País*, «siempre se rompen cosas en las mudanzas». Una aspiración utópica, que nunca se podrá alcanzar por completo, porque la vida, como las palabras, está siempre en tránsito. La traducción es un viaje; al fin y al cabo, se necesita haber caminado mucho, toda una vida, para llegar a atravesar los propios límites.

Almudena Otero Villena estudió Filología Alemana y Periodismo en la USC, y se doctoró con una tesis sobre la relación entre tiempo e identidad en la novela artúrica. Es autora del ensayo *'ayn. O ollo e a fonte* y del poemario *Diario dos mapas. Un ensaio de topografía norteafricana*. Ha traducido, entre otros autores, a Mechthild von Magdeburg y Martin Heidegger.

TRADUCCIÓN, PANDEMIA Y BESOS

Ana Alcaina

En la última clase presencial del grado de Traducción, el pasado mes de marzo, el tema que nos tocaba tratar ese día era la traducción de los referentes culturales. Gracias a la rica diversidad cultural que hay en nuestras aulas desde hace ya algún tiempo —nada que ver con las clases de hace años, allá por los lejanos noventa, en las que lo más exótico era tener de compañeras a la única nativa inglesa de la clase (a la que llamábamos, cariñosamente, «la guiri») y a algunas que otras eutianas despistadas procedentes de otras comunidades autónomas—, es muy interesante comentar ciertas costumbres sociales que resultan bastante chocantes entre los alumnos. Ese día, una alumna coreana (la única con mascarilla, claro) nos contaba entre sonrisas veladas que el concepto de «siesta», por ejemplo, absolutamente marciano para ellos, es un extranjerismo en su lengua, por supuesto, y que, debidamente transcrito, se pronuncia igual, en las contadas ocasiones en las que deben de pronunciarlo.

Nos echamos unas risas a cuenta de esa y otras costumbres, como lo agresivo e incómodo que resulta (¿resultaba?) en el mundo anglosajón (la asignatura trata la traducción de inglés a castellano) abalanzarte sobre alguien para plantarle dos besos en las mejillas nada más verlo (aunque eso también depende de lo besucona y tocona que sea una y del grado de familiaridad con la persona anglosajona en cuestión, sí, lo sé). Otra alumna de ascendencia árabe intervino entonces para hablar de la aceptación social del beso entre hombres y surgió un interesante debate sobre las diferencias culturales como solo una clase presencial puede promover.

A continuación, a la profa que esto escribe, se le ocurrió decir, medio en broma medio en serio, que no sabíamos hasta qué punto este virus nuevo que acababa de empezar a propagarse a nuestro alrededor iba a erradicar para siempre esa costumbre tan invasiva, salvaje y latina nuestra de los dos besos, para regocijo de algunos de nuestros congéneres, y que como traductores, como siempre, debíamos estar atentos a los cambios sociales y las nuevas costumbres, a las nuevas palabras, (¿a las nuevas normalidades?) para saber siempre cómo traducirlas (cuando hay que traducirlas).

Hasta qué punto.

Traductores.

Atentos.

Apenas han pasado dos meses de aquello y es como si hubiera pasado un siglo, y parece que entre todas las incógnitas que nos depara este tiempo de incertidumbre figura la de saber si habrá una nota al pie en las traducciones del futuro (lejano) explicando determinados usos sociales que hasta ahora nos parecían de lo más «normales», o si la cultura mediterránea (o la anglosajona) acabará calcando los distintos grados de inclinación del cuerpo y la cabeza que caracterizan el saludo coreano, por ejemplo.

En cualquier caso, los traductores seguiremos haciendo lo que hacemos siempre: aguzar el oído y la vista ante el desfile vertiginoso de nuevos conceptos y observar atentos cómo cada cultura los hace suyos y les da acomodo en esa precisa unidad de medida que, precisamente, es la misma unidad por la que nos pagan: la palabra.

Ana Alcaina es licenciada en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Barcelona (1990-1994) y lleva trabajando como traductora de libros de una amplia variedad de géneros desde 1997. Ha trabajado para las principales editoriales de narrativa en español (con sellos como Plaza&Janés, Lumen, DeBolsillo, Grijalbo o Montena, integrados en el grupo Penguin Random House, o Círculo de Lectores, ahora en el grupo Planeta), traduciendo sobre todo novela del inglés al castellano. Desde 2001 forma parte del colectivo ANUVELA, equipo de traductoras de libros con sede en Barcelona y responsables de la versión en castellano de importantes best sellers (como las obras del autor británico Ken Follett). Además, es cofundadora y directora de la agencia editorial Wider Words, especializada en labores de editing, traducción, corrección de estilo y ortotipográfica para editoriales, autores independientes y profesionales del sector.
Desde el año 2009 compagina la traducción con la docencia: es profesora asociada de traducción del inglés al castellano en la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB y también imparte clases en el posgrado de Traducción Literaria y Audiovisual de la UPF-BSM. Fue miembro de la junta rectora de ACE Traductores desde 2010 hasta 2013.

A PROPÓSITO DEL JUEGO VERBAL EN EL SONETO XV DE W. SHAKESPEARE

Pedro Pérez Prieto

El juego de palabras es algo que al traductor le ocupa largo tiempo mientras traduce y le preocupa aún mucho más cuando ya ha dado la traducción por terminada. Al menos, eso es lo que a mí me ocurre. Ese estado de alerta constante hizo que saltara la alarma cuando vi el título de la sección publicada en el n.º 2 de VASOS COMUNICANTES, «Juego de palabras», dedicada a distintas versiones del soneto XV, de William Shakespeare. Si bien es cierto que se trata de un juego o ejercicio para comparar cinco traducciones del mencionado soneto, no por ello —o precisamente por ello— pude dejar de fijarme en cómo se han traducido esos términos marcados por la ambigüedad y los dobles sentidos tan característicos del autor y que tan esenciales son a la hora de recrear el poema. Por supuesto, el juego es lo primero y, como los traductores no deberíamos ignorar las versiones anteriores, no me resultó difícil reconocerlas a pesar de haberlas leído y examinado hace ya algunos años y de que la versión de Astrana Marín, además, aparezca en verso.

Son muchas y variadas las traducciones al castellano de los sonetos de William Shakespeare. Creo que lo que el lector espera encontrar es algo que sea equivalente y aceptable en la lengua de llegada. En todo texto literario existe una interdependencia entre los diferentes planos lingüísticos cuya constante interacción confiere un haz de significados perceptibles. Esa unidad indestructible de forma-contenido es lo que constituye el idiolecto estético propio de cada poema. En los sonetos de W. Shakespeare ese haz de significados es extraordinario. En esa riqueza reside, en mi opinión, el atractivo de estos sonetos para el lector interesado y para el traductor, por supuesto. Forma y contenido son inseparables porque el contenido está en la forma y la forma es el contenido desplegado. En cuanto a la forma, no debería haber ningún problema para encontrar esa equivalencia: versos de once sílabas, rima consonante; tres serventesios con rima alterna y un pareado final. El juego verbal, las ambigüedades y dobles sentidos deberían ser reproducidos en la traducción si queremos recrear poéticamente estos textos. Creo que ya ningún traductor recurre a la curiosa nota a pie de página que decía «juego de palabras intraducible». Al igual que con la traducción de poesía, se ha insistido en la intraducibilidad del juego verbal, pero también aquí ocurre que siguen publicándose traducciones en que se demuestra todo lo contrario. Dirk Delabastita ha tratado este asunto en profundidad en su interesante obra *There's a*

Double Tongue,[1] en la que expone sus argumentos contra el prejuicio de la imposibilidad de traducir el juego verbal y deja muy claro el hecho de su traducibilidad señalando nueve categorías en las que encajan las diferentes soluciones que se dan para traducirlo.

La traducción que necesita el receptor será únicamente posible mediante el concurso de la labor filológica y la creadora. A las traducciones anteriores y a los filólogos preocupados por todo ello, debo mis posibles logros en la traducción de los sonetos de Shakespeare. Comentaré algunos casos de juego verbal en el soneto XV.

Sonnet 15	Soneto 15[2]
When I **consider** every thing that grows **Holds in perfection** but a little moment, That this huge stage presenteth nought but shows Whereon the stars in secret influence comment;	Si todo cuanto crece **considero** **la perfección mantiene un solo instante,** si este proscenio enorme es todo entero de los astros su intérprete constante;
When I perceive that men as plants increase, **Cheered and checked** even by the self-same sky, Vaunt in their youthful sap, at height decrease, And wear their brave state out of memory;	si veo que cual planta el hombre crece, que un mismo cielo **da y le quita gloria,** de joven savia ufano, al fin perece y su esplendor se borra en la memoria,
Then the conceit of this inconstant stay **Sets you** most rich in youth before my sight, Where wasteful Time debateth with decay To change your day of youth to sullied night,	la idea de esta frágil permanencia a mi vista **te planta** en galanura mientras que traman Tiempo y Decadencia mudar tu joven día en noche oscura.
And all in war with Time for love of you, As he takes from you, I engraft you new.	Y en guerra con el Tiempo por tu amor, cuando él te roba, injerto en ti el vigor.

Recorren este soneto una serie de imágenes en que se compara el mundo vegetal y el de los hombres, su perfección efímera, en un mundo en que los hombres no son más que actores bajo la influencia de los astros, sometidos al efecto devastador del tiempo al igual que lo están las plantas. Y siguiendo con la metáfora vegetal, ya en el pareado final, el poeta contrapone a los efectos destructores del tiempo su acción de injertar en el joven nueva vida que asegure la permanencia de su belleza. Todo ello surge de numerosos términos polisémicos que han de conservarse en la traducción en la medida de lo posible.

Ya en el primer verso se halla el origen de las dos imágenes que se desarrollarán a lo largo del poema. Si está muy claro que *grows* lo es de la imagen vegetal, *consider* no lo está tanto

—al menos aparentemente— de ser el origen de la metáfora teatral, una de las favoritas de Shakespeare: el mundo es un teatro y los hombres no más que actores bajo la influencia de los astros. No lo estará hasta que tomemos en consideración la etimología de este término que proviene del latín [< L. *considerare (sidus –eris,* a star*) orig.* to examine the stars]. Está pues formado por el prefijo *con-* y el sustantivo *sidus, sideris,* «estrella». En sus orígenes, significó «observar los astros» en busca de agüeros y otros signos del destino, de acuerdo con las creencias astrológicas. El término correspondiente en la traducción al castellano ha de ser necesariamente «considero» (pensar sobre algo analizándolo con atención) y ello a pesar de que sus cuatro sílabas ocupen más de la tercera parte del endecasílabo. Algo de latín debió de haber aprendido Shakespeare a pesar de las acusaciones de su colega Ben Johnson de que sabía poco latín y menos griego.

En cuanto a *Holds in perfection* (v. 2), tiene una doble lectura fundamentada en las dos funciones diferentes que desempeña la partícula *in,* pues puede ser al mismo tiempo parte del verbo sintagmático *hold in* y preposición de *perfection*. En el primer caso sería «mantiene en sí la perfección» y en el segundo «se halla en un estado de perfección». Así la traducción: «la perfección mantiene un solo instante» tiene esas dos lecturas: 1. (Todo) mantiene (en sí) la perfección y 2. La perfección lo mantiene un solo instante.

En cuanto a *cheered and checked* (v. 6), son muchos los sentidos que pueden tener (animar, apoyar, aplaudir…/frenar, refrenar, reprender, dificultar, controlar…) y todos se aplican tanto a las imágenes de las plantas y el cielo como a la de las estrellas, que ejercen su influencia en secreto, y también a la del público en un teatro, con lo que el verso entronca con la idea anunciada en el primer cuarteto. Así: «que un mismo cielo **da y le quita gloria»** (a la planta, al hombre y al dramaturgo).

En cuanto al término *sets* (v. 10), que generalmente se ha traducido por «te muestra» o algo similar, hay que señalar que *set* es *to place, to put*; pero también *to plant*, es decir, «poner», «mostrar» y, además, «plantar». Este último término reúne los dos sentidos («a mi vista **te planta** en galanura») y continúa, así, la metáfora vegetal, ya fundida con la teatral, hasta el final del pareado.

He comentado sólo algunos de los numerosos términos polisémicos que han de conservarse en la traducción en la medida de lo posible. Puesto que la ambigüedad y el doble sentido son características fundamentales del estilo de los sonetos y que no son fáciles de trasladar, creo que las nuevas traducciones deberían insistir con especial ahínco

en la recreación del juego verbal sin miedo a reflejar en ellas los logros ya conseguidos en anteriores traducciones.

Dejo a continuación otros términos polisémicos del soneto XV con los que futuros traductores de este soneto pueden lidiar: *secret, conceit, this inconstant stay, wasteful, debateth* y *engraft*.

[1] Delabastita, Dirk. (1993). *There's a Double Tongue. An investigation into the translation of Shakespeare's wordplay with special reference to Hamlet*. Amsterdam: Rodopi.

[2] Pérez Prieto, Pedro. (2016). *Sonetos. William Shakespeare*. Madrid: Sial Pigmalión.

Pedro Pérez Prieto (Navaescurial, Ávila, 1953) es licenciado en Filología Moderna (Francés e Inglés) por la Universidad de Salamanca, y en Filología Española por la UNED. Traduce poesía de forma continuada desde el año 2003. Su traducción de los *Sonetos de William Shakespeare (*Nivola, noviembre de 2008) recibió en 2009 el Premio Esther Benítez que otorga ACE Traductores. Ha traducido *Arena y espuma* y una selección de *Dichos espirituales*, de Gibran Kahlil Gibrán bajo el título de *Aforismos* en la colección *A la mínima* en la editorial Renacimiento. En noviembre de 2014 se publicó su antología bilingüe *Poesía en lengua inglesa. Antología esencial*; *El Corsario,* de Lord Byron, en 2015; una reedición revisada de los *Sonetos de William Shakespeare* en 2016 e *Historia de Cardenio*, de Shakespeare y Fletcher en 2017; todas estas en la editorial Sial Pigmalión y en edición bilingüe. En esta misma editorial aparecerán próximamente *Poemas sobrenaturales*, de Coleridge y otras dos antologías. Acaba de publicarse *Poemas*, de Christopher Caudwell y no tardará en aparecer *Tres poemas,* de Hannah Sullivan.

LA VOZ SOÑADA DE PILAR VÁZQUEZ

Vicente Fernández González

He soñado con Pilar Vázquez. Me he despertado hablando con ella. Creo que estábamos en el bar de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga. Era la primavera de 2008. Había venido a impartir en nuestro máster un taller de traducción de narrativas en lengua inglesa. Diez horas en cuatro sesiones.

Leo ahora el material que preparó para aquel taller —el documento que me envió con el título «Guion y notas de trabajo», que incluía los textos, instrucciones y sutiles comentarios lingüísticos y literarios— y pienso que muy pocas veces se trabaja así, con ese cuidado, con esa atención, con esa delicadeza.

Entre los textos seleccionados, fragmentos de *The Accidental*, de Ali Smith, «una recreación actualizada de la historia que Pasolini contaba en su película *Teorema*: el invitado inesperado que destruye para bien o para mal la vida de una familia burguesa». Pilar explica en su guion, entre otras cosas, que la novela «está narrada en estilo indirecto libre: los personajes no hablan en primera persona, sino que son sus diferentes puntos de vista, sus hábitos de pensamiento y de expresión los que hablan por ellos» y que «es también un ejercicio lingüístico de exploración con la frase hecha y el juego de palabras, empezando por el apellido de la familia, Smart». Los fragmentos ilustran las diferentes voces.

Una alumna de aquel curso, traductora hoy, me escribe: «La recuerdo con especial cariño del taller que nos dio en el máster aquel año. Qué generosa fue». Pilar hacía que aquellos talleres fueran una experiencia única, sustantiva, que dejaba huella.

En mi sueño he recordado su voz. He querido volver a oírla. Septiembre de 2017. En una conversación sobre John Berger con Ana Morente y Lola Jiménez Blanco en *La Radio tiene ojos,* dice Pilar que John Berger tenía, como los buenos narradores, oído para las voces, sabía escuchar y reproducir, y que tenía también los ojos del pintor, la visión del artista, el saber prestar atención a las cosas mínimas. Saber escuchar, distinguir las voces, percibir los detalles; las cualidades de la traductora Pilar Vázquez.

Su relación con John Berger, que confiaba profundamente en ella, en su intuición y su criterio, ha quedado ya inscrita en la historia de la traducción; pero, como han recordado estos días Luis Magrinyà y Luis Fernández Galiano, Pilar Vázquez no es solo la traductora

de John Berger. Se puede consultar el catálogo de la Biblioteca Nacional o su ficha de socia de ACE Traductores. Tradujo, por ejemplo, a Camille Paglia, a Barbara Comyns y a Henry Roth; a Lyn Hejinian, poeta vinculada al movimiento Language, y superventas como *Memorias de una geisha*, de Arthur Golden, y *La joven de la perla*, de Tracy Chevalier; se atrevió con una nueva traducción de *Las uvas de la ira,* de John Steinbeck. No solo novela. No solo para editoriales; también para diarios y revistas especializadas. Unos días después de aquel taller, en un mensaje de correo electrónico me decía: «Llevo el Steinbeck bastante avanzado, y ya estaría casi terminado de no ser por el goteo constante de otras traducciones (arte, política, teatro, música) que me apartan, a veces durante semanas enteras, de la familia Joad y sus cuitas. Pero esta es la vida de la *freelance*. Y, la verdad, no me puedo quejar».

Hacía un año que no la veía. «Los muertos rodean a las vivos. Los vivos son el centro de los muertos».[1] Cierro los ojos e intento oír su voz. Me pregunto si volveré a soñar con ella.

[1] John Berger y Selçuk Demirel: *¿Estamos a tiempo?,* edición de Maria Nadotti, traducción de Pilar Vázquez, Madrid: Nórdica, 2019, pág. 80.

Un tributo a Pilar Vázquez*,* Yves Berger en *El País*.

Vicente Fernández González es presidente de ACE Traductores

SON LAS DIEZ DE LA MAÑANA

Concha Cardeñoso

¿Aprovechar el confinamiento para hacer una limpieza a fondo? ¿Para leer todos los libros y artículos atrasados? ¿Para ver conciertos, óperas, teatro, ballet y museos por Internet, que ahora son gratis? ¡Ja!

Son las diez de la mañana. Me pongo a currar con ánimos porque me falta poco para terminar, bueno, terminar de repasar algo menos de cien páginas de la traducción que tenía que haber entregado hace veinte días (el confinamiento empezó hace más de cuarenta).

Una interrupción para salir a la puerta a recoger el pan y un par de cosillas más, y desinfectarlas, claro, o ponerlas al sol o en una habitación separada. Porque yo no hago pan en casa, aunque mis abuelos paternos eran panaderos.

Ya que me he levantado, aprovecho para poner la lavadora, sí, y miro a ver si el edredón que lavé ayer ya está seco. Lo dejo en el tendal, que le dé el sol y se oree un rato más, hasta que tenga que tender la siguiente colada.

Vuelvo al ordenador, pero antes de seguir con el curro, abro el correo, contesto si procede, leo los enlaces interesantes y miro los mensajes del móvil. Algunos son noticias que me interesan y las leo también, otros son comentarios, preguntas o novedades a las que tengo que responder con uno o dos mensajes cada uno.

Bueno, no abro el fb. Me pongo a trabajar. A los veinte minutos llega Pep con la compra y tengo que salir a recoger, colocar, desinfectar, etc., etc. Me dice una chorrada y, como me quedo con cara de palo, me pregunta que qué me pasa. Le digo que nada, que con tanta interrupción no me puedo concentrar. Se mosquea. Le digo que él no tiene la culpa y se queda tan ancho. Ha traído, entre otras muchas cosas, boquerones (para mí especialmente, para más inri, porque me gustan mucho) y berbes. Limpio y congelo los boquerones; pongo los berbes en agua con sal; flipo con los berbes, que se mueven, abren las conchas y sacan un piececito o una boca, no sé, y tantean el terreno: me quedo un momento mirándolos.

Cuando me siento a trabajar otra vez ya es la una del mediodía, Pep está estudiando batería en el cuarto (poco) insonorizado de al lado de mi estudio. No puede hacerlo en su local por el confinamiento.

Así no hay quien pueda terminar nada. ¿Aprovechar el confinamiento para…? ¡Ja! Lo que tengo que hacer es mucho trabajo pendiente, con fecha de entrega, oiga, porque el confinamiento me ha trastocado el horario por completo, y el humor y la actitud y las actividades y…

¿Me tiro por el balcón o qué? Porque tengo el corazón muy acelerado y una rabia sorda por dentro que no puedo con la vida. ¡Así no hay quien trabaje EN casa!

Ooommmmmm.

Concepción Cardeñoso Sáenz de Miera nació en León en 1956. Traduce desde los años 90. Ganó el Premio Esther Benítez, en su decimotercera edición, por *Mi prima Rachel*, de Daphne du Maurier, Alba Editorial, 2017.

LA HUELLA DE LA CENSURA FRANQUISTA: LA PRIMERA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE 1984

Micaela Vázquez

Siguiendo con la tradición de VASOS COMUNICANTES de dar voz a los jóvenes traductores, publicamos aquí un artículo de Micaela Vázquez basado en su Trabajo Final de Máster *para la Universidad Complutense de Madrid.*

El 8 de junio de 1949, George Orwell publicó la que sería su última novela, titulada *1984*. Este libro se ha convertido en una de las novelas distópicas más famosas e influyentes de principios del siglo XX y es, para muchos, la obra maestra del autor inglés. Aunque en 2019 se cumplieron ya siete décadas desde que salió a la luz en Inglaterra, su crítica hacia la política, la propaganda y la manipulación de la información sigue siendo relevante. A día de hoy, en plena pandemia de la COVID-19, aún se menciona esta novela de Orwell en el debate sobre el uso de nuestros datos personales por parte del Estado para frenar la propagación de la enfermedad.

Dada la importancia de *1984*, en España se ha traducido y editado en numerosas ocasiones en las últimas décadas. El público español tuvo acceso a esta obra por primera vez durante la dictadura franquista, con la traducción que realizó Rafael Vázquez Zamora para Destino en 1952. Debido a su temática política y a su contenido sexual, el libro sufrió los recortes de la censura antes de llegar a las estanterías españolas. Esta versión recortada la publicarían también Salvat y Mundo Actual de Ediciones.

A pesar de la relevancia de la obra orwelliana, hubo que esperar hasta los años ochenta para que se publicara en España una traducción íntegra de la novela. En el año 1983 se añadirían a la traducción de Vázquez Zamora los pasajes que había recortado la censura, cuya autoría se desconoce. Esta es la edición más popular y difundida de la obra, que se publicó en editoriales como Destino, Salvat, Booket, Círculo de Lectores, RBA o Planeta de Agostini. Sin embargo, contamos con dos traducciones españolas más recientes: la de Olivia de Miguel, publicada por Galaxia Gutemberg en 1998; y la de Miguel Temprano García, que publicó Debolsillo en el año 2013. La interesante trayectoria de esta novela en nuestro país ha dado lugar a varios trabajos de investigación sobre la censura que sufrió su traducción, entre los que destacan los artículos de Alberto Lázaro (2002) y de Purificación Meseguer (2015).

Como mencionaba anteriormente, en 1952 aparece en el mercado español la primera edición recortada de *1984*, traducida para Destino por Rafael Vázquez Zamora. Como refleja el expediente de censura n.º 3632 conservado en el Archivo General de la Administración, en 1950 Destino solicita la autorización para la publicación de *1984* traducida al castellano. En su primer informe, el censor pasa por alto el mensaje antitotalitario de la novela y sostiene que la publicación de la misma debería autorizarse por su tendencia anticomunista. Sin embargo, deniega la solicitud porque la trama de la obra gira «alrededor del tema del crimen sexual cometido por un hombre y una mujer», lo que «implica una serie de descripciones excesivamente gráficas» y «la supresión de dichos párrafos no es factible sin perjuicio» de la historia.

Poco después, Destino solicita la revisión del expediente alegando que la novela «constituye un formidable alegato contra el régimen comunista», por lo que «está prohibida en todos los países de influencia soviética». Además, sostiene que «las posibles modificaciones o supresiones sobre ciertos temas de tipo sexual, no afectan en nada al contenido esencial de la obra», así que la editorial «está dispuesta ha (sic) modificar, corregir o suprimir los párrafos que se le indiquen».

Esta vez la Dirección General de Propaganda accede a que se realice la traducción de la obra siempre y cuando se maticen los extractos marcados por el censor. Sin embargo, cuando Destino presenta las galeradas censuradas añade que no se limitaron a recortar aquello que se les demandaba, sino que «una vez suprimidos los párrafos y las frases que podían resultar perjudiciales a nuestra moral y costumbres, […] era necesario aún suprimir alguna cosa más, ya sobre la traducción». Por tanto, empleando la terminología de Abellán (1982), el texto traducido fue resultado de la intervención de la censura externa, llevada a cabo por los censores del régimen y sus tachaduras, y también de la censura interna o autocensura, pues la editorial o el traductor realizaron recortes adicionales a los impuestos por el aparato censor para asegurar la publicación de la obra.

Al cotejar el original inglés y el texto traducido censurado los datos obtenidos me resultaron muy llamativos. En total, encontré 58 ejemplos de intervención. Como en el AGA tuve acceso al texto de la obra con las tachaduras indicadas por el censor, pude determinar cuáles de esas intervenciones se deben a la censura externa y cuáles a la interna. Sorprende que la mayoría de las alteraciones que sufrió la traducción fueran consecuencia

de la autocensura editorial-traductora (69%), y que los casos de intervención de la censura externa oficial fueran bastante más escasos (31%).

Además, organicé los 58 pasajes alterados según el tipo de censura aplicada por los censores: sexual (43%), si se retocan escenas de sexo o desnudo; religiosa (9%), si desaparecen las críticas a la religión católica; o política (5%), si se deshacían de pasajes perjudiciales para el régimen. Me vi obligada a crear otra sección para recoger un gran número de fragmentos que se alteraron sin motivo aparente (40%), pues no trataban temas escabrosos, y otra en la que incluí aquellos pasajes que no se corresponden con ninguna de las categorías anteriores (3%).

Llama la atención que, a pesar de la temática eminentemente política de la novela, hayan sido los pasajes sexuales los más censurados por faltar a la moral de la época. Uno de los más relevantes es la eliminación de la primera escena en la que Winston y Julia mantienen relaciones, a la cual pertenece el siguiente fragmento:

Orwell (1981)	**Vázquez Zamora (1971)**
But the mindless tenderness that he had felt under the hazel tree, while the thrush was singing, had not quite come back. *He pulled the overalls aside and studied her smooth white flank. In the old days, he thought, a man looked at a girl's body and saw that it was desirable, and that was the end of the story. But you could not have pure love or pure lust nowadays. No emotion was pure, because everything was mixed up with fear and hatred. Their embrace had been a battle, the climax a victory. It was a blow struck against the Party. It was a political act*. (Pág. 104)	Pero la ternura que había sentido mientras escuchaba el canto del pájaro había desaparecido. (Pág. 101)

La alteración de escenas como esta repercute notablemente sobre el resultado final. Aunque la editorial insistió en que la supresión de estos pasajes no afectaba al contenido esencial de la obra, es innegable que la relación secreta de Winston y Julia supone una rebelión contra el régimen político de Oceanía, que promueve la castidad y la abstinencia;

por tanto, al prescindir de estas escenas se matiza el crimen sexual que cometen los protagonistas, lo cual resta importancia a esta parte tan significativa de la trama.

Sorprendentemente, encontré diez extractos de contenido sexual que no se vieron afectados por la censura, lo que demuestra la arbitrariedad del aparato censor. No obstante, se pueden observar ciertos criterios de selección. Por ejemplo, la mayoría de las escenas sexuales censuradas tenían que ver, sobre todo, con la relación entre Winston y Julia, y en ellas el acto sexual tenía cierto significado. En cambio, en los fragmentos sin censurar se hace referencia a temas como el porno o la contratación de los servicios de una prostituta. Por tanto, se aprecia cierta relajación en algunas escenas de sexo y desnudo siempre que carecieran de vinculación sentimental.

En cuanto a la censura política, aunque fue más irrelevante, se eliminaron pasajes que borran gran parte de la crítica que hace Orwell a sistemas políticos como el totalitarismo o el autoritarismo:

Orwell (1981)	**Vázquez Zamora (1971)**
The idea of an earthly paradise […] had haunted the human imagination for thousands of years. *And this vision had had a certain hold even on the groups who actually profited by each historical change. The heirs of the French, English, and American revolutions had partly believed in their own phrases about the rights of man, freedom of speech, equality before the law, and the like, and have even allowed their conduct to be influenced by them to some extent. But by the fourth decade of the twentieth century all the main currents of political thought were authoritarian.* The earthly paradise had been discredited at exactly the moment when it became realizable. (Pág. 165)	La idea de un paraíso terrenal […] estuvo obsesionando a muchas imaginaciones durante miles de años. Pero ese paraíso terrenal quedó desacreditado precisamente cuando podía haber sido realizado. (Pág. 156)

En este caso, se suprime la parte central del párrafo, evitando así las menciones al autoritarismo y a los derechos de los hombres, la libertad de expresión y la igualdad de los seres humanos ante la ley.

La censura religiosa, por su parte, tuvo como consecuencia la desaparición de las críticas que hace Orwell a la Iglesia católica y a sus formas de proceder en el pasado, con instituciones como la Inquisición.

Orwell (1981)	**Vázquez Zamora (1971)**
You have read of *the religious* persecutions of the past**.** *In the Middle Ages there was The Inquisitlon. It was a failure. It set out to eradicate heresy, and ended by perpetuating it.* For every heretic it burned at the stake, thousands of others rose up. Why was that? Because *the Inquisition* killed its enemies in the open, and killed them while they were still unrepentant*: in fact, it killed them because they were unrepentant.* Men were dying because they would not abandon their true beliefs. (Pág. 204)	En las persecuciones antiguas, por cada hereje quemado han surgido otros miles de ellos. ¿Por qué? Porque se mataba a los enemigos abiertamente y mientras aún no se habían arrepentido. Se morían por no abandonar las creencias heréticas. (Pág. 192)

En este ejemplo, las persecuciones religiosas del pasado se generalizan en el texto español, que habla simplemente de «persecuciones antiguas». Desaparecen también las referencias al fracaso de la Inquisición en su propósito de erradicar la herejía. Es más, la frase «because the Inquisition killed its enemies in the open» adopta en castellano una fórmula impersonal y se afirma que «se mataba a los enemigos abiertamente», sin especificar quiénes eran los autores de los asesinatos.

Por otro lado, no deja de ser chocante el gran número de fragmentos que se vieron afectados en la traducción aunque no trataran temas escabrosos o perjudiciales para el régimen. En su mayoría, son omisiones que, al aplicarlas, no hacen más que empobrecer el texto meta, como la supresión de la descripción del camino que recorre Winston en esta escena:

Orwell (1981)	**Vázquez Zamora (1971)**
Winston picked his way up the lane *through dappled light and shade, stepping out into pools of gold wherever the boughs parted. Under the trees to the left of him the ground was misty with bluebells.* The air seemed to kiss one's skin. (Pág. 96)	Winston emprendió la marcha por el campo. El aire parecía besar la piel. (Pág. 96)

En cuanto al mecanismo predominante a la hora de censurar el texto traducido, la estrategia preferida fue la eliminación de fragmentos problemáticos (86%). La segunda más empleada fue la reformulación de pasajes del original en la traducción (9%) y, la tercera y última estrategia, la sustitución del contenido del texto inglés por otro distinto en castellano (5%).

El ejemplo de eliminación de mayor extensión que hay en la traducción española es la completa supresión del apéndice de unas ocho páginas que se incluye al final del libro, titulado «The Principles of Newspeak». En dicho apéndice encontramos pasajes como el siguiente, en el que Orwell compara la neolengua con el lenguaje manipulador característico de la política y de los países totalitarios:

> […] the tendency to use abbreviations of this kind was most marked in totalitarian countries and totalitarian organizations. Examples were such words as Nazi, Gestapo, Comintern, Inprecorr, Agitprop. […] It was perceived that in thus abbreviating a name one narrowed and subtly altered its meaning, by cutting out most of the associations that would otherwise cling to it. The words Communist International, for instance, call up a composite picture of universal human brotherhood, red flags, barricades, Karl Marx, and the Paris Commune. The word Comintern, on the other hand, suggests merely a tightly-knit organization and a well-defined body of doctrine (Orwell, 1981: 386)

En este extracto, Orwell critica los regímenes totalitarios e incluye referencias políticas opuestas a la ideología franquista, por lo que, lejos de suprimir algunos párrafos o reformular determinadas frases, se optó por prescindir del apéndice por completo.

Además de eliminaciones, encontré varios casos de reformulación de contenido del original. En el siguiente pasaje, en la traducción se reescribió la oración del texto origen

para darle un sentido más implícito, de modo que se obtiene un resultado neutralizado en español:

Orwell (1981)	**Vázquez Zamora (1971)**
During the month of May there was only one further occasion *on which they actually succeeded in making love*. (Pág. 105)	Durante el mes de mayo sólo tuvieron una ocasión *de estar juntos de aquella manera*. (Pág. 103)

Por último, como ejemplo de estrategia de sustitución destaca el siguiente extracto, en el que Orwell menciona la filosofía, la religión, la ética y la política entre las disciplinas exentas de lógica. Se optó por eliminar esta referencia negativa a la religión, solo que, en lugar de suprimirla, se sustituyó y se mencionó la ciencia en su lugar:

Orwell (1981)	**Vázquez Zamora (1971)**
In philosophy, *or religion,* or ethics, or politics, two and two might make five, but when one was designing a gun or an aeroplane they had to make four. (Pág. 160)	Aun admitiendo que en filosofía, *en ciencia*, en ética o en política dos y dos pudieran ser cinco, cuando se fabricaba un cañón o un aeroplano tenían que ser cuatro. (Pág. 152)

Una vez vistos los agentes que intervinieron en el texto, los tipos de censura que aplicaron y cuáles fueron las estrategias empleadas solo me queda por hacer una última observación: la censura que sufrió la traducción española de *1984* durante la dictadura no deja de parecerme paradójica. En la novela, el Ministerio de la Verdad en el que trabaja Winston se encarga de censurar documentos, libros y medios de comunicación para manipular la información a la que tienen acceso los habitantes de Oceanía, tal y como hacía el aparato censor durante el régimen franquista. En *1984*, Orwell critica el empleo de la censura como herramienta de control, por lo que resulta curioso que la traducción española de esta misma novela se haya visto afectada en este sentido. Afortunadamente, las tres décadas de censura que sufrió *1984* no evitaron que la obra se convirtiera en un clásico de la literatura de ciencia ficción en nuestro país, al igual que sucedió en el resto del mundo.

Bibliografía y fuentes

Abellán, Manuel (1982): «Censura y autocensura en la producción literaria española», en *Nuevo Hispanismo*, 1, pp. 169-180.

Archivo General de la Administración (en línea).

Archivo General de la Administración (1952): Signatura 21/09190, Expediente 3632.

Biblioteca Nacional de España: Catálogo (en línea).

Lázaro, Alberto (2002): «La sátira de George Orwell ante la censura española», en *Proceedings of the XXVth AEDEAN Conference*, eds. M. Falces Sierra, M. Díaz Dueñas y J. M. Pérez Fernández, Granada, Universidad de Granada, pp. 1-15.

Meseguer, Purificación (2015): «La traducción como arma propagandística: censura de Orwell, Abellio y Koestler en la España franquista», en *Quaderns de Filologia*: *Estudis Literaris XX* [en línea], pp. 107-122.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte: Base de datos de libros editados en España (en línea)

Orwell, George (1971): *1984*, traducción de R. Vázquez Zamora, Navarra, Salvat.

Orwell, George (1981): *1984*, Londres, Penguin Books.

Unesco: Index Translationum (en línea)

Vázquez Lachaga, Ximena Micaela (2019): «La huella de la censura franquista: la primera traducción española de *1984*» [Trabajo Fin de Máster] (en línea), Madrid, Universidad Complutense de Madrid

Micaela Vázquez Lachaga es traductora del inglés. Es graduada en Traducción e Interpretación por la UAM y tiene un Máster en Traducción Literaria por la UCM. Es miembro de la presección de ACE Traductores y participa en el programa de mentorías de 2020.

UNA NOTA SOBRE NELLA LARSEN Y LA TRADUCCIÓN DE SU NOVELA ARENAS MOVEDIZAS

Pepa Linares

Este artículo es un resumen de la presentación de la traducción de Arenas movedizas *(2019), de Nella Larsen, para la sesión del Club de Lectura Traducida de ACE Traductores en la Casa del Libro (Madrid), que tuvo lugar el 27 de enero de 2020.*

A los que recorrimos algunas calles de Harlem a principios de los años setenta sin salir del coche y con los seguros de las portezuelas echados nos gusta (y nos cuesta) imaginar aquel otro Harlem de los años 1920-1930, el Harlem nocturno, el de los cabarets frecuentados por blancos a la última, por seguidores de la sociedad teosófica de madame Blavatsky, por empresarios teatrales, gente del mundillo de la literatura o de la música o, sencillamente, por esnobs de toda raza y condición deseosos de diversiones y de alcohol, y, sobre todo, como cuenta Nella Larsen en su novela, por una elite negra que accedía ya a la educación en las grandes ciudades (su marido, el primer negro que se doctoró en Física, fue un inventor prolífico) y, mediante la educación, a la clase media. Aquel lugar de encuentro para las elites culturales de ambas razas permitió a muchos negros encontrar una voz y ganar posición social, identidad y respeto. Y cambió la imagen que ellos tenían de sí mismos.

Por alguna de aquellas reuniones recaló también en 1929 el mismísimo García Lorca de la mano de la propia Nella, que le causó una impresión excelente. Así lo escribió el poeta en una carta a su familia.

Y fue precisamente en los años setenta cuando la crítica, los estudios académicos y algunas autoras como Alice Walker, Toni Morrison y Maya Angelou rescataron del olvido a los artistas del llamado Renacimiento de Harlem y, entre ellos, a nuestra autora, para introducirla no ya en el canon de las escritoras afroamericanas, sino en el de las autoras estadounidenses de cualquier color. El lugar que habría debido ocupar siempre por derecho propio.

Mestiza, hija de una costurera blanca de origen danés y de un mestizo de las Indias Occidentales Danesas (hoy Islas Vírgenes), nació probablemente en Chicago en 1891, donde se crio en uno de los barrios populares que, desde 1910, acogieron a decenas de

miles de negros procedentes del sur y a muchos miles de blancos extranjeros, en un ambiente de tensiones y rivalidad por el trabajo y la vivienda.

Pero Nella Larsen, huérfana de padre, malquerida por su nueva familia inmaculadamente blanca (la madre volvió a casarse, esta vez con otro danés), tuvo, a pesar de todos los pesares, la suerte de estudiar en un internado, de viajar a Dinamarca desde pequeña, de cursar enfermería y biblioteconomía y de disfrutar de una beca Guggenheim de casi dos años que le permitió recorrer varios países europeos, entre ellos España. Fue, además, una gran lectora.

Sabemos que publicó con cierto éxito las dos novelas, *Quicksand* (1928) y *Passing* (1929), que yo he tenido la fortuna de traducir al español con los títulos de *Arenas movedizas* y *Claroscuro,* respectivamente, para la editorial Contraseña, y un número indeterminado de relatos, entre ellos los tres que acompañan al volumen de *Arenas movedizas* («No era él», «Libertad» y «Santuario»); que colaboró, entre otras, con la primera revista infantil para niños afroamericanos, *The Brownies' Book;* y que asistió a la gran cena de hermandad de escritores blancos y negros que muchos consideran el acto fundacional del movimiento cultural y cívico denominado Renacimiento de Harlem, un acontecimiento que hizo posible la publicación un año más tarde, en 1925, de la antología de obras de artistas, músicos, escritores y ensayistas titulada *The New Negro,* libro de referencia, en el que, como escribe en el prólogo de esta edición Maribel Cruzado Soria, la mejor conocedora del movimiento en nuestro país, se instaba a las nuevas generaciones a salir de la sombra y a expresarse sin miedo y con orgullo. El ambiente de aquel Harlem abigarrado que, por encima de las desigualdades y las discriminaciones, invitaba a la creación y al cambio, hizo posible la aparición de escritoras como Nella Larsen.

Arenas movedizas, su primera novela (1928), la más autobiográfica, es la historia de un desarraigo, de la búsqueda condenada al fracaso de un lugar bajo el sol imposible para la protagonista, que, no siendo ni blanca ni negra, vive entre dos mundos lastrados por los prejuicios y el sectarismo.

Nella Larsen no satisfacía por entero el exotismo literario que buscaban algunos editores en los escritores de su raza, pero tampoco construía los personajes que habrían gustado a ciertos militantes de la causa negra. Criticaba con amargura el racismo, violento o paternalista, la religión alienante que predominaba entre los negros, especialmente en el sur,

el clasismo y el esnobismo de las elites negras o el fetichismo sexual de los blancos en su trato con las mujeres de color.

Ambivalente y contradictoria, pintó un fresco magnífico de la vida harlemita y de las comunidades religiosas del cinturón negro de Estados Unidos. El tema de la raza, al mismo tiempo vínculo y carga para la protagonista, es tan poderoso que oculta otros no menos importantes (la condición de la mujer en su época, la difícil relación con la maternidad o la lucha por conseguir una situación económica estable, entre otros muchos) y, en cierta forma, condiciona la lectura, pero la autora dotó de una enorme complejidad psicológica a su personaje femenino, que peregrina de un escenario a otro, de un país a otro, del sur al norte y del norte al sur, en un estado de continua incertidumbre, de continuo desasosiego, hasta el encontronazo final con un destino inmisericorde.

Nella Larsen escribía en un inglés estándar, un *white English* que le valió numerosas críticas, pero la lengua es un hecho cultural, no biológico, y ella era una mujer instruida criada entre blancos. Con una prosa fluida y moderna, una enorme riqueza léxica y una adjetivación abundante logra estupendas descripciones tanto de los exteriores, naturales o urbanos, como de los interiores, especialmente los nocturnos, bulliciosos, fulgurantes de luces, en escenas perfectamente amuebladas, visuales y coloristas, siempre acompañadas de la mejor música de la época. Igualmente conseguidas son sus descripciones de las texturas de las ropas y las pieles, con un variado mosaico de tonos y matices de la piel «negra», no siempre fáciles de traducir por la falta de equivalencias en español. Es el caso, por ejemplo, de *yellow*, que cabe traducir por «oliváceo» o «cetrino», aun sabiendo que el marrón amarillento de un negro no es exactamente el amarillo verdoso de un blanco.

No faltan tampoco en el texto las coplillas, las rimas infantiles o los cantos de iglesia, que he versionado con toda la libertad que, a mi parecer, permiten este tipo de composiciones, donde lo importante es el sentido general y sobre todo el oído; siempre, eso sí, teniendo en cuenta las necesidades del contexto. Así, la rima del siglo XIII: *Hark! Hark!/the dogs do bark/The beggars are coming to town/some in rags/some in tags/and some in velvet gowns* («¡Escucha! ¡Escucha!/Ya ladran los perros,/ya llegan los mendigos al reino./Unos con andrajos,/otros con pingajos./Y otros con trajes de terciopelo»).

Además, en *Arenas movedizas* y en uno de los cuentos de este volumen, el titulado «Santuario», la autora introdujo peculiaridades fonéticas y sintácticas del llamado *black English* —en tiempos de corrección política *African-American English*—, un conjunto de

dialectos del inglés, hablados, exclusivamente o no, por una gran mayoría de los negros estadounidenses, con numerosas variantes rurales, urbanas, sociales y regionales. En el caso concreto del cuento, predomina el habla de los negros iletrados del sur agrícola de los años veinte, que he intentado reflejar de algún modo, mediante unos cuantos rasgos morfológicos y léxicos muy elementales, sin ánimo exhaustivo, para no hurtar del todo al lector aspectos muy característicos del origen, la formación y la clase social de los personajes, y tratando siempre de no caer en un habla identificable en nuestro ámbito lingüístico.

La autora escribe las palabras tal como deberían pronunciarlas sus personajes. Así, *trouble* se convierte en *trubble* («problema, apuro»), *truth* en *trufe* («verdad», en mi traducción «verdá»), el pronombre *I* en *Ah*, *Mister* en *Mistah*, *Jesus* en *Jes'*, *the Lord* en *de Lawd* (que yo he traducido por «el Señó»), «el Salvador» en *de Savioah* o *children* en *chilluns*. En la mayor parte de los casos basta con seguir la fonética en el contexto para comprender el significado, pero la dificultad estriba en crear un texto al menos creíble en boca del personaje, porque no sé si se puede aspirar a otra cosa, aunque estoy convencida de que habrá algún compañero más avezado que yo en estos menesteres.

Ya digo que he reflejado solo algunos rasgos, pocos y muy sencillos, de este tipo de habla, que, como ocurre también con otras, está hecha de frases breves, palabras que pierden sus finales o que desaparecen (verbos, pronombres), repeticiones, dobles negaciones irónicas, etc.

Cito un ejemplo de diálogo para dar una idea:

> "You ain't in no hurry, is you?"
> "Ah's in trubble, Mis' Poole."
> "W'at you done done now?"
> "Shot a man, Mis' Poole."
> "Trufe?"
> "Yas'm. Shot 'im."
> "Daid?"
> "Dunno, Mis' Poole, dunno."
> "White man o' niggah?"
> "Cain't say, Mis' Poole. White man, Ah reckons."

—Casi no llevas prisa, ¿eh, Jim?

—¡Ay! Estoy apurao, señora Poole.

—¿Qué habrás hecho tú ahora?

—Meterle un tiro a un hombre, señora Poole.

—¿De verdá?

—Sí, señora, meterle un tiro.

—¿L'has matao?

—Y qué sé yo, señora Poole, y qué sé yo.

—¿Blanco o negro?

—No sé qué la diga, señora Poole. Blanco, creo yo.

Aunque la consulta con compañeros tan solventes como José Luis López Muñoz y Carlos Mayor (que ha traducido a Toni Morrison) me tranquilizó un poco, ya se sabe que para un traductor, en mi caso tanto en inglés como en italiano, hay pocas cosas tan temibles como las hablas dialectales.

Para mí, era la primera vez. La próxima, mejor.

Pepa Linares (Madrid, 1948). Estudió filología italiana e hispánica en la Universidad Complutense. Ha traducido crítica, lingüística, arte y ensayo político con las firmas de Norberto Bobbio, Giorgio Vasari, Antonio Forcellino, Leonardo Sciascia, Claudio Magris, Remo Bodei, Michael Ignatieff, Geoffrey Parker, Anthony Pagden; narrativa de autores ingleses y estadounidenses como Peter Viertel, Edith Wharton, Bernard Malamud, Muriel Spark, Penelope Lively, George Meredith, Nella Larsen; y de autores italianos como Camillo Boito, Luigi Pirandello, Giusepe Bonaviri, Scipio Slataper, Beppe Fenoglio, Paola Masino, Matilde Serao, Alba de Céspedes, marquesa Colombi, Santo Piazzese, Gabriele D'Annunzio. Ha dirigido talleres de traducción y ha enseñado prácticas de traducción en la Universidad Menéndez Pelayo y en el Instituto de Traductores de la Universidad Complutense.

IN MEMORIAM TARJA ROINILA

Claudia Isa Baricco

La bella e inteligente **Tarja Roinila**, con sus cabellos rojos y esos vestidos de colores vivaces que tanto le envidié. Tarja era oriunda de Jyväskylä, una ciudad situada en el centro de Finlandia, a unos doscientos setenta kilómetros de Helsinki, donde vivía. Pero si el nombre de la ciudad me resulta impronunciable y, siendo del sur, no me resulta nada fácil imaginarme la vida a una latitud más septentrional aún que la de Helsinki, cuando conocí a Tarja todo fue simple y cercano. Fue en abril de 2019, en la casa de traductores literarios de Straelen, en Alemania. Tarja, que tenía tras de sí una larga carrera como traductora del español, el francés y el alemán, estaba dedicada por entonces a otra tarea. Había empezado a escribir un ensayo sobre el bilingüismo y el multilingüismo, basado en su experiencia personal con los idiomas y la traducción literaria. La editorial Teos acaba de publicarlo en su página web (en finés, por ahora): *Puhujaksi puhujien joukkoon* (algo así como: *As a speaker among speakers, Como una hablante más entre otros hablantes).*

La niña que a los nueve años adquiere la conciencia traumática de que jamás será otra persona es la misma mujer que escribe que a menudo se despierta pensando: «Tarja Roinila», y siente cierta claustrofobia. De madre alemana y padre finlandés, Tarja crece en Finlandia con el finés como lengua materna. El alemán está ahí, pero es más bien el idioma de esa familia de tíos y primos que visita en las vacaciones en St. Peter Ording, en Hamburgo. Será muchos años después cuando se vuelque en este idioma profesionalmente. Tarja se hará traductora literaria en un acto de rebeldía, en contra del deseo de su padre, aunque más tarde este —profesor de alemán y traducción— le confesará que había sido su sueño. El francés y el español, más que simples conocimientos que incorpore en sucesivas residencias en Francia y España, serán nuevas vidas. Renacer, escribirá, no es una palabra demasiado grande para lo que significarán para ella. Cuando lee el libro de Mia Kankimäki sobre las mujeres exploradoras del siglo xix, pioneras de la emancipación que, desafiando peligros y prejuicios, partieron rumbo a África y otros destinos, Tarja, que tiene alma de aventurera, piensa que «**algunos necesitan suelo extranjero para ser libres», y que quizá ella fue a España para nacer allí; es liberador ser una principiante**. Con respecto al español, que hablaba con una fluidez y una pronunciación extraordinarias, le gustaba recordar lo que alguna vez había dicho John Le Carré refiriéndose al alemán: *love on first hearing*, «amor a primer oído».

Y sigo leyendo. La traducción de obras de ficción. Cuando las traduce y trabaja con un diccionario bilingüe, se vuelve loca. Busca frenéticamente ideas y respuestas, porque su tarea es decir «lo mismo», pero en finés: convertirse en la autora de la obra en la lengua a la que traduce. Al mismo tiempo sabe que incluso un buen diccionario bilingüe es como una especie de chiste. Las lenguas no se corresponden punto por punto. Pero hay que sacar el finés a través de algo, extraerlo de la succión de la lengua original. ¿Por qué el proceso no puede ser en ambas lenguas a la vez?, se pregunta. Tarja descubrirá que es una y muchas porque vive en varias lenguas al mismo tiempo. Eso —y no la suma de monolingüismos, escribe con júbilo en su ensayo— es el mundo del multilingüismo que ella habita.

Tarja impulsó sus proyectos de traducción. Tradujo a Rulfo (la suya fue la primera traducción al finés de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*), a Cortázar, a Bernhard (suscitando un *boom* de este autor en Finlandia), Samuel Beckett, Herta Müller, Bernardo Atxaga, Rafael Alberti, Roland Barthes o Maurice Merleau-Ponty, entre otros. Su obra como traductora le valió el Premio Nacional de Literatura. Dirigió los talleres de traducción Vice Versa alemán-finés. Fue miembro del consejo asesor de FILI, entidad que promueve y apoya la traducción de literatura finlandesa al español.

En 2003 fue invitada a la semana de editores organizada por Gabriela Adamo para la Fundación Typa, en Argentina, donde se destacó por una visión de la literatura latinoamericana sensible y al mismo tiempo fresca, sagaz y liberada de clisés. «¿La literatura latinoamericana tiene que venderse como literatura latinoamericana o puede ser sencillamente literatura?», preguntó. «Porque si tiene que ser literatura latinoamericana, aparece la cuestión del exotismo: calor, trópico, realismo mágico. Algo que se difundió mucho y que ahora está jugando en contra de esta literatura; si no es así, no interesa». Y planteó que literatura latinoamericana podía ser cualquier cosa, como demuestra el caso de Borges. Y fue más lejos: «¿Por qué los libros de acción, de entretenimiento, tienen que ser sajones?».

Tarja Roinila falleció en un accidente con su bicicleta en Helsinki el pasado 19 de mayo. A petición de los amigos comunes Alexandros Kypriotis y Mohammad Hemati, también ellos traductores literarios, la descifro a través de algunos recuerdos y, heréticamente, lo sé —aunque probablemente nos reiríamos juntas—, por medio de los intrincados caminos del Google translator del finlandés al inglés y luego mi traducción al español. Perdimos su compañía, pero nos quedan sus recuerdos y sus textos. Otra forma de buena compañía.

Cuando regresó a casa desde Straelen, escribió: «Muchísimas gracias por tu mensaje, que me ha hecho más suave la transición. Todo el día en el tren viendo los árboles y dejando que todo lo vivido fluya por la mente. Realmente han sido un viaje y una estancia muy especiales, me siento agradecida. Amanecí en casa de mi ahijada, hace sol». Buen viaje, Tarja.

Claudia Isa Baricco (Buenos Aires, Argentina) es licenciada en Letras por la UBA. Becada por el DAAD, asistió a cursos de Germanística y Filología Fílmica en la LMU. En su vida profesional se ha movido siempre entre los campos de la literatura, el teatro y el cine. En el ámbito de la traducción se ha dedicado al subtitulado de películas y, como traductora literaria del alemán al español, a la prosa y el teatro. Entre otros autores ha traducido a Hermann Broch, Elfriede Jelinek, Heiner Müller, Marius von Mayenburg, Lukas Bärfuss, Walter Kappacher, Alissa Walser, Josefine Rieks, Sibylle Lewitscharoff y Benjamin Stein. Actualmente reside en Berlín.

Tarja Roinilla *colaboró en el número 52 de VASOS COMUNICANTES con la traducción al finés de La cuna, publicada en febrero de 2020.*

LOS PUNTOS SOBRE LAS ÍES

Ricardo Bada

Descubro que Alfred de Musset en su «Ballade à la lune» tiene un verso que dice**:** «C'était, dans la nuit brune, / sur le clocher jauni, / la lune / comme un point sur la i», o sea, «Era, en la noche bruna, / sobre el amarillento campanil, / la luna / como un punto sobre la i». Y eso me recuerda otro verso con un punto sobre la i, pero en este caso intraducible.

Lo encontré en el *Diccionario de Citas*, de don Vicente Vega, y pertenece al texto de *Cyrano de Bergerac***:** «Un point rose qu'on met sur l'i du verbe aimer». Y añade don Vicente este comentario**:** «Deliciosa definición del beso que da Cyrano a Roxana en la escena IX del acto III de la famosa obra de Rostand y que preferimos no traducir; realmente, es intraducible».

«Un punto rosa que se pone sobre la i del verbo amar», esa sería la traducción literal**…** pero el verbo« amar», que en francés es *aimer*, en castellano no incluye la letra i, como tampoco la incluyen el italiano *amare*, ni el inglés *to love*. Sí la incluye en cambio el alemán *lieben*, y así pues al alemán podría traducirse**:** «Ein rosa Punkt auf das i des Verbes lieben». Y también al neerlandés**:** «Een roze punt op de i van het werkwoord liefhebben».

Y asimismo al catalán, donde «amar» es *estimar* (lo que real y verdaderamente debiera ser).

Le pregunto a un buen poeta de ese idioma, Valentí Gómez i Oliver, quien me ofrece dos variantes**:** la normal, «un punt rosa que es posa sobre la i del verb estimar»**;** y la más culta, «un punt rosa que hom col·loca damunt la i del verb estimar». Y esta es la que prefiero porque a su vez incluye una ele geminada [l·l], la letra más emblemática del idioma de Guimerà y Josep Pla, y en la que asimismo interviene un punto.

Después no me dio el cuero para seguir investigando si ese verso, intraducible al castellano, sí podría traducirse en otros idiomas (¿pero a cuáles?) gracias a la fortuita circunstancia de que en el infinitivo de su verbo amar figurase la letra i. Aunque me acordé, ay, sí, Nausica mía, de que en griego es *agapi*. Pero**…**

Obsesivo como soy, recordé luego que existe una traducción magistral de *Cyrano de Bergerac* al castellano, debida a un trabajo en equipo del trío Luis Vía, José Oriol Martí y Emilio Tintorer estrenada el 1.° de febrero de 1899, por la compañía de María Guerrero y

Fernando Díaz de Mendoza, en el Teatro Español de Madrid, en la Plaza de Santa Ana. Y me fui a buscar allá la traducción del verso de marras y me encontré con esto**:** «Un subrayado de color de rosa / que al verbo amar añaden». Es decir, que ni siquiera una terna de buenos traductores, trabajando en equipo, logró ponerle el cascabel al gato.

Después de lo cual se me ocurrió que sin embargo habría al menos dos posibilidades, dos, de colgarle ese adminículo sonoro al micifuz. Una de ellas sería una traducción elevando el diapasón del amor a la idolatría, una versión súper apasionada**:** «Un punto rosa sobre la i del verbo idolatrar». Y la otra sería una sencilla versión erótica**:** «Un punto rosa sobre la i del verbo tirar».

Ricardo Bada. Huelva, España, 1939. Escritor y periodista residente en Alemania desde 1963. Autor de *La generación del 39* (cuentos, Nueva York 1972), *Basura cuidadosamente seleccionada* (poesía, Huelva 1994), *Amos y perros* (cuento, Huelva 1997), *Me queda la palabra* (ensayos, Huelva 1998), *Los mejores fandangos de la lengua castellana* (parodias, Madrid 2000), *Límeri de Bueno Saire* (nonsense, Río de Janeiro 2011), *La bufanda de Cambridge* (cuentos, Bogotá 2018) y El canto XXV (novela breve, Copenhague 2018). Editor en Alemania, junto con Felipe Boso, de una antología de literatura española contemporánea (*Ein Schiff aus Wasser* [*Un barco de agua*]), y en solitario, de la obra periodística de Gabriel García Márquez y los libros de viaje de Camilo José Cela. Editor en España de la obra poética de la costarricense Ana Istarú (*La estación de fiebre y otros amaneceres*, 1991), y en Bolivia de la única antología integral en castellano de Heinrich Böll (*Don Enrique*, 1995). Republicano y agnóstico, convicto y confeso, paradójicamente lo nombraron caballero de la Orden de Isabel la Católica y padece –sigue lo paradójico– una curiosa dolencia llamada sacralización. Tan luego él**…**

BREVE CRÓNICA DISFUNCIONAL DE UN ENCARGO DE TRADUCCIÓN

Julia Osuna

En este artículo, Julia Osuna Aguilar nos cuenta el proceso íntimo de traducir a Bernardine Evaristo.

Amma, Yazz, Dominique, Carole, Bummi, LaTisha, Shirley, Winsome, Penelope, Megan/Morgan, Hattie, Grace… por las escaleras de mi casa iba repitiendo la retahíla de los personajes que dan nombre a cada capítulo, y luego en la cama, en esas noches de entra y sale del edredón, hasta convertirse, en los meses que pasé traduciendo el libro, en un mantra de cuna (y un combate a mente abierta contra el fantasma del Alzheimer de los cuarenta). Ya el encargo había venido envuelto de cierto secretismo, un wasap del editor diciéndome que le devolviera la llamada perdida, que era urgente. ¿Urgente? Acaban de comprar los derechos de una novela que ha ganado hace unos días un premio gordo. Siguen los habituales tira y afloja por la tarifa de urgencia y los plazos, veo el pdf, cuento las semanas reales que tienen los meses siguientes, acepto. Toda esta historia del premio, y el bombo que le van a dar, se me sube a la cabeza porque… ¿y si estuviera a punto de ascender un escalafón en el mundo editorial? ¿Y si mis traducciones se leyeran por fin? Leerse en plan bestia… Con este telón de fondo de desvaríos, me entrego a la tarea cuasi en olor de santidad. Dos semanas *into the* texto, y comprendo lo que me pasa, el mariposeo de barriga cuando me siento al escritorio-camilla por la mañana es la sensación de llevar todos estos años traduciendo para llegar a traducir esto —como si los cómics, los juveniles, los clásicos, las guías de viaje o las novelas negras encontraran por fin todo su sentido o expresión en esa prosa de la Evaristo—, y la impresión megalomaniaca y tolkiana de que solo yo soy capaz de traducir este bendito amasijo de voces; pero en lugar de poner freno a tamaña lisergia, la alimento durante la primera fase de escritura, que en esta ocasión necesita más rienda suelta de lo normal, porque es un texto en prosa poética; y el caso es que desde entonces el audiolibro me acompaña en la bici, en el súper, metiéndome el ritmo en las venas para luego escupir el mío en rimas internas, aliteraciones, repeticiones, preguntándome cómo se crea el ritmo; por los auriculares y retumbando en la cabeza, ríos de prosa que fluye, se remansa, cae en cascada, sus aguas cargadas con los matices de estas doce voces *doce*, sus énfasis y sus sentimientos, el hip-hop que escuchaba antes abriéndose paso en el repiqueteo del teclado. Hasta ahí la felicidad de la primera escritura, para ser barrida de golpe por la reescritura de picapedrero, del palabra a palabra, gota a gota de

sudor, y la pura satisfacción al partir la piedra. Porque hay muchos frentes abiertos: la reproducción de un lenguaje tan actual que tiene todavía puntos de sutura de su parto en inglés, lengua naciente, que te quema en las teclas; la mezcla de dialectos de la anglofonía más negra y mi búsqueda de otros dialectos inexistentes donde puedan convivir el español y el inglés, y el África de su intersección, mis pichingleses; la utilización ideológica de la autora de un recurso tipográfico como la cursiva, y manosear hasta el final esa patata caliente, dándome tiempo para justificar mi decisión de recrear la integración de lenguas en un texto que no diga esto es raro y extranjero y esto otro no; investigar en los géneros y el lenguaje inclusivo e intentar aportar en terrenos en exploración. Y, durante todo el tiempo, y en las lecturas finales, jugar y jugar, porque la autora se lo pasa de muerte, hace lo que le da la gana, y yo juego porque me toca, y porque además la editorial me deja, que no es poca cosa. El capítulo de Megan/Morgan, sin embargo, me trae por la calle de la amargura. La protagonista se convierte en protagoniste in medias res y hay que hilar muy fino con los géneros. La editora de mesa ha pedido una lectura de sensibilidad para el capítulo, me cuenta, y yo le digo que me parece acertadísimo, mientras busco de reojo en Google de qué me está hablando, tal es mi desconexión con la realidad. Pero, si no otra cosa, soy de reconexión rápida, oficio obliga, me documento más, llega el informe de esa lectura, me viene de lujo para asentar opciones y para llamarme la atención sobre dimensiones que no había intuido. Esa inseguridad se disuelve, pero, luego, días antes de entregar, surgen otras, ¿sonará bien?, ¿se siente el ritmo, Marina?, ¿cómo ves el tema de los dialectos, se me ha ido la pinza? Una traductora atacada de adolescencia, pulso temblón y venga a hurgarse el cuero cabelludo hasta la costra. El día de la entrega por la mañana vomito un texto de diez páginas para la revisión, y entrego, bum, *aleayactae'*, y me quedo esperando una reafirmación desde el otro lado de la pantalla, que llega pronto, llega y llega muy bien, con el plus de una revisión en sintonía directa con mi cerebro y el de la autora. Y entonces la calma, el descanso post-tocho y su vacío correspondiente, que solo el siguiente libro es capaz de aliviar. Y, lo más importante, antes de doblar la esquina, un guiño de doce ojos distintos, Amma, Yazz, Dominique, Carole, Bummi, LaTisha, Shirley, Winsome, Penelope, Megan/Morgan, Hattie, Grace: te lo has currado (o, por lo menos, se ha intentado, apunto con sonrojo.)

* La edición y traducción en castellano de *Niña, mujer, otras* de Bernardine Evaristo generó a su vez otra cadena de nombres sin la que no habría sido posible: Fernando, Marina, Ártemis, Aurora, Elena.

Julia Osuna Aguilar (1981) compagina la traducción de libros con la traducción de libros. Como traductora y culpable, desmiembra y vuelve a recomponer a autores de literatura negra anglosajones e italianos. Traductora y payasa, le gusta más un juego de palabras que a un tonto un lápiz, sobre todo si es en una comedia británica. Mirona como ella sola, vomita todo el cine que lleva dentro en bocadillos de cómics ajenos. En ocasiones, sin embargo, quién lo diría, puede incluso tener la delicadeza de traducir algún clásico del XIX o principios del XX. En los últimos tiempos parecen perseguirla autoras de muy distinta índole, y se deja atrapar con ganas. Algunas de sus traducciones más recientes son: *Mujer, niña, otras* de Bernardine Evaristo, *Mirarse de frente* de Vivian Gornick, *El secreto del olmo* de Tana French, *Ellas hablan* de Miriam Toews, *La guerra de Alan* de Emmanuel Guibert o *Mala pinta* de Spike Milligan.

CENTÓN

CÓMO EMPECÉ A TRADUCIR, IV

Llegamos ya a la IV edición de «Cómo empecé a traducir», subsección del CENTÓN que lleva camino de convertirse en clásica (véanse aquí las ediciones anteriores: I, II y III) y, como indica Julia Osuna, es ya una herramienta muy útil para los que desean iniciarse en la profesión. Esta vez, como las anteriores, está construida a partir de la conversación de los socios y presocios de ACE Traductores en la lista de distribución de la asociación.

Julia Osuna:

Yo no soy de asomar mucho la cabeza, pero me habéis picado. Sobre todo porque cuando daba talleres en el máster de traducción editorial de Málaga siempre ponía el primer CENTÓN de esta serie para leerlo en clase y comentarlo, así que habrá que colaborar para crear los siguientes.

Y aquí mi relato, bastante lineal, poco meándrico como el de otros compis.

Me acuerdo de estar rellenando la solicitud de las universidades y de dudar hasta el último minuto entre Comunicación Audiovisual o Traducción. Me acuerdo de que quería ser guionista, pero cuando mi padre, barriendo para casa, me dijo es que podrías traducir libros algo encajó en mi cerebro (fue así, como una bombilla resplandeciente en un bocadillo). Me acuerdo de algunos profesores de la carrera que se reían, con risas de las que suenan, cuando les decía que quería trabajar para editoriales. Me acuerdo del «de eso no se vive». Me acuerdo de ir tres veranos seguidos a hacer talleres de traducción de literatura griega en la isla de Paros. Me acuerdo de que podíamos estar discutiendo media hora sobre si «serenidad» o «calma» y de Vicente (sí, Fernández) mesándose las barbas. Me acuerdo de, terminada la carrera, acoplarme en el Erasmus de mi pareja en Coímbra y traducir tres libros en una buhardilla cochambrosamente encantadora. Me acuerdo de volver y proponerle uno de esos libros a una editorial que estaba empezando en Córdoba. Me acuerdo de echar mi primer currículum en el videoclub mejor surtido de Córdoba y trabajar allí las tardes y seguir traduciendo por las mañanas. Me acuerdo de que la editorial que me sacó esa primera traducción con mi amiga Esther Cruz me hizo una prueba para ser su correctora. Me acuerdo de que me obligaran a reescribir traducciones enteras porque no les daban tiempo a los traductores para hacerlas bien, de encargarme de buscar agentes de

derechos, albaceas y derechos de obras que proponía y me dejarían traducir, y de que me echaran después de ¿seis meses? después de decirles cándidamente a los editores que no se leían los libros que publicaban. Me acuerdo de irme luego a vivir a Madrid en una casa cochambrosamente cochambrosa en Coslada, y seguir corrigiendo para otras editoriales mientras proponía traducciones a diestro y siniestro. Me acuerdo de ir sola a un curso de ACEtt sobre la profesión en un extraño rascacielos (para mí, de provincias), y de ahora solo acordarme de que vi de lejos por primera vez a mi amigo Arturo (sí, Peral), y de que tenía el pelo largo. Me acuerdo de ir a Edelvives donde estaba 451editores y de sentirme muy pequeñita y de la sonrisa acogedora de Virginia Rodríguez, y de que acabaran publicando una traducción del griego que habíamos hecho a 22 manos. Me acuerdo de que me ofrecieron trabajo de lectora y de que por fin me dieron mi primer encargo de inglés y compraron los derechos para que les tradujera a Édouard Levé. Me acuerdo de que todavía tengo el sobre con las correcciones en papel llenas de rojo de esa primera novela inglesa. Me acuerdo de que una amiga no pudo hacer una prueba de un libro griego para la editorial Roca en 2007, y de hacerla, y de seguir hoy trabajando para ellos. Me acuerdo de echar una beca para ir a un seminario de traducción del francés en México para traductores noveles y de conocer allí a amigas traductoras que todavía conservo y a otro gran profesor, Arturo Vázquez Barón. Me acuerdo de conseguir que me publicaran el *Me acuerdo* de Joe Brainard y de que con él colocaba la tercera y última traducción de la fructífera buhardilla mohosa. Me acuerdo de que ya no había vuelta atrás, ni falta que hacía.

Arturo Peral:

Pues ahí va mi aportación. He estado a punto de no escribir nada porque estaba convencido de que ya había participado en el segundo CENTÓN, lo cual es un recuerdo inventado. A ver quién se cree ahora lo que voy a contar…

En mi casa la traducción estaba siempre presente, porque mi padre traducía y hablaba sin parar del tema. Pero cuando llegó el momento de elegir carrera, me desanimó cuando le dije que quería estudiar Filología (alemana, no sé muy bien por qué) o Traducción. Según me decía, aprender un idioma era una cosa, y estudiar filología, otra. También insistió en que traducir era una actividad muy ingrata y muy mal pagada. Mi padre era de esos filólogos y traductores que no quieren que sus hijos sigan sus pasos. Y yo, que era muy obediente, acabé matriculándome en Historia.

Para cuando llegué a tercero de Historia, tuve una crisis importante. Me gustaba la carrera, pero tenía la sensación de que necesitaba un cambio de rumbo. Me veía convertido en profesor de secundaria y, la verdad, no me agradaba esa perspectiva. Hablé mucho con mi madre al respecto (mi padre ya no estaba disponible). Insistí en cambiarme a Filología (alemana, yo erre que erre), pero mi madre me propuso estudiar Traducción. Y yo, que era muy obediente, acabé matriculándome en Traducción e Interpretación con una idea fija en la cabeza: ser traductor de libros.

No sé si fue en segundo o en tercero, mi compañera de clase Tera (Teresa Blanco) me habló de un foro de traductores de libros y nos metimos juntos. Era el foro público que tenía ACE Traductores en la web antigua, y los dos nos pusimos a escribir sin saber muy bien a quién.

La misma compañera, un buen día, me dijo que fuera con ella a la Universidad Europea, que Maite, la del foro, iba a dar una charla. Y nos fuimos a ver a quien resultó ser María Teresa Gallego, que nos dejó con la boca abierta y con ganas de más. (De hecho, cuando me presenté a Maite, me dijo: "¿Tú eres Arturo? ¡Pensé que serías un señor de pelo cano!" Sospecho que llevo desde muy joven escribiendo como un señor mayor.) Después de eso, fui a varios talleres organizados por ACE Traductores, y todo el mundo me trató como si fuera ya un colega. También fui a Tarazona antes de traducir libros (y antes de acabar la carrera), y aprendí muchísimo, no solo de las ponencias, sino del contacto con los profesionales. Recuerdo en particular a Mario Merlino y a Luisa Fernanda Garrido, que se interesaban por mí y me trataban como si fuera un igual (cuando yo me sentía, y aún me siento, minúsculo).

Recuerdo que Maite me citó un día en la Morada de la calle Santa Teresa y allí me estaba esperando con Carmen Francí. Habían impreso los documentos para que me preasociara y me dijeron que de ahí no salía hasta que los rellenara. Claramente, querían que me uniera al club.

Al terminar la carrera, fui traduciendo todo lo que caía en mis manos, pero no eran libros. Hice sobre todo traducciones técnicas y algunas audiovisuales. Mis primeros contactos editoriales los conseguí gracias a colegas de la asociación: Maite, Isabel González-Gallarza y Mercedes Corral. Con su ayuda, empecé a trabajar de lector con varias editoriales.

En 2007 fui con una beca para jóvenes traductores del francés a México, a un seminario organizado por Arturo Vázquez Barrón, y llegué de puro milagro (perdí el avión de ida y volé un día tarde; Julia Osuna puede dar fe de esto). Estando allí, Arturo Vázquez me animó mucho. Me dijo que estuviera tranquilo, que quienes participaban en aquel seminario acababan traduciendo libros.

Y no le faltaba razón. Unos meses después de la vuelta, Luis Magrinyà me hizo mi primer encargo: me pidió que tradujera del francés una obra de la que ya le había hecho un informe de lectura. Me acuerdo de la emoción cuando llegó a casa el primer contrato. De tanto leer la lista, de tanto hablar de la LPI, de tanto escuchar la experiencia de los demás traductores, sabía exactamente qué tenía que figurar en mi contrato. Y ahí estaba, en dos copias grapadas esperando mi firma. Entenderlo todo a la primera, a pesar de mi inexperiencia, me supo a victoria colectiva.

Carolina Smith de la Fuente:

Jo, me habéis emocionado y todo con vuestras historias, compañeros, y me habéis dado algo de envidia de la buena, para qué engañarnos (Carlos, ¡qué maravilla empezar en esto con *V de vendetta*!).

Yo salí en la segunda entrega, pero fue antes de traducir mi primer libro, cuando aún estaba en la presección. ¿Puedo volver a participar?

Arturo Peral:

¡Claro! Ahora puedes contar tus comienzos desde el otro lado.

Juan Arranz:

Buenos días. Como presocio de reciente aterrizaje y también como proyecto de traductor editorial sin garantías de desarrollo efectivo, quiero agradeceros a todos vuestros ejercicios de memoria individual y colectiva. Leyéndoos se disfruta, se asume lo difícil que es esta profesión y se aprecia lo mucho que acaba mereciendo la pena el esfuerzo continuo.

Ah, y se percibe hasta qué punto la Asociación y la compañía digital de tanta gente valiosa embarcada en la misma deriva es lo que ayuda a evitar el naufragio. Incluso me estoy

planteando pasarme por Gijón cierto finde de abril y ver todo esto en persona… Si lo hago, prometo ser de los que aguanten hasta la visita nocturna de la Guardia Civil.

Hasta entonces, a seguir leyendo centones. Gracias una vez más,

Irene de la Torre:

Hola, colisteros:

No suelo participar mucho por aquí (y casi casi tampoco leeros mucho), básicamente por falta de tiempo.

Sin embargo, ayer abrí este hilo porque acabo de leerme el libro «Cómo empecé a leer» de Agnès Desarthe (traducción de Laura Salas Rodríguez), que trata precisamente de una traductora, la autora, y de cómo se inicia en este mundo de la escritura, lectura y traducción.

Me han encantado vuestras aportaciones e historias. Dan mucha vida, fuerzas, ánimos… La verdad es que cuando conozco a un traductor con larga trayectoria siempre le pregunto: ¿cómo te salió tu primer encargo?

Por lo que estoy disfrutando como nadie de leeros.

Un abrazo y feliz semana,

Celia Filipetto:

Creo que no llegué a participar en su día. Aquí va mi granito de arena. O de sal.

Lo mío hubiera sido la cirugía. Pero la carrera de medicina no se podía compaginar con un empleo. Como sabía aceptablemente bien dos idiomas y llevaba un año haciendo traducciones en mi trabajo de secretaria, me matriculé en el horario vespertino de la carrera de traductor público.

Encadené varios trabajos de secretaria bilingüe mientras terminaba los estudios. La traducción de manuales de despiece de tractores es muy aburrida, pero enseña precisión en la terminología, ingenio a la hora de documentarse, agilidad y rigor. En la era a. de G. (antes de Google) conseguí mejorar mis reflejos haciendo traducciones inversas y grabándolas directamente en la máquina de télex, en larguísimas cintas perforadas de papel resistente.

Aprendí incluso a leer esas cintas para localizar errores y subsanarlos. Imagínense una tabla de Excel sencilla grabada de ese modo. Hecha a mano, contando las pulsaciones entre columna y columna. También aprendí mucho haciendo traducciones juradas de contratos de suministro de tubos sin costura en una Olivetti Lettera 22. Los fines de semana. Con tres diccionarios. Y mucho tesón.

En 1979 me instalé en Barcelona. Durante un tiempo compaginé trabajos fijos a tiempo parcial con traducciones para agencias en las horas libres. Entré en el mundo de la traducción de libros gracias al periodista uruguayo Homero Alsina Thevenet, que me puso en contacto con Martínez Roca. Una vez corregida, mi prueba de traducción de cuatro páginas de una novela romántica contenía más rojo pasión que los amores que describía. Pese a eso, esta editorial me hizo el primer encargo: *Interpretación práctica de los sueños*. Después siguieron otros encargos, otras editoriales y muchos géneros: autoayuda, divulgación científica, ciencia ficción, fantasía, novela policíaca, ficción, cómics, literatura infantil y juvenil.

Los primeros diez años estuve sola ante el peligro con mi máquina de escribir, después con el primer ordenador que me compré a principios de los noventa. Mi único contacto con otros traductores se producía cuando coincidíamos el día de cobro: con cheque nominativo, barrado (al otro lado del charco se decía «cruzado»), que depositábamos en la sucursal bancaria más próxima y luego nos íbamos a tomar un café. Las asociaciones de traductores entraron en mi vida profesional más o menos por esa época. Si hubiese ocurrido antes, me habría ahorrado algunos sinsabores. La perspectiva cambia cuando conoces tus derechos, las prácticas del sector, la experiencia de otros compañeros. Y vaya si ayuda. Y cómo acompaña.

Después de unos cuantos libros y unos cuantos textos —porque no olvidemos que todos los textos nos enseñan a traducir— creo que, en cierto modo, he hecho realidad el sueño de ser cirujana. En el quirófano de mi estudio, equipada con el bisturí de mis diccionarios, el escalpelo de internet, las pinzas de todas mis lecturas, las cubetas repletas de consultas con compañeros de fatigas, abro el cuerpo del libro, hurgo en su organismo, lo curo de la enfermedad común a todos los libros escritos en idiomas que desconocemos para devolverlo con un cuerpo nuevo a los lectores en castellano. Creo que no maté a ninguno de mis pacientes. Hasta hay algunos que todavía siguen por ahí vivitos y coleando.

Carolina Smith de la Fuente:

Bueno, pues allá va, para la cuarta o quinta entrega. No sé si como Alicia al otro lado del espejo o como el Sombrerero Loco… (Vaya semanita, ¿por qué tendrán las entregas la manía de llegar cuando menos tiempo se tiene?)

Lo que se me olvidó mencionar en la segunda entrega fue que mi padre se me adelantó en esto de la traducción editorial. Estaba yo en cuarto de carrera (¿o en el máster?), cuando él —profesor de inglés de profesión, arqueólogo de vocación— empezó a traducir artículos científicos sobre arqueología para colegas de la Universidad de Cantabria. Un día me preguntó qué podía hacer para empezar a traducir para editoriales. Me encantó contarle todos los consejos que había leído por aquí y oído en los Polisemos (y que yo, por joven y cobarde no me había atrevido a intentar). Y así, sin más, se puso en contacto con dos editoriales y las dos le encargaron libros. Después de varios años de colaboración con una de ellas, me animé a pedirle que me presentara. Me mandaron una prueba, la pasé y, cinco años después, sigo trabajando para ellos. Otras editoriales llegaron después, con la suerte de que ha sido gracias a recomendaciones de compañeros y la mala suerte de que a veces llegan en el momento menos oportuno (de hecho, el primer libro y el segundo se me solaparon un poco).

Mi padre ya apenas traduce libros y se dedica casi exclusivamente a los artículos de arqueología*. Yo sigo trabajando para agencias, aunque cada vez menos, y la estantería de las traducciones se va llenando poco a poco, sin prisa.

Así que, supongo, esta es la historia de cómo esta lista y esta asociación nos ayudaron a mi padre y a mí a empezar a traducir libros. Qué suerte la mía (la nuestra).

*Nunca conseguí que se asociara. Esa espinita la tengo clavada.

Núria Molines:

Qué historia más bonita, Carolina.

Sumo la mía para la cuarta entrega:

Después de escuchar infinitas veces que no iba a traducir un libro en mi vida y que la literaria no era una salida realista (¿?), aterricé en el máster de Interpretación de

Conferencias para convertirme en una persona de provecho (¿?). También estudiaba Filosofía, para compensar. Un poco en paralelo, fui a hablar varias veces con un profesor de mi universidad que tenía un libro sobre las relaciones entre traducción y filosofía, le daba la tabarra para que me contase más cosas sobre el tema y el hombre siempre hablaba muy orgulloso de la buena relación que tenía con sus editores. Yo, que no tengo vergüenza ni la conozco, le di morcilla hasta que conseguí que me llevara en persona a una de esas editoriales para presentarme. Recuerdo aquella «reunión» como un encuentro muy particular. Yo estaba en una esquinita, no sabía dónde meterme (ahí sí que me entró la vergüenza), mientras, ellos dos estuvieron hablando de sus cosas y el editor estaba muy triste porque le habían entrado a robar en un molino que tenía. Al cabo de casi una hora, empezó a lamentarse, el traductor que iba a hacer un libro muy largo que tenían contratado finalmente les había dicho que no podía. Discretamente, carraspeé y les dije que, igual, si a ellos les parecía bien, lo podía traducir yo (previa prueba, claro). «¡Uy, claro, que tú eras traductora! ¡Claro, claro! ¡Que te preparen una prueba! ¡Menudo problema nos vamos a quitar de encima!». Pasé la prueba, volví a la editorial a firmar y a concretar el plazo (como no tenía ni idea, me enseñaron el ejemplar del original y calculé a peso) y el problema ya pasó a ser mío, pocos libros he hecho tan difíciles como aquel, pero eso ya es otra historia. Y así me dieron mi primera oportunidad. Un poco a la vez, una revista digital en la que yo había escrito reseñas literarias durante la carrera se reconvirtió en un proyecto editorial y también empecé a traducir ahí. Enseguida me asocié a ACEtt y creo que eso es lo mejor que he podido hacer en mi carrera, aquello fue el principio, pero en la continuación ha tenido mucho que ver lo que he aprendido aquí gracias a colegas que me han sabido aconsejar y guiar en mis primeros pasos (María Enguix la primera, que me captó para la asociación).

Rocío Gómez de los Riscos:

¡Qué hilo tan interesante! Me han entrado ganas de compartir también mi historia, al amparo de la seguridad de la pantalla, pues en público soy muy tímida.

Yo estudié Filología Inglesa porque no aprobé la prueba de acceso a TeI, parón de un año mediante para irme de auxiliar de español al Reino Unido a un internado de niñas (no repetiría, menudas eran la mayoría…). Cuando terminé la carrera no tenía ni idea de qué hacer, pero sí que no quería ser profesora de inglés. Tampoco quería hacer un máster, aunque si hubiera habido la oferta de ahora me lo habría pensado. Así que me metí en un

grado de formación profesional de turismo y, a la vez, hice el CAP, «por si acaso». Lo primero, sintiéndolo mucho, acabó siendo una pérdida de tiempo y lo segundo me ayudó a conseguir una beca Fulbright para irme a Estados Unidos de auxiliar de español, donde me destinaron a una universidad… de chicos (sí repetiría, nada que ver con la experiencia inglesa). Intenté conseguir otra beca del estilo para hacer lo mismo en otro sitio al año siguiente, pero no salió.

Fue entonces cuando me vi ya «obligada» a tomar una decisión, así que, mientras trabajaba en una tienda de ropa (cosa que detestaba), empecé a hacer cursos de corrección, que llevaron a otros de traducción y a mi primer trabajo «de lo mío» en una empresa de servicios editoriales donde aprendí a base de palos. Esa aventura llegó a su fin, de casualidad, en un momento muy oportuno, pues ya me había dado cuenta de que lo que realmente quería hacer era corregir y traducir por mi cuenta, sin el yugo de un jefe sobre mi cabeza.

Así que ese verano, el de 2015, con 30 años ya, hice un curso de traducción literaria que me encandiló y que me animó a dar el paso: tenía que empezar a ponerme en contacto con editoriales. A eso me puse a mediados de agosto y el 9 de septiembre ya me habían ofrecido hacer una prueba pagada. Si la pasaba, me encargarían el libro. Y la pasé.

Así fue como traduje mi primero libro, al cual le tengo mucho cariño, si bien también me genera sentimientos encontrados, ya que fue para Malpaso (el editor para nada era de la calaña de Bernardo).

Hoy en día tengo más trabajo de corrección/revisión que de traducción, pero he traducido ya más de veinte libros, tanto de editorial como de literaria. Y, a pesar de las dificultades pasadas y presentes, me alegro mucho de haber dado el paso. Y ahora me siento mucho más acompañada gracias a asociaciones como esta, sobre todo teniendo en cuenta que llegué «sola» a este mundillo, sin compañeros ni mentores con los que compartir penas y alegrías.

En fin, me ha quedado esto muy largo… Lo siento.

Gracias a los compañeros por compartir también su experiencia. Y a los neófitos —yo me lo sigo considerando a veces— os animo a no desistir.

LECTURAS CONFINADAS, I

Esta semana publicaremos una serie de tres CENTONES construidos a partir de las intervenciones de los socios y presocios de ACE Traductores en la lista de distribución de correos electrónicos.

Carmen Francí: Dice Javier Marías en el artículo publicado el pasado día 26 de abril en *El País*:

Nadie en mi país me ha preguntado por los libros que recomendaría ahora, pero sí en Francia y en Grecia, y allí he respondido que desde luego no *La peste* ni *La montaña mágica* ni *Los novios de Manzoni* ni a Defoe ni siquiera el *Decamerón* —muy aconsejados por otros colegas—, porque, por uno u otro concepto, nos remiten a la situación real, y ya tenemos suficiente con esta realidad monotemática. Me he inclinado por dos obras que traduje hace largo tiempo y que me «confinaron» del modo descrito. Una es una de las mejores de Joseph Conrad **—lo cual es como decir de la historia de la literatura— y no es una novela, sino sus recuerdos y reflexiones sobre la vida marinera que llevó antes de atreverse a empuñar la pluma.** *El espejo del mar***, de 1906, lo paladean enormemente los aficionados a navegar,** pero creo que también cualquiera que jamás haya zarpado en una embarcación. Y encierra enseñanzas sobre cómo sobrellevar los prolongados encierros en los veleros decimonónicos: los marinos sí que son gente acostumbrada a no moverse de un único espacio al que acechan peligros y adversidades.

¿Os animáis a hablar de los libros que estáis leyendo? No todos estaremos leyendo gran literatura (yo leo lo que pillo sin gusto ni criterio, siguiendo impulsos absurdos). Pero la gracia del CENTÓN es esa, el contraste. Y ya sabemos que los traductores tenemos que leer de todo y dominar todos los registros.

María Teresa Gallego Urrutia: Vale, pero ¿puede no llamarse lecturas confinadas? Es que nosotros leemos siempre, con o sin confinamiento, ¿no? En todo caso quizá está temporada hemos leído cosas menos «serias» para desconectar un rato de noticias, telediarios y demás… Pero habrá sido por preocupación, no por confinamiento, imagino, si juzgo por mí… Y estoy de acuerdo con Marías… ni de coña se me hubiera ocurrido ponerme a volver a leer *La peste*, etc…

Marta Sánchez-Nieves: Pero no leemos igual, ¿no? A mí me está costando horrores leer, de hecho. Solo he leído un libro y porque me ha parecido tan rollo que me daba igual no

enterarme y quedarme dormida mientras leía. Los demás, los que me gustaban, los voy dejando para cuando me concentre de veras, porque no quiero perdérmelos. Excepto los de poesía, a los que recurro en momentos de bajón, para que me expliquen lo que me pasa.

Carmen Francí: Podemos darle el nombre que queramos al CENTÓN, por supuesto. Pero la idea es la de Marta: no leemos igual. No buscamos lo mismo ni encontramos lo mismo. Porque si quisiéramos hacer una lista de lecturas recomendadas o algo así, podríamos hacerla en cualquier momento del año. Y, además, si releyera *La peste* en estas circunstancias, seguro que leía algo muy diferente de lo que leí la primera vez.

María Teresa Gallego: Sí, claro, por eso decía que quizá algunos –servidora por ejemplo– hayan tirado por lecturas más «ligeras» por aquello de desconectar a ratos. Personalmente, desconcentrada no estoy. Lo que estoy es preocupada por tantísimas cosas y gente. Y como titubeante, con un pie en el aire, en el umbral de un mundo quizá peor, quizá mejor, no sé… pero que seguramente ya no será igual.

Y lo que estoy esperando es a ver lo escriben sobre todo esto una serie de pensadores, de ensayistas, cómo lo analizan. **Le he preguntado a Maalouf si lo va a hacer y que estoy deseando que lo haga. Y me ha dicho que sí**.

En cuanto a lo de *La peste*, es que sí leerías otra cosa, pero porque la leíste a otra edad. Con o sin confinamiento, leerías otra cosa. Los libros que volvemos a leer en diferentes edades nunca son los mismos. Los vemos desde otra ventana y con las sombras y las luces en otro sitio.

Paula Zumalacárregui: A mí me está pasando lo contrario: estoy leyendo una barbaridad, mucho más que en condiciones normales, muy rápido y muy concentrada. No sé por qué será… Quizás he sentido que me podía «permitir» dedicar tanto tiempo a la lectura.

¿Le ha pasado a alguien más?

Carlos Gumpert: A mí también, Paula, hacía tiempo que no leía tanto, entre otras cosas, ay, ay, porque tengo menos trabajo, pero además, como tú, leo concentrado y a buen ritmo. Y no porque falten las preocupaciones, pero quizá me sirva de bálsamo.

Paula Zumalacárregui: Sí, la lectura siempre es un bálsamo y ahora, más todavía…

Yo creo que, en mi caso, es una forma de evasión de la realidad en un sentido muy literal. Cuando estoy trabajando, sentada ante el ordenador, me resulta muy fácil caer en la tentación de abrir en el explorador la prensa, el WhatsApp Web o las redes sociales, lista incluida. Y me agobio. Cuando estoy absorta en la lectura, en cambio, no hay posibilidad de distracción: el libro es el escudo que me protege del coronavirus y de la sobre/desinformación.

Quizás el cerebro sospeche que leer es una manera muy eficaz de mantener la cordura.

Concha Cardeñoso: Me da vergüenza decirlo, pero lo voy a decir aquí, que no me oye nadie: sin contar la traducción que tengo entre manos (no cuenta porque si no leyera ni eso…) leer, leer, lo que se dice leer, no he leído nada más que los miles y miles de noticias, recomendaciones, mensajes, watssaps, telegrams, etc., **algunos poemas sueltos de Zoraida de Torres** y un poco de un clásico latino que no he podido tragar y me ha dado mucha pena (hay que retraducirlo, por favor).

María Enguix: Yo estoy leyendo una novela que me dejó un amigo anarquista y me lo estoy pasando en grande. Eso sí, la estoy leyendo muy poquito a poco, preferiblemente los sábados o los domingos, al sol y después de comer. **Es** *Stone Junction. Una epopeya alquímica* **de Jim Dodge, en traducción de Mónica Sumoy, y trata de las andanzas de un huérfano acogido por una organización secreta, la Alianza de Magos y Forajidos, más conocida como la AMO**. El chico, Daniel Pearse, pasa largas temporadas en diferentes parajes y ciudades con maestros que le inician en la filosofía, las sustancias alucinógenas, la magia y toda clase de oficios ilegales. Me está encantando y en esos ratos de lectura me olvido del confinamiento y de todo. También he decidido que, en cuanto salgamos de esta, pienso largarme con la AMO.

Carmen Francí: Yo acabo de leer *Memorias de un solterón***, de doña Emilia Pardo Bazán**. Me ha parecido muy divertido, pero me han horrorizado dos cosas: abundancia de laísmos espantosos. Y la cantidad de palabrejas que ni sé lo que significan.

Estoy también leyendo *The Testaments***, de Margaret Atwood**. Es una autora que me gusta muchísimo y, aunque parezca masoquismo, me parece muy oportuno leer ahora sobre estados totalitarios.

Mateo Pierre Avit Ferrero: Ayer acabé *Las cosas que perdimos en el fuego* **(Anagrama, 2016), un libro de cuentos de Mariana Enríquez, último Premio Herralde de Novela** (¿lo concederán este año?) por *Nuestra parte de noche*. Enríquez demuestra que lo más terrorífico, como ahora, emana del día a día. Ha escrito un bonito artículo, que retrata la situación de algunos creadores ante este drama.

Carmen Romero Lorenzo: Yo intento continuar con la lectura, que es una de las pocas cosas que me relajan. Leí hace poco también *Las cosas que perdimos en el fuego* y lo disfruté muchísimo. Yo estoy con *This is how you lose the Time War* **de Amal El-Mohtar y Max Gladstone, que es un libro bastante peculiar, pero lo estoy disfrutando mucho.**

María Teresa Gallego: Desde hace muchos años, leo al final del día, que más bien es el comienzo del día siguiente, o sea, la una y media, la dos, según, cuando acabe el cupo diario de traducción. Así, que según en qué temporadas, me cunde más o me quedo dormida con el libro en la mano al cabo de pocas páginas. Desde que empezó todo esto leo menos porque estoy más cansada ya que la ayuda domiciliaria que tengo concedida para ayudarme a cuidar a mi marido está suspendida, así que hasta que se reanude, sumo una serie de tareas más a las habituales. Y además traduzco menos por el día y acabo más tarde el cupo por las madrugadas.

Pese a todo, estoy leyendo un libro de **Queneau que no había leído y que me habían regalado en febrero:** *Saint Glinglin***.** Lo que pasa es que voy despacio porque me paro a pensar cómo traduciría esto o aquello y, como no es nada fácil, me paro mucho. También me he leído otro libro que me prestaron por las mismas fechas, de **Moisés Mori,** *César Aira y la silla de Gaspard***.** Ese lo he leído más deprisa porque es más corto, porque me interesó muchísimo y no me podía parar (y porque, de propina, me encontré con que menciona varias veces para bien una traducción mía de Roussel y a nadie lo amarga un dulce).

Dicho lo cual, algunas noches me pongo a leer mis libros **de Guillermo Brown**, que es una cosa que relaja mucho. En consecuencia, mi pila de lecturas pendientes no ha bajado nada desde hace meses.

Y, bien pensado, que esté leyendo menos porque me pongo a leer más tarde y me pilla más cansada, no puede decirse que se deba a mi confinamiento, porque mi confinamiento personal lleva durando ya casi seis años, pero sí se debe en parte al confinamiento de la

auxiliar de ayuda a domicilio, así que, en cierto modo, si estoy hablando de una forma de leer debida al confinamiento.

Alejandro Isidro Gómez: Yo me uno al club de los que estamos leyendo bastante durante estas semanas. Eso sí, en mi caso en gran parte en relación con la investigación universitaria. La lectura y la reflexión en torno a la cultura y la intelectualidad me han venido de perlas para no sucumbir a la ola de whatsapps, noticias sensacionalistas, análisis poco certeros…

De ficción, **terminé los relatos de los años del exilio de Anna Seghers**, algunos radicalmente realistas y otros con un aire mágico que uno no se esperaría en una comunista alemana de entreguerras. Muy recomendables. Y cada dos o tres días cae algún que **otro cuento de Benedetti, que el hombre escribía como si se fuera a acabar el mundo**. Además, sus ensayos sobre el intelectual, la cultura, la militancia política, etc., con una perspectiva anticolonialista y una firme censura del vanidoso pesimismo intelectual, infunden una buena dosis de optimismo en estos tiempos que corren. En la mesita de noche está *Verso y prosa***, una breve antología elaborada por el propio Blas de Otero.**

Blanca Ortíz Ostalé: Pues yo estoy un poco entre una cosa y la otra. Hay días que leo como una poseída y caen uno o dos libros y luego, de repente, me tiro una semana sin pasar una página, incapaz de centrarme.

Me ha encantado un libro **traducido por Regina López Muñoz para Errata Naturae:** *Barrios, bloques y basura, una historia ilustrada y poco convencional de Nueva York***, de Julia Wertz.** Y dos maravillas en danés para las que espero encontrar editorial.

Laura Salas: Pues yo también estoy leyendo un montón, pero, por primera vez, en libro electrónico. Me he metido en el e-biblio, y he leído desde *Fortunata y Jacinta* **hasta la** *Teoría King Kong* **de Virginie Despentes** (me han encantado, por cierto, los dos, aunque son tan diferentes que no sé si hago bien en meterlos en la misma frase). También mucha novela negra, sí; voy mezclando un poco de todo, y acabo de pedir a la biblioteca que traigan **el de** *Nuestra parte de noche***, que le tengo muchas ganas.**

Mercedes Lucini: Para evadirme de tanta prensa y tanto whatsapp, me dedico a la novela, fundamentalmente histórica. Suelo leer varios libros a la vez, alternándolos según me apetezca, y en este momento estoy con **La pirámide asesinada de Christian Jacq,**

traducción de Manuel Serrat; acabando *La callada memoria del olvido* **de Nita Aspiazu de Balda, que recomiendo vivamente y** *Cat O'Nine Tales and Other Stories***, de Jeffrey Archer. Y de vez en cuando, Galdós, que siempre está ahí esperando.**

Franziska Dinkelacker: Yo también tengo menos tiempo que nunca para leer, pero disfruto más de mis ratos de lectura: es el único momento del día en el que puedo escaparme de estas cuatro paredes (¡y de los que las habitan!) y sumergirme en otro mundo. Muchas veces de madrugada, como Maite: a esas horas no me molesta nadie.

Estoy leyendo *Hombres***, de Angelika Schrobsdorff, en traducción de Joaquín de Aguilera Gamoneda**. Quizás os suene la autora de *Tú no eres como otras madres*, que se publicó hace pocos años en Periférica/Errata naturae. Me gustó el primer libro y me encanta este segundo, en el que la autora escribe sobre su experiencia con los hombres, en el exilio en Bulgaria durante la Segunda Guerra Mundial y el Berlín de la posguerra.

Os dejo una cita del libro que me hizo mucha gracia:

Los traductores éramos los únicos empleados de la Misión (americana) a los que se permitía participar en la comida de los americanos. Con gran indignación de las secretarias, que no comprendían que los traductores tenían mayor desgaste cerebral y, por lo tanto, una mayor necesidad de calorías.

¡Ya tenemos excusa!

LECTURAS CONFINADAS, II

Continuación del CENTÓN Lecturas confinadas, I.

Celia Filipetto: Suelo leer varias cosas a la vez. Más en estos tiempos en que me disperso mucho. Con el ensayo me concentro mejor. Estoy leyendo *El infinito en un junco: La invención de los libros en el mundo antiguo***, de Irene Vallejo, Siruela.** Es una obra muy bien documentada, bien contada y repleta de datos curiosos como éste:

Ser leído en voz alta significaba ejercer un poder sobre el lector, incluso a través de las distancias del espacio y el tiempo. Por eso —pensaban los antiguos—, resultaba adecuado que los profesionales de la lectura y la escritura fuesen esclavos. Porque su función era precisamente servir y someterse.

Con la ficción me concentro menos, sobre todo si son novelas largas. Por eso prefiero leer poesía o cuentos. **Acabo de terminar** *Nueve cuentos malvados***, de Margaret Atwood, traducido por Victoria Alonso, Salamandra**. Os los recomiendo vivamente. «A la hoguera con los carcamales», el noveno de los malvados, está ambientado en una residencia para ancianos acomodados. Wilma, que padece el síndrome de Charles Bonnet, y Tobias son sus protagonistas. He aquí una reflexión de Wilma:

Tobias se muestra hermético respecto a las finanzas de su vida anterior. Sólo dice que era propietario de varias empresas dedicadas al comercio internacional y que supo invertir bien su dinero, aunque no se considera un hombre rico. Claro que la gente rica nunca se considera rica, sólo acomodada.

Atwood escribió este relato (*Torching the Dusties***, en inglés**, se hizo una adaptación al cine) hace unos años. En estos días se hace realidad tangible el ambiente distópico que se respira en él: los viejos cuestan dinero, son una carga y los más jóvenes se disponen a acabar con ellos.

Josefa Linares: Yo también estoy leyendo a **Irene Vallejo, su apasionante historia del libro en la Antigüedad.** Buena lectura para transportarte a otros mundos, olvidarte de nuestras angustias y, al mismo tiempo, aprender mucho.

Elizabeth Casals: Yo estoy leyendo *Emma***, de Jane Austen** (por segunda o tercera vez).

Irene Oliva Luque: A mí el confinamiento me ha pillado en unas circunstancias peculiares, digamos que estoy en cuarentena dentro de la cuarentena, pues hace escasas semanas que me uní al club de las mamás primerizas. Primerizas y autónomas, aunque, por suerte (o más bien por la lucha de otras en un pasado no tan lejano), todavía estoy de baja por maternidad. Lo que significa que no estoy traduciendo, pero sí leyendo. Julia no me deja mucho tiempo libre, pero me había propuesto a mí misma leer mientras amamantaba, y lo estoy consiguiendo. Si tenemos en cuenta que Garbancita mama cada dos horas y, como mínimo, durante treinta o cuarenta minutos, os podéis imaginar a qué buen ritmo avanzan las lecturas (y las chichas).

He ido tirando, más bien sin orden ni concierto, como suelo leer yo, de libros pendientes, regalados o comprados, que tenía por casa, y me está quedando una selección de lo más variopinta (al estilo de Laura Salas) en casi todas las lenguas que leo y traduzco: del italiano de **Natalia Ginzburg en** *Caro Michele* **al inglés de Ali Smith o Angela Carter en** *The Accidental* **y** *Wise Children***, pasando por el español de Belén Gopegui en** *Deseo de ser punk*… Sí, por ahora son casi todas autoras, con las excepciones de mi admirado señor **Marías y su** *Así empieza lo malo* **y Mishima y sus** *Confesiones de una máscara***, en traducción de Rumi Sato y Carlos Rubio. El próximo que tengo en la pila es** *L'amour* **de Marguerite Duras**.

Espero que el confinamiento acabe pronto, pero no la leche, que me concede el privilegio de dedicarle tantas y tantas horas a la lectura, que, a su vez, me abstrae y me distrae. Y me hace olvidar temporalmente la triste realidad que nos acecha ahí afuera.

Paula Aguiriano: Siguiendo con este hilo materno, a mí este artículo de Carmen G. De La Cueva me hace sentirme muy identificada ahora que estoy otra vez compaginando páginas y bebé.

Victoria Horrillo: Yo también leí a lo bestia esas primeras semanas de «confinamamantamiento». Recuerdo que engullí en pocos días **Fortunata y Jacinta** mientras daba el pecho a mi hija recién nacida, y qué gozada, oye.

Laura Salas: Yo también tengo muy buen recuerdo de las sesiones de lectura durante el amamantamiento, Irene. Se disfrutan el doble, dado que el resto del tiempo estás siempre ocupada. Y si tienes hijos comilones, es verdad que todo, lectura y criaturas, avanzan que da gusto. En una de esas leí *El mundo según Garp*, me parece. Lo recuerdo porque era como

una pequeña islita de relajo en medio de la locura absoluta. Recuerdo muchos más libros, y mucho más recientes, jeje. Ánimo para la doble cuarentena, Irene.

Y qué cantidad de ideas estoy sacando para mi lista de favoritos en la biblioteca. Gracias a todos.

Isabel Vaquero Gª de Yébenes: Creo que es verdad que no leemos igual, como señalan Marta y Carmen (me viene a la memoria Authors' Ghosts de Muriel Spark).

Acabo de caer en la cuenta de que estos días leo mucho… ¡en voz alta!

En concreto, he disfrutado con Shakespeare, Rousseau (no sé por qué, pero me hace mucha gracia) y Coleridge. Todos ellos llevaban un tiempo esperándome en la estantería.

Day after day, day after day,
We stuck, nor breath no motion;
As idle as a painted ship
Upon a painted ocean.

Coleridge, S. T., & Doré, G. (2017). *The Rime of the Ancient Mariner***. Londres: Macmillan Collectors' Library.**

L'adversité sans doute est un grand maître, mais il fait payer chères ses leçons, et souvent le profit qu'on en retire ne vaut pas le prix qu'elles ont coûté.

Rousseau. J.-J. (2018). *Les Rêveries du promeneur solitaire***. S. de Sacy (Ed.). París: Gallimard.**

PROSPERO [to Gonzalo]: First, noble friend,
Let me embrace thine age, whose honour cannot
Be measured or confined.

Shakespeare, W. (2008). *The Royal Shakespeare Company The Tempest***. J. Bate, y E. Rasmussen (Ed.). Basingstoke: Macmillan.**

He (h)ojeado *Mrs Dalloway* **y he abierto, por fin,** *El infinito en un junco: La invención de los libros en el mundo antiguo* **de Irene Vallejo.**

Tengo pendiente, entre otras cosas, un poco más de Mary Ann (**Eliot, G., López Muñoz. J.-L., & Francí Ventosa. C., (2019).** *El velo alzado: El hermano Jacob***. Barcelona: Alba Editorial**) y todo Montaigne, aunque solo se pinte de perfil.

Joaquín Garrigós: Pues yo, aprovechando el centenario de **Galdós,** me he valido del confinamiento para zamparme las quinientas y pico páginas de la biografía que recientemente publicó de él **Francisco Cánovas** (que además es paisano mío y no lo conocía). No es una biografía literaria, como la mayoría de las que se han escrito, sino que bucea más en el hombre, en la personalidad humana, en sus aspectos de liberal, laico y republicano y de su compromiso con la sociedad de la época; son aspectos menos conocidos. También para leer alguna de sus novelas que se me quedaron sin leer, como *Tristana***.** Y lo he pasado muy bien. **Claro que Galdós es una apuesta segura**, que no falla.

Ahora mismo, estoy leyendo el primer tomo de las memorias de **Fernando Fernán-Gómez,** *El tiempo amarillo***,** un libro que tenía arrumbado por la biblioteca desde hace lustros y no había abierto. Lecturas interesantes que hacen más llevadero y menos tedioso el confinamiento.

Jesús Cuéllar: Coincido con algunos compañeros en que cuesta concentrarse en medio de esta situación tan extraña. Pero leer, lógicamente, me está costando bastante menos que trabajar. He leído, con mucho interés al principio, y bastante menos al final, *The City Always Wins* **de Omar Robert Hamilton, sobre la primavera árabe en El Cairo**. Es una novela-testimonio basada en experiencias vividas por el propio autor y literariamente sugerente, pero al final se queda corta, a mi juicio, en el análisis de los personajes y de sus vivencias. Aunque sí capta bien la tensión y la desolación de esos días.

Al principio del encierro también leí *La ciudad de Dios* **de Pasolini, Altamarea, traducción de Carlos Gumpert**. Me llama mucho la atención Pasolini, como personaje y como cineasta, pero sólo había visto películas suyas, no había leído ninguno de sus textos. Me han interesado sobre todo los más periodísticos, menos los narrativos. Y Carlos Gumpert le da un excelente tono coloquial a las partes que más lo demandan (aquellas en las que Pasolini demuestra su interés en el dialecto romano).

Sin duda lo mejor de este enclaustramiento ha sido, hasta ahora, *Los informantes***, del colombiano Juan Gabriel Vásquez.** Una novela magnífica sobre la culpa propia y

heredada, las relaciones paterno-filiales y el paso del tiempo, que nunca acaba de pasar del todo, todo ello con el trasfondo de la Colombia de los años 40 y la realidad que allí vivieron los emigrados y exiliados alemanes.

Después, no sé cómo, he llegado a *Cinco horas con Mario***, de Delibes**. Uno de esos clásicos que uno no leyó en su momento. La protagonista me está resultando absolutamente estomagante y su monólogo interior excesivamente reiterativo, aunque lleno de hallazgos estilísticos. Me han sorprendido dos cosas: la soterrada pero enorme carga política que tiene el libro (me había hecho yo otra idea del libro) y, como a Carmen Francí con la Pardo Bazán, la cantidad no sólo de leísmos sino de laísmos en los que incurre Delibes. Sería natural que así fuera en el lenguaje del personaje principal, pero no en el del propio relato del autor.

LECTURAS CONFINADAS, III

Victoria Horrillo: A mí también me está costando concentrarme; seguramente por eso estoy buscando más evasión ─o más consuelo─ en el cine que en la lectura, pero aun así la escasez de trabajo (¡ay!) me está permitiendo leer más que de costumbre. Al empezar el confinamiento leí la **Historia de mi vida de Aurore Dupin, George Sand**, donde, hablando de sus intentos de encontrar un medio de ganar dinero que le permitiera llevar una vida independiente, dice: «**Traté de crearme algún trabajo. Probé con las traducciones [del inglés]; era demasiado largo, ponía demasiados cuidados y escrúpulos». Le salía poco rentable**. (Esto me recordó a lo que decía M.ª Luisa Balseiro sobre por qué no se dedicaba más a la traducción de literatura en la entrevista que le hizo Carmen Francí hace años para VASOS COMUNICANTES 22.)

Ahora estoy leyendo la biografía **George Sand de Belinda Jack, traducida por Jorge Fondebrider,** y encontrando (o proyectando) muchos ecos de la situación actual en las cosas que le pasaban a Aurore en 1848, el momento de su vida por el que voy en la lectura. Después de su participación, muy activa, en la Revolución de ese año y desencantada y horrorizada por el curso que habían tomado las cosas, se recluyó en Nohant. Allí iban a increparla las gentes del lugar. «À bas madame Dudevant! À bas les communistes!», gritaban frente a los muros de su casa. Mientras tanto, «Sand se encerraba en su autobiografía y esperaba -escribió- *que la corriente me llevase a otra parte*». Sobre su mesa tenía siempre su tabaco y un vaso de agua azucarada del que iba bebiendo a sorbitos mientras escribía (el desgaste cerebral, ya se sabe). En esta época acabó el primer borrador del primer volumen de su autobiografía, «pero la inestabilidad que había en el mundo editorial demoró su aparición», y escribió otra de sus obras más conocidas, **La pequeña Fadette, que dedicó a quienes se hallaban en confinamiento forzoso**: «A nuestros amigos encarcelados; ya que se nos prohíbe hablar de política con ellos, lo único que podemos hacer es escribir relatos que los distraigan, o recomendarles que se vayan a dormir». Al concluir este periodo de cataclismo escribió: «Durante ese breve intervalo, he vivido mucho, he envejecido mucho». Tenía, entre tanto, graves problemas de dinero que la obligaban a escribir a destajo, y al año siguiente le ganó un pleito a la Société des Gens de Lettres por los derechos de algunas de sus obras, lo que le procuró un pequeño alivio económico.

También releo a Le Guin, que es para mí como eso que dicen de la música de Mozart, que te acompaña y te consuela en cualquier trance. Así, por ejemplo:

Había bondad allí. Yo y algunos otros, un viejo y alguien que tosía mucho, fuimos reconocidos como menos resistentes al frío, y todas las noches nos encontrábamos en el centro del grupo, la entidad de veinticinco, donde había más calor. No luchábamos por ocupar ese puesto; estábamos ahí simplemente, todas las noches. Es algo terrible, esta bondad que los seres humanos nunca pierden. Terrible, porque cuando nos encontrábamos desnudos en la oscuridad y helados, no teníamos otra cosa. Nosotros que somos tan capaces, tan fuertes, terminamos en eso. No nos queda otra cosa.

Luisa Fernanda Garrido: Yo leo como siempre, sin prisa pero sin pausa. Ahora estoy **leyendo** *Guerra y trementina* **de Stefan Hertmans, en traducción de Gonzalo Fernández Gómez**, por supuesto trata de guerra, de la Primera mundial y de la Segunda, pero también de pintores y de Flandes, es una suerte de memorias.

Y lo mejor es lo que releo, porque releo mucho, casi siempre tengo en la mesilla un libro nuevo y otro ya leído, y ahora le ha tocado el turno a *Antrobus***, de Lawrence Durrell, en traducción de Carlos Peralta**. Lo tenía en otro idioma y lo releía a menudo, y las Navidades pasadas lo encontré en castellano cuando estaba buscando otra cosa. Desde entonces, lo tengo a mano y leo y releo, y da igual que me lo sepa de memoria, me sigo riendo como una loca. Son veinte relatos que tratan las aventuras de un diplomático inglés en los países del este después de la Segunda Guerra Mundial (posguerra, guerra fría, telón de acero, etc.), casi todos se desarrollan en los Balcanes, de manera que todo me resulta muy familiar. Y todo escrito con ese genio particular de los hermanos Durrell para hacerte morir de risa aunque estén hablando de cosas muy serias y el mérito de la traducción que sepa trasladar ese humor.

Carme Camps: A mí la verdad es que me cuesta más concentrarme y mi mente inquieta va picoteando de aquí y de allá. Los libros de no ficción –que siempre me han gustado— ahora me cansan y los «entretenidos», me aburren. Tengo un montón sobre la mesa, míos, de la biblioteca, de la e-biblio y de Kindle en la tablet y no encuentro nada que me absorba y me haga olvidarlo todo. Me canso. Al principio del confinamiento sí que leí dos novelas que me hicieron vibrar: *La campana de cristal* **de Sylvia Plath** (lectura que tenía pendiente de hace años) y *La chica,* **de Edna O'Brien, basada en el secuestro de las niñas nigerianas**

por parte de Boko Haram. Impresionantes las dos. Quizá por eso después de leerlas no encuentro nada que me atrape.

El confinamiento también me ha afectado en que me ha dado por hacer mermeladas. ¡Yo, que soy la antítesis de «Carmencita la buena cocinera», jugando a cocinitas! En fin, tomo nota de vuestras lecturas y a ver si se me pega algo.

Blanca Ortíz Ostalé: Ay, un descubrimiento que he hecho entre estas lecturas confitadas (sí, cada vez que me llega un mensaje nuevo mis ojos se empeñan en leer confitadas en vez de confinadas) ha sido **Valeria Luiselli. Impresionantes sus libros sobre los menores indocumentados que cruzan la frontera de Estados Unidos. Y qué personal su voz.**

Y, ya que estábamos, he releído *El Jarama***, que siempre es un placer**.

Miguel Ros: Aporto yo también con mi granito de arena: La semana pasada terminé de releer *El evangelio según Jesucristo* **de José Saramago (en traducción de Basilio Losada),** libro al que me gusta volver en Semana Santa y que me arrancó mi primera lagrimilla lectora allá por 2009 (tardé en romper a llorar con los libros; con el final de *Zorba el griego***, que leí en italiano traducido por Nicola Crocetti**, lloré a lágrima viva).

Ahora estoy leyendo *El traductor* **de Salvador Benesdra, que llevaba muchos años en la estantería (recuerdo a Belén Santana recomendándolo en el Polisemo de Málaga**), con el que estoy disfrutando como un enano. Qué estilo, qué riqueza en español. Ayer, un párrafo me recordó de refilón a un CENTÓN reciente con textos de Remedios Zafra. El protagonista trabaja en una editorial como traductor en plantilla, *rara avis* ya a principios de los noventa, y el jefe lo llama a su despacho:

Me estaban despidiendo, no podía caber la menor duda […] habían decidido dejar de pagar un salario de empleado para hacer un trabajo que toda editorial del país se jactaba de poder encomendar a la vocación de servicio y de renombre de aristócratas de la lengua, del linaje, o de la pluma, o a desocupados empeñosos que por un emolumento prácticamente simbólico convertían el *but* en «pero», cuando era «sino», el *pourtant* en «por lo tanto», cuando era «sin embargo», y sin embargo y pese a todo a veces traducían bien algo.

Eso sí, no sé cuándo terminaré de leerlo porque, en la línea de Irene, mi chica sale de cuentas pasado mañana y temo que, en mi caso, una primera hija me baje el ritmo lector.

Mucho ánimo a todos.

Elia Maqueda: Qué hilo de mensajes tan inspirador… que falta hace, porque a mí también me está resultando difícil concentrarme para leer (y para todo en general).

Un abrazo enorme y mis parabienes a la madre reciente y al padre en ciernes. Mi hija ya no es bebé, pero es poco proclive al sueño y mucho a la jarana, así que llevo unos años que lo de leer me cuesta la misma vida, pero justo ahora que por fin parecía que había recuperado el ritmo, ha tenido que llegar esta pandemia a ponerme la zancadilla. **A**un así, a trancas y barrancas he terminado *El nudo materno* **de Jane Lazarre, en traducción de Elena Vilallonga,** y he empezado *Nuestra parte de noche* **de Mariana Enríquez, que me está enganchando mucho** (lo que necesitaba).

Geneviève Naud: Empecé bien el confinamiento leyendo tranquilamente y muy entrada la noche *La grammaire est une chanson douce,* **d'Erik Orsenna. Luego le tocó el turno a** *Syngué sabour***,** *Pierre de patience,* **de Atiq Rahimi**, que no he terminado aún, por culpa de una inesperada avalancha de encargos variopintos. Caigo rendida cada noche y no leo más que textos sobre el CX, o Customer Experience. Apa-sio-nan-te. Ya no bajan las pilas de libros por leer. En japonés, así de corto: *Tsundoku.*

Rocío Moriones: Pues yo he descubierto durante estos días la eBiblio, y, como quería leer algo de poesía, aproveché para sacar un libro de **Caballero Bonald,** *Desaprendizajes***,** pero como no me subyugaba, decidí que la vida es demasiado corta para leer libros aburridos, así que lo dejé, aunque insistí con **otro libro del mismo autor,** *Examen de Ingenios***, que tenía pendiente desde que se publicó**. El libro es un interesante repaso a personajes de distintos ámbitos de la cultura del siglo XX, desde la Niña de los Peines hasta Emilio Lledó u Octavio Paz (por cierto, uno de los que sale mejor parado).

Vagando por la pantalla de la aplicación me topé con otro libro que también quería leer desde hacía muchos años, **El ruido eterno, de Alex Ross, (traducido por Luis Gago) una historia de la música («culta») del siglo XX**. Me ha gustado mucho. El libro es interesante y ameno, y gracias a él me he enterado, entre otras cosas, de que compositores como Steve Reich o Philip Glass trabajaron (siendo ya incluso famosos) como taxistas y fontaneros.

Ahora voy a releer los **cuentos completos de Poe (en versión de varios traductores).**

Geneviève, dices que estás leyendo *Syngue Sabour*, **de Atiq Rahimi. Quizás ya lo sepas, pero hay una** película **muy buena, dirigida por el propio Rahimi, basada en ese** libro: Si no la has visto, te la recomiendo.

Núria Molines: A mí, como a otras compañeras, me está costando horrores concentrarme. Además, como la ley de Murphy es así de simpática, se han juntado ahora todas las entregas y, como tengo la concentración por los suelos, estoy echando muchísimas horas delante del ordenador (¡qué ganas de que esto pase ya, por favor!).

Así que, principalmente, estoy leyendo **cómic. Me estoy riendo mucho con** *La bahía de San Búho*, **de Simon Hanselmann (y estupenda traducción de Alberto G. Marcos y César Sánchez)**, voy alternando con *Ventiladores Clyde*, **de Seth (y también estupenda traducción de Esther Cruz).** Luego tengo en la parrilla de salida la nueva edición de *Persépolis*, **de Marjane Satrapi y nueva traducción de Carlos Mayor.**

Lo demás, cosas para la tesis, así que no cuentan como lectura de alegría y jolgorio.

Celia Filipetto: Núria, coincido contigo. *Ventiladores Clyde*, **de Seth, es magnífico. Muy buena la traducción de Esther Cruz**.

Enrique Alda: En estas últimas semanas he elegido leer libros de amigos y de un conocido. Esta es mi aportación: *Divine Magnetic Lands*, **de Timothy O'Grady;** *Orpheus*, *Jason and the Argonauts* **y** *Greek*, **de Theo Dorgan;** y como volvía muy cargado, para el viaje Dublín-Londres-Madrid, *Night in Tunisia*, **de Neil Jordan.**

Ver tres aeropuertos prácticamente vacíos ha sido toda una experiencia.

Juan Arranz: Suelo leer de tres en tres y géneros distintos, aunque sea despacio. Ahora mismo: memorias, los *Diarios de guerra* **de Azaña, quien no llegó a ser nuestro Churchill (por desgracia)** pero escribía tan bien como el inglés, o sea muy bien, con un estilo preciso y natural y siempre redondo y lleno de ideas; versos, los alejandrinos sabios de **M.ª Victoria Atencia en** *La pared contigua***; novela, la última de Carlos Pardo,** *Lejos de Kakania* **(Periférica), una autoficción como mandan los cánones de hoy día, muy amena y también cotilla, con bastante mala leche y mucho amor a la poesía.**

Pero mi auténtica lectura del confinamiento es de fondo, empezó casi a la vez que él y durará todavía meses (yo sí que estoy leyendo más), no vaya a ser que la prisión se siga

alargando. **Se trata de la** *Histoire de la Révolution Française* **de Michelet**, ese historiador partisano con alma de novelista (muy a su pesar). Disfruto tanto que me están dando ganas de mirarme la *Historia* sobre lo mismo de Carlyle, que al parecer es la mejor y la más divertida de las contemporáneas. Y tengo que echar un vistazo a la versión en español del Michelet, traducida nada menos que por Blasco Ibáñez, seguro que está muy bien. Se reeditó hace no tanto en Ikusager; aquí va una reseña elogiosa de Savater, por si alguien tiene curiosidad.

Marta Cabanillas: Qué bueno, **yo también estoy con** *Ventiladores Clyde (*el último cómic que pillé de la biblioteca antes de que cerrase…).

Por otro lado, estoy participando en **un proyecto del Collège des Traducteurs Littéraires de Arles llamado «Levée d'encres» (**MANIFESTA_Levee-dencres-2020**) para conmemorar el décimo aniversario de la Fabrique des traducteurs** (las celebraciones se trasladarán en buena parte al año que viene, visto el panorama). El proyecto consiste en que 10 traductores de distintas lenguas (todos del o hacia el francés) proponemos varios libros de autores contemporáneos, inéditos en nuestra lengua, que consideramos que vale la pena traducir. Íbamos a hacer una lectura en París en junio que, claro está, se ha anulado. En cambio, se mantiene una presentación y lectura en las Assises de la Traduction Littéraire en noviembre (yo no pongo la mano en el fuego, aunque veo a los del Collège muy optimistas). En fin, esto me está permitiendo conocer muchos libros y autores portugueses, argelinos, italianos y franceses a los que hincaré el diente poco a poco.

Carlos Gumpert: En estos días de aislamiento me he dado, entre otras, a las lecturas bíblicas. No, no en busca de consuelo ni de redención (aunque falta me haría), sino por azar, como casi todas las cosas de la vida. Estaba traduciendo un ensayito sobre el huerto de Getsemaní y **aproveché para leer los Evangelios de corrido** (en la versión de la Biblia de Jerusalén), algo que nunca había hecho. **Me resultó fascinante el juego de las siete diferencias entre los evangelistas, y sobre todo, descubrir fragmentos desconocidos pese a estar convencido de que por mi educación religiosa todo me resultaría familiar**. A su manera, la liturgia y la catequesis también traducen y por lo que se ve, no del todo fielmente. De ahí pasé a los **Evangelios apócrifos (trad. de Aurelio de Santos, BAC)** que hacía muchos años que quería leer: de menor valor literario y conceptual, claro, pero divertidísimos (sobre todo los de la Infancia de Jesús, un auténtico pillastre el chaval, que ríete de la ira de los dioses griegos). Y luego el **Libro de Job (extraordinaria edición**

y traducción de Susana Pottecher, Julio Trebolle) y el Eclesiastés, alternando la versión bíblica con la italiana de Erri de Luca, quien ha publicado varias versiones de libros bíblicos traduciendo casi a la letra y reproduciendo la peculiar y oscura sintaxis de los originales. Desde una perspectiva de traductor, lo más interesante de todo es seguir en notas y en las glosas de Erri cómo van cambiando las versiones de ciertos términos, del hebreo al griego, al latín y a nuestras propias lenguas, mientras que se va construyendo, ahí es nada, la visión occidental del mundo. Solo una píldora: en el famoso pasaje del Génesis donde se condena a la mujer a parir con dolor, el vocablo hebreo empleado es *etzev*, que todas las otras veces que aparece en la Biblia se traduce en cambio por «esfuerzo», pero se ve que algún traductor quiso añadir una dosis de castigo a la malvada Eva que acababa de tentar a Adán… Cuando se recalca la importancia de la traducción…

MIS LIBRERÍAS FAVORITAS, I

Iniciamos una serie sobre librerías para la sección el CENTÓN con las participaciones de los miembros de la lista de distribución de ACE Traductores.

Carmen Francí:

La ilustración de *The New Yorker* ya lo dice todo…

Pero ahí va la pregunta del CENTÓN, **¿dónde compras los libros? ¿Cuáles son tus librerías favoritas?**

Marta Sánchez-Nieves:

Hace ya unos años decidí concentrar la compra de libros en la Feria del Libro de Madrid. O en los viajes de vuelta a los sitios donde he vivido (Cálamo en Zaragoza y la Librería de las Mujeres en Tenerife). Cada vez tiro más de bibliotecas, qué le voy a hacer. Cuando no puedo esperar, porque quiero tenerlo ya o porque es un libro de consulta, recurro a la librería «familiar», la librería Diógenes de Alcalá de Henares, que ya están acostumbrados a las peticiones tan *sui generis* que les hago. Y fijaos la coincidencia: abrió sus puertas el 20 de abril del 90.

Núria Molines:

En **Valencia suelo comprar en la que está al ladito de mi casa, en la Tirant y a veces en la Bartleby**, que me pilla un poquito más lejos, pero tiene un fondo estupendo, sobre todo de cómic; además, tiene una programación buenísima, siempre hay algún sarao montado. Por otros lares, tenemos a las estupendas libreras de la **Ochenta mundos de Alicante** (ahora tienen esta campaña de micromecenazgo para apoyar la continuidad de la librería, por si os interesa). En **Pamplona, la Ménades**, que tiene una selección de aúpa y pocas novedades impuestas por la distribuidora (por no decir ninguna). Siempre que voy a **Madrid paso por Nakama**, que es como volver a casa. Y, la más singular de todas y que os recomiendo que la visitéis si tenéis ocasión, es la **librería Primera Página de Urueña, Villa del Libro**, un pueblecito medieval amurallado donde casi hay más librerías que habitantes; he tenido la suerte de dormir en la librería (por una presentación de un libro) y fue una experiencia preciosa. En todas estas librerías (por si os pillan lejos) se puede hacer el pedido por la web y te lo mandan a casa. También han sacado la iniciativa Para seguir

leyendo (en la que participan varias, como Nakama y Primera Página), donde se pueden comprar vales para cuando todo esto pase.

Jaime Valero:

Por mi parte, llevo unos años viviendo en Fuenlabrada y lamentablemente no tengo cerca ninguna librería que valga la pena destacar. Con la honrosa excepción de **Generación X**, una estupenda tienda de cómics regentada por un grandísimo lector con el que puedes tirarte las horas muertas charlando de tebeos. Al igual que comentaba Marta en su mensaje, cada vez tiro más de bibliotecas, ya que en Fuenla hay muchas y muy buenas, y así de paso subsano un poco el acuciante problema de espacio en casa, donde entre tantos cómics, libros y discos ya es casi imposible que entre nada más.

Pasé parte de mi infancia y primera juventud en un pueblo de la sierra madrileña llamado **Collado-Mediano. Allí aún sobrevive una pequeña librería llamada HG,** con un librero de pura cepa que durante años me recomendó muchos libros e incluso me prestó algunos cuando no tenía dinero para comprarlos. Hace años, Antonio Muñoz Molina le dedicó un artículo en *El País*, que podéis leer aquí por si os interesa.

Alicia Martorell:

Yo en Granada suelo comprar en Ubú Libros, libro nuevo y antiguo, encantadora, me llevo fenomenal con las dos libreras y hacen presentaciones, talleres o lo que se nos ocurra, porque ahí opina todo el mundo. Es mi librería favorita de todos los tiempos.

También me gusta mucho **Bakakai** (Tendillas de Santa Paula, 11), especializada en libro político, sobre todo anarquista. También mucho libro de viejo. Mención especial para El tiempo perdido, librería y antigüedades, con querencia por el libro francés. Muchas postales, mapas, cosas raras, casi siempre artesanales (Puentezuelas, 49). Su gran clásico son las tazas, marionetas y demás objetos de escritores.

Pero mi amor más grande son las librerías de museos. Cuanto más especializada, mejor. En Granada frecuento las de la **Alhambra** (hay varias), mucho libro de arte y cultura andalusí, y la del Parque de las Ciencias, el paraíso de los frikis, pero vaya por donde vaya, no puedo pasar por un museo sin reservar un rato largo en la librería. Recuerdo con mucho cariño, entre las últimas que he visitado, **la del Museo Ruso de Málaga, la del Institut du Monde Arabe en París y las increíbles del Reina Sofía y CaixaForum de Madrid,** que

son las que más frecuento, aunque no vaya a ninguna exposición. Cuando, al entrar en un museo, veo al fondo los cristales de la librería me entra un ramalazo de felicidad verdadera.

A medida que aumenta la oferta electrónica, la verdad es que cada vez compro menos narrativa o ensayo en papel, lo que quiere decir que el presupuesto «librerías» se va casi siempre en libros de cocina, fotografía, arte, novela gráfica, esos libros tan bonitos de **Pepitas de Calabaza o de Nórdica**, hasta tal punto que he reorganizado bastante mis estanterías y voy haciendo exposiciones de libros, por el placer de verlos de frente y no de lomo. Y los cambio, según me da el día. Quiero dedicar también un recuerdo emocionado a la librería **Los 4 caminos**, que estaba en Reina Victoria abajo, por el antiguo estadio Metropolitano, que fue mi primera librería «de verdad», en los primeros setenta. Otro recuerdo emocionado irá para los domingos de **Crisol** de Juan Bravo donde, a la una, pasaban bandejas con cava. No íbamos a comprar (pero comprábamos…), íbamos a echar una mañana de domingo en el paraíso hasta que nos ponían de patitas en la calle. Al salir, te tomabas un vermú mientas leías el periódico. También quiero recordar las librerías-papelerías de playa de mi infancia, con un olor a tinta de crucigramas y crema solar que todavía reconozco cuando me llega a la nariz. Incluso lo puedo reproducir a voluntad en mi cabeza. Y siempre me dan ganas de llorar de felicidad, en una reacción pavloviana instantánea de pensar en lo que seguramente me comprarían aquel día para leer en las larguísimas siestas de verano.

Arrate Hidalgo:

Aquí otra fanática de las librerías de museos. En cuanto a las demás, como hasta la cuarentena hacía mucha vida entre Bilbao y Gipuzkoa, tengo unas cuantas por las que me suelo pasar. En **Bilbao no vivo lejos de** Louise Michel liburuak: una librería asociativa feminista que abrió hace unos años y desde entonces allí me encuentro con amigas, a veces hasta trabajo y, sobre todo, me paso a charlar con las libreras, que son amabilísimas y siempre tienen curiosidad por descubrir y traer libros interesantes. A la gente maja **de librería** Cámara **también puedes encargarles** casi lo que se te ocurra y quedarte a comentarlo.

En **Donosti siempre cae** Kaxilda, que además de librería es restaurante, y tiene una selección de ensayo fantástica; también Hontza**, una librería independiente de referencia** en la ciudad que pone la literatura en euskera especialmente a mano. Y cuando termine el confinamiento me gustaría **volver más a** Garoa**, en Zarautz**, donde la red

LGTB+ local organizó un ciclo de charlas de literatura cuir que han tenido que interrumpirse. Tengo muchas ganas de poder dejarme el dinero en todas ellas de nuevo.

Rocío Gómez de los Riscos:

A mí también me gusta visitar las tiendas de los museos, pero en general, la verdad, no solo por los libros. Creo que ya lo he comentado alguna vez por aquí, pero corrijo tanto que leo poco por placer, por lo que se me acumulan libros desde hace años y apenas compro. No obstante, sueño con recuperar el gusto, pero necesito algo que realmente me enganche. En el fondo echo de menos sentarme a leer de corrido sin pensar en nada más. Pero en mi barrio actual (Vallecas, Madrid) hay varias librerías y **algunas con bastante solera, como** Muga**.** Estuve una vez buscando un regalo y es bastante grande; además, hacen actividades. **Otras dos míticas son** La esquina del Zorro**, que tengo pendiente visitar, y** La Verde**.** Además, me consta que los libreros del barrio tienen un grupo de WA donde se preguntan por material que una no tenga para derivar clientes a otra; una iniciativa interesante. Por último, **el año pasado abrió una librería de segunda mano con muy buena pinta, La Subterránea**. ¡Espero que todas logren sobrevivir!

Marta Cabanillas:

Yo, cuando vivía en Madrid, también **iba mucho a** Pasajes**, pero, sobre todo, a** Ábaco**, una librería de segunda mano que regenta una familia de libreros de toda la vida**, y que luego abrió una sucursal en la calle Raimundo Fernández Villaverde. Para mí es un sitio ineludible cuando paso por Madrid.

Por cierto, hablando de librerías **en Fuenlabrada y periferia madrileña en general, en Leganés os recomiendo** La Libre de Barrio, que es además cafetería y asociación cultural (organizan conciertos, talleres, cuentacuentos…). Además, uno de los socios es el Robe, mi primo segundo. La abrieron cuando ya me vine a Cataluña, pero estoy deseando hacerles una visita la próxima vez que visite a la familia pepinera.

Y ahora, en mi comarca, porque a Barcelona no bajo mucho, **voy a la librería Sant Jordi, que está en Tona**, un pueblecito al lado del mío, y no pongo web porque no tiene (los pedidos se hacen por teléfono). La lleva una señora a punto de jubilarse y siempre fantaseo con que me toca la lotería y me la traspasa.

Y, cuando quiero tomarme un cafetín y tener a la nena entretenida, voy a El Guixarot**, en Taradell** (otro pueblo vecino), que no tiene nada que ver con la Sant Jordi: esta la lleva Mimi, una chica majísima que se tiró a la piscina y decidió montar el proyecto con el que siempre había soñado, se nota que está hecho con mucho cariño y es un sitio muy chulo: tiene una parte de cafetería muy acogedora y una zona de juegos infantil donde los nenes se entretienen tan ricamente mientras tú miras los libros o cafeteas. Y un patio con arenero, casita de juguete y todo, un lujo. Ojalá supere este bache, porque apenas llevaba un año abierta. De hecho, estaba hablando con ella para montar unas charlas sobre traducción editorial, a ver si lo podemos hacer este invierno.

MIS LIBRERÍAS FAVORITAS, II

Segunda entrega del CENTÓN dedicado a nuestras librerías favoritas (véase aquí la primera):

Carmen Francí:

En Madrid, en mi barrio (Retiro-Pacífico) hay poquísimas librerías**. La mejor, sin lugar a dudas, es La lumbre,** en la calle Granada, 48, **que tiene también un pequeño café. Es también un punto de encuentro muy agradable y ACE Traductores ha organizado allí algún acto**. Es bastante reciente y me parece admirable el valor y el entusiasmo que supone abrir una librería en tiempos como estos.

Paula Aguiriano Aizpurua:

En **Donosti siempre suelo ir a Tobacco Days, la librería que abrió hace un par de años Inés, que precisamente trabajaba en Garoa**. Está en el centro cultural de Tabakalera, tiene una selección pequeña pero muy cuidada de narrativa, ensayo e infantil, además de fanzines y libros de arte. Y, si no tiene lo que buscas, te lo pide encantada. Organiza un club de lectura, presentaciones de libros, y actividades interesantes que se salen un poco de lo habitual.

De pequeña también iba mucho a **Hontza con mis padres, aunque ahora la tengo un poco abandonada. Pero sí sigo yendo a Zubieta, otra librería de toda la vida** donde comprábamos los libros de texto, que hace poco se trasladó a otro local y pasó a formar parte del grupo Troa. Su dueño, Alfonso, es muy agradable y buen recomendador.

De mis años en Barcelona recuerdo con mucho cariño Taifa, en Gràcia, y La Impossible, donde la asociación organizó varias actividades. Aunque podría seguir y seguir…

Ojalá todas aguanten.

Arrate Hidalgo:

¡Maravillosa **Tobacco Days!** Y de carácter similar, **Anti, en Bilbao, montada en su día por Natalia, que abrió hace muy poco en el Casco Viejo una librería de segunda mano, con libros raros y de artista, llamada Magnolia.** Así que sí: ojalá aguanten todas.

Jesús Cuéllar:

Compro muchos libros de segunda mano, sobre todo los que están en inglés, así que **recurro mucho a Iberlibro y, si puedo, más a Uniliber,** que no depende de Amazon (ese vicio nefando en el que todos caemos alguna vez). **Al comprar libros usados por internet me topo mucho con la librería Alcaná, un establecimiento perdido en las profundidades del barrio de Tetuán, que está muy bien surtida**. También frecuento mucho las casetas de la **cuesta de Claudio Moyano,** que me pillan cerca. Cuando voy a pasear al Retiro, algo muy habitual, casi siempre vuelvo con algo (por ejemplo, algún ejemplar de la colección de narrativa de Alfaguara antigua, diseñada por Satué, que es como un fetiche para mí, o alguna peli en DVD, que también hay). **Cuando viajo a países anglosajones, las librerías de segunda mano son siempre visita obligada**. En los demás países me da una pena horrible no entender nada o no lo suficiente como para poder comprarme libros.

Intento frecuentar las librerías pequeñas del barrio, aunque tengo cerca la **FNAC**, la **Central de Callao y del Reina, o la Casa del Libro**, que también son una tentación**. Hoy he hecho mi primera compra desde el inicio del confinamiento, en la Librería del Mercado (de San Fernando), que es muy pequeña, pero muy apañada y la regenta con mucha profesionalidad Cristina, que te consigue lo que pidas con rapidez. También compro a veces en Bajo el volcán, donde las novedades librescas conviven con los vinilos; y en Sin Tarima, de la calle Magdalena**, y en su hermana de segunda mano de **Santa Isabel, La Fugitiva, ahora café-librería**, donde hace años se entregó el Esther Benítez, *ex aequo*, a Maite Gallego y Carmen Francí e Ismael Attrache.

PD: me han emocionado dos menciones añejas de Alicia Martorell: primera, **la librería Los 4 caminos, que frecuentaba cuando era adolescente** junto a unos amigos que vivían al lado, y que en aquellos tiempos me parecía un templo inconmensurable del saber (y de mi ignorancia), atendido por sesudos barbudos de pantalón de campana; **segundo, el Crisol de Juan Bravo,** que estaba muy cerca de donde yo fungí de bibliotecario años ha y donde, además de comprar libros, me atiborré de vinilos de folk cuando comenzaron a saldarlos.

María Teresa Gallego Urrutia:

Ah, sí, **la librería Alcaná es estupenda** y manda unos paquetes primorosos. He comprado varias veces en ella a través de Iberlibro (¿Iberlibro depende de Amazon? Pestes, no tenía ni idea).

Mi juventud son veinte años en la Cuesta de Moyano, que diría Machado. En donde vosotros, de edad media, veis Crisol, en la calle Juan Bravo, yo veo el edificio de la Editorial Aguilar, donde iba en Navidad, a las fiestas que hacía Manuel Aguilar para los hijos de los empleados con regalos incluidos. Las librerías Aguilar a la sazón estaban en Goya esquina a Velázquez y en Serrano. Y en la de Goya leí durante los veranos de la infancia cientos de libros infantiles y no tan infantiles sentada debajo del mostrador cuando mi madre no tenía con quien dejarme en casa durante las vacaciones y me tenía que llevar con ella al trabajo.

Alicia Martorell:

Es que tampoco me quería enrollar, pero ya que lo mencionas: la felicidad dominguera solo era completa cuando, entre el desayuno y el atracón de libros, podías meter la visita a la exposición de la Fundación Juan March.

Respecto a **Los 4 caminos, doy fe de lo de los barbudos, pero recuerdo sobre todo a la mujer, que era como una madre**. Allí compré, me acuerdo como si fuera ayer, los tres tomos del Hauser, que todavía tengo, muy sobados, pero en perfecto estado de revista. Estaba en sexto (le dije a mi madre, que levantó una ceja, que me lo habían mandado comprar en el colegio), creo que fue mi primer ensayo y una explosión tremenda dentro de mi cabeza. **Esa librería me cambió la vida.**

Joaquín Garrigós:

En Alicante, prácticamente desde que vivo aquí, compro exclusivamente en la librería 80 mundos. Son muy amables y te traen los libros que no tengan. Es una librería con buen surtido en los estantes y siempre hay libros interesantes.

Cuando estoy en Madrid, suelo comprar sobre todo en **Tipos Infames, de la calle San Joaquín. También en La Fugitiva y Sin Tarima**. Como me gusta mucho el cine, compraba en la **librería de la Filmoteca, pero lamentablemente lleva años cerrada y si quiero libros de cine me toca ir a La Casa del Libro**, pero ahí el surtido es muy inferior

al que tenía la librería de la Filmoteca (que si no recuerdo mal era de la librería La Buena Vida). Para el libro de segunda mano, acudo desde hace años a la librería **San Ginés y, solo en caso de necesidad vital, recurro a Uniliber o Iberlibro.**

Concha Cardeñoso:

Me acuerdo mucho y muy **gratamente de Foyles, en Charing Cross Road** (Londres).

Nunca en mis diecisiete tiernos añitos había pisado una librería tan enorme. Me perdía en la inmensidad de los pasillos llenos de libros a ambos lados. Y me encantaba. Londres no me «rechazó» nunca, ahora que lo pienso. No me había dado cuenta hasta ahora. Entre otras curiosidades me compré *El conde Lucanor,* una selección de artículos de Larra y *Knots,* de R. D. Laing. Este último, uno de los principales culpables de mi incipiente e imparable afición a la traducción.

En León, las librerías de los libros de texto. Largas colas a principios de curso: Leopoldo y Maisa, las dos al lado de casa, en Ramón y Cajal, una enfrente y la otra saliendo, todo recto, en la acera de la izquierda. Luego, las de libros de Losada, que había al menos dos pero no recuerdo el nombre. Una estaba justo enfrente del insti y me pasaba ratos pegada a las lunas del escaparate. La otra, un poquito más allá, diminuta, casi invisible, casi tétrica. Más tarde vinieron los libros de filosofía y conciencia politicoeconomicosocial (Zix principalmente) que vendían en mesitas volanderas algunos amigos revolucionarios.

En Barcelona hay muchas y muy agradables, con libreros y libreras enteradísimos, pero **yo me quedo con Documenta**, aunque Ramón y Josep ya no están, pero Èric se va defendiendo bien y cede la parte del fondo de la librería con entusiasmo e interés para actos culturales, como por ejemplo, **las tertulias que organiza Helena, nuestra vice, de literatura traducida.**

Y acabo de comprarme por internet **un libro prometedor de Ana Flecha Marco que** espero que me llegue hoy o mañana.

¡Va por las librerías, compremos un libro en cuanto podamos salir en «horario comercial» y ellas abran las puertas, aunque sea con restricciones!

Jesús Cuéllar:

¡Ay, **las librerías de Charing Cross Road y todas las de segunda mano de casi cualquier pueblito británico**! Casi todas ellas desaparecidas por el auge de las *charity shops* tipo Oxfam, Save the Children y demás. ¡Cuántas horas lluviosas he pasado en ellas! Snif.

Carme Camps:

¡Tampoco sabía que Iberlibro era de Amazon! Ya me han fastidiado, porque lo utilizaba para comprar libros descatalogados y ya no podré hacerlo (al menos no con la conciencia tranquila).

Aparte de libros usados, **compro siempre en las librerías La Central**, de la que tengo tarjeta de cliente veterano (está tan usada que se está despellejando) y en las tiendas de los museos, sobre todo cuando voy a ver alguna exposición. Comprar en los museos no es pecado, porque **detrás de los libros hay una librería (en Barcelona, La Central o Laie, que** también me gusta pero me pilla en la otra punta de donde vivo cuando estoy en la ciudad). En donde vivo sólo hay una librería-papelería-quiosco-objetosderegalo en la que tienen pocos libros.

Y también tiro cada vez más de biblioteca, por cuestión de presupuesto y de espacio. Con el confinamiento **me he acostumbrado al préstamo de libro electrónico**, que me está resultando el sucedáneo más parecido a ir de librerías: no puedes hojear el libro, pero sí puedes ojearlo (superad esto, colegas). Pero como el papel no hay nada, que digan lo que quieran.

María Teresa Gallego:

Pues si vamos a hablar del extranjero, **El Ateneo, en Buenos Aires.** En un antiguo teatro, cuya estructura conserva. El bar en el escenario y en los palcos sillones para sentarse a leer.

Carme Camps:

Recuerdo con añoranza la **Librería Francesa de Barcelona –un establecimiento enorme en el Paseo de Gracia y otro más pequeño en el chaflán de Muntaner-Diagonal**. Y cerca de esta, la **Áncora y Delfín**, que tenía un encargado de toda la vida que

te lo resolvía todo, por raro que fuera lo que le pidieras. Y si querías te hacían una especie de crédito que iba muy bien, sobre todo a los estudiantes: pagabas cada mes el diez por ciento del crédito que tuvieras y podías llevarte los libros que quisieras. Estas eran las librerías de mi juventud, porque me pillaban cerca de casa. También han desaparecido el **Hogar del Libro y la Casa del Libro, que no es la actual. Y los puestos de libros de segunda mano de la calle Diputación, detrás de la Universidad. La primera vez que en Madrid descubrí la Cuesta de Moyano casi me desmayo como en la Foyles.**

Enrique Alda:

En Dublín tenemos Books Upstairs, que amplió el local durante la última crisis, tiene un café pequeño en el último piso y organiza infinidad de actividades.

Hodges Figgis, que también organiza lecturas y presentaciones.

Hay muchas librerías de segunda mano, a las que cada vez voy menos, porque no consigo resistir la tentación y ya no me caben los libros en ningún sitio. Alguna vez he comprado en Chapters, Connolly Books y The Secret Book and Record Store.

En Wicklow (a unos veinte km de casa): Bridge Street Books

Y en **Zaragoza, Cálamo, Antígona y la desaparecida Contratiempo**, en la que, mientras compraba *El que no ve*, de Leopoldo María Panero, me enteré por la radio de que Tejero había entrado en el Congreso.

MIS LIBRERÍAS FAVORITAS, III

Tercera entrega del CENTÓN dedicado a nuestras librerías favoritas (véanse aquí la primera y la segunda):

Vicente Fernández González:

Yo también iba **a la librería Los 4 caminos. Allí tuve mi primera cuenta de librería**. En aquella época iba también a **Visor, en Isaac Peral y a una librería en un semisótano de la calle Vallehermoso cuyo nombre no recuerdo.**

En Málaga tengo ahora cuenta de librería en **Proteo, pero también voy a Rayuela, a Luces, alguna vez a En Portada (cómics) y últimamente sobre todo a la entrañable Áncora.**

Me gustan, como a Alicia y a Arrate, las librerías de los museos. Siempre que voy al **Museo Ruso acabo comprando algún libro. Y me encanta La Central del Reina Sofía.**

Cuando estoy en Madrid sigo yendo en ocasiones a la cuesta Moyano y me meto en librerías de lance y viejo con las que me encuentro de repente. También recurro a Alcaná.

En Barcelona **he pasado buenos ratos estos últimos años en La Central del Raval.**

Hace tiempo iba también, como Joaquín, a la de la Filmoteca.

Con todo, tengo que decir que lo que más me gusta es entrar en una librería en la que no he estado nunca.

Carolina Smith de la Fuente:

Me estáis dando una envidia tremenda con todas las librerías «de barrio» que mencionáis. En Newcastle solo había cadenas y ahora que estoy en Kendal, más de lo mismo. Sé que hay un par de librerías en los pueblos más turísticos de la zona, pero el coronavirus me pilló con la mudanza a medias y aún no he tenido tiempo de explorar.

Pero de la que os quería hablar **está al norte de Newcastle, así la apuntáis para cuando podamos volver a viajar: Barter Books. Una maravilla**. Es una tienda de libros de segunda mano (desde primeras ediciones carísimas a *paperbacks* por 50 cent., mapas y

diccionarios) en una estación de tren Victoriana. Enorme. Con cafetería y chimenea de leña donde antes estaba la sala de espera y un tren de juguete que recorre las estanterías entre las que el tiempo parece que se detiene.

Jesús Cuéllar:

Sí, **Barter Books, ¡la descubrí el año pasado! ¡Y The Strand en Nueva York!** Qué ganas de viajar da el confinamiento…

María Teresa Gallego:

En el franquismo puro y duro el sitio obligado era **Fuentetaja, en la calle San Bernardo.** Dando el santo y seña te colaban en el sancta sanctorum de los libros prohibidos. Que luego leías en el metro, forrados para que no se viera la portada. En mis forros ponía siempre en letras gordas: *El criterio*, Balmes.

Y en **París estaba Le Globe**, donde íbamos a comprar siempre libros y discos no menos prohibidos en España (y donde veneraban el nombre de Tuñón de Lara) con la esperanza de que la guardia civil no te abriera la maleta en la frontera. No siempre valía tener pinta de inocente jovencita y mirar candorosamente al guardia civil que debía ponerte una cruz de tiza en la maleta y decirle: «No me abra la maleta que luego no la puedo cerrar». Creo que estaban convencidos de que las inocentes jovencitas eran las peores. Los discos de los coros del ejército rojo los traje en unas fundas de Beethoven que me regalaron en la librería y colaron.

Elías Ortigosa:

Mis librerías en Málaga están condicionadas por donde trabajé y trabajo a veces, **Renacer, y por donde hice las prácticas del máster (gracias al bueno de Vicente, por cierto), Áncora**. Pero **también voy a menudo a Rayuela, siempre con el recuerdo de su desaparecida prima, Rayuela Idiomas.** Y reconozco que no voy tanto como debería a **Mapas y Compañía, esa librería es de cuento, preciosa.**

A mí también me entra la envidia cuando habláis de librerías de barrio; eso aquí, por desgracia, es una especie en peligro de extinción (también es verdad que Málaga no es que sea la ciudad más grande del mundo).

En Marsella mi librería de cabecera era L'Odeur du Temps, pero por cercanía a casa también Maupetit.

Victoria Horrillo:

Cuando vivía en Madrid ciudad, hace unos cuantos años, mis librerías preferidas eran **Fuentetaja, la de la calle San Bernardo (esa selva de libros); Ocho y medio, en Martín de los Heros, antes de entrar al cine o a la salida; Traficantes de Sueños y la Librería de Mujeres**. Ahora, aunque compro muy pocos libros en papel por falta de espacio y porque pesan una barbaridad y después de varias mudanzas una ya está escarmentada, cuando voy a Madrid suelo hacer parada en la **Meta Librería, en Chamberí,** una librería de barrio especializada en filosofía, ensayo y feminismo, pero que también tiene una selección estupenda de cómics; siempre hay alguna actividad interesante organizada, y da gusto hablar con los libreros.

Y podría seguir hablando de librerías pero no quiero cansaros. Una de mis muchas vocaciones frustradas es la de librera.

Daniel Najmías:

Aquí va un enlace a un vídeo con las librerías más antiguas de Barcelona.

Carme Camps:

La **Llibreria del Palau** tiene la característica –o la tenía cuando vivía en Barcelona- de que vendía libros a peso. **Ponían unos cestos a la entrada con libros de un tema concreto: economía, ciencia, novela, etc., a tanto el kilo. Cogías los que querías y te los pesaba**n. Es una librería de viejo que parece diminuta pero a medida que vas entrando vas descubriendo que no lo es tanto. Os la recomiendo aunque solo sea como curiosidad.

Jaime Valero:

Si os interesa el mundo del cómic, puedo recomendaros unas cuantas librerías especializadas en Madrid que valen mucho la pena. **Una de mis favoritas es Atom Comics, situada cerca de la glorieta de Bilbao. El librero, Dani, es una enciclopedia comiquera andante y, si le das coba, te puedes tirar toda la tarde con él hablando de tebeos. En esa zona también está The Cómic Co.,** donde te atienden de maravilla y te

orientan si necesitas alguna recomendación. Allí muestran también una querencia especial por Tintín y la línea clara del cómic francobelga.

No obstante, el verdadero epicentro tebeístico en Madrid se reparte en los alrededores de Callao. **Cerca de allí, en la calle Silva, está la mítica y veterana Madrid Cómics, que a pesar de su reducido tamaño ofrece mucho material. Allí encuentras muchos fanzines y cómics underground** que igual no tienen en otros sitios. Y hace tiempo, cuando pasaba más por el centro, solía dejarme caer por **Elektra, con sus míticas composiciones temáticas en el escaparate.** Es una tienda muy agradable porque es luminosa y espaciosa, algo que no suele ser habitual en las librerías especializadas de esa zona, y tienen también mucho fondo y abundante material de importación en inglés. A quienes les tire más **el manga tienen un buen punto de encuentro en Omega Center (también conocida como Otaku Center), en la calle Luna.** Tienen cómic de todo tipo, pero mucho fondo de manga y también merchandising relacionado, como figuritas y demás. Fuera ya de esa zona, **en el barrio del Pilar, está la también veterana Akira Cómics. Posiblemente sea la más grande de Madrid con diferencia.** Tiene dos plantas abarrotadas de material en las que fácilmente encontrarás lo que buscas. Incluso se llevó un premio Eisner a la mejor librería especializada del mundo hace unos años.

Fuera de Madrid, **mi tienda favorita es Ateneo Cómics, en Alicante**. Grande y espaciosa, con muchas actividades y encuentros, y cajones llenos de material atrasado y en oferta en el que rebuscar durante horas. En la acera de enfrente está **Comix City, más pequeñita, pero ideal si lo que buscas son las novedades del mes. Además, la librera que la regenta es majeta a más no poder. Otra ciudad que visito a menudo es Santiago de Compostela, y allí calmo el mono de tebeos en Alita Cómics**, que también tiene un local en A Coruña.

Y un par de recomendaciones para cuando podamos salir de nuestras fronteras. Si viajáis a Bruselas, la capital del cómic europeo, **no dejéis de visitar la enorme Multi BD, que está muy cerquita de la Grand-Place.** Si vais a París, tenéis la no menos imponente Album. Y si tenéis la suerte de viajar a Nueva York, la visita comiquera obligada es Midtown Comics, que tiene una tienda cerca de Times Square.

Isabel Llasat:

Creo que nadie ha mencionado todavía la librería especializada en libros desplegables Tres Rosas Amarillas, de Madrid. Es un lugar mágico, no se puede decir mucho más, y absolutamente recomendable para los apasionados de este tipo de libros, como yo. El año pasado compré dos libros de anatomía para mis sobrinos y me quedé con las ganas de comprarme otro para mí. Si aguanta este golpe, os la recomiendo cuando busquéis un regalo especial.

María Teresa Gallego:

Alberto Manguel publicó un precioso artículo en *El País* del pasado 23 de mayo. Ahí van algunos fragmentos:

Mi vida es un largo y feliz recorrido de librerías que extienden sus anaqueles desde mi infancia hasta hoy a través de todos los países en los que he vivido. Prufrock medía su vida en cucharaditas de café; yo la mido en librerías. La primera que recuerdo (uno no olvida su primer amor) estaba en Tel Aviv, cerca de la Embajada Argentina. Era una gran tienda cavernosa donde mi nodriza me dejaba recorrer las estanterías más bajas, que estaban al alcance de mis cinco o seis años. Allí descubrí una magnífica serie ilustrada de los cuentos de los hermanos Grimm. Aún conservo uno: *La mesa, el asno y el bastón maravilloso*. No recuerdo al librero: en las librerías que más quiero, los libreros son presencias intuidas como fantasmas discretos que no se imponen ni nos acosan con un "¿Qué está buscando?". Recorrer librerías es una actividad solitaria: los lectores no cazan en jaurías. (…)

Conocí librerías en todos mis viajes: la más pequeña, una mesa bajo un cocotero en las Islas Cook. Y la más exótica, en un mercado de Samarcanda. (…)

Fue en Pigmalión que Borges me propuso que viniese a leerle por las noches los cuentos Kipling, de Stevenson y de Henry James. Supe más tarde que Borges quería revisitar los cuentos que él consideraba obras maestras antes de volver a escribir las ficciones que llevarían el nombre de *El informe de Brodie* y *El libro de arena.* Para estudiar esos cuentos, necesitaba los ojos de otros. Yo fui uno de los muchos elegidos pero, con la arrogancia de un adolescente, creí que yo le estaba haciendo un favor a un viejito ciego. Escuchar a

Borges comentar esas lecturas fue quizás la lección más importante en mi vida de lector. (…)

Pienso que yo sería un mal librero: le tengo demasiado apego a los libros para dejar que otros se los lleven, aún si me pagan. Para ser un buen librero, si uno es un lector apasionado (como lo son frecuentemente quienes se dedican a esa sagrada profesión) uno tiene que dejar de lado la codicia que nos impulsa a atesorar volúmenes y el egoísmo que nos impide desprendernos de ellos. Un librero de ley es un San Martín dispuesto a ceder no solo media capa sino la capa entera. (…)

Conocí librerías en todos mis viajes: la más pequeña, una mesa dispuesta bajo un cocotero en las Islas Cook donde encontré una primera edición de *El misterio del sombrero romano* de Ellery Queen; la más exótica, en un mercado de Samarcanda donde compré un pequeño Corán manuscrito con bellísima caligrafía; la más atrayente, la librería Acqua Alta en Venecia, caótico conglomerado en la ciudad más hermosa del mundo. (…)

Hoy, a pesar del acoso de Amazon y del coronavirus, las librerías de este último capítulo de mi vida han logrado (hasta ahora) sobrevivir. Adaptándose, reimaginándose, proponiendo nuevos servicios, pero siempre siendo esa presencia generosa, discreta, sabia, a veces virtual, que me acompaña todavía. No quiero hablar de mis librerías españolas favoritas, porque son varias y no quiero ofender a ninguna. Pero en mis otras ciudades tengo ciertas librerías particularmente amadas: el oficio de lector autoriza la poligamia. (…)

Quizás los primeros libreros fueron los sacerdotes egipcios que vendían en sus templos ejemplares del *Libro de los muertos* a las familias de los difuntos, para guiar al alma en su viaje al más allá. Esos sacerdotes son los antepasados de nuestros libreros, quienes, como ellos, nos ofrecen hoy, por unas monedas, guías para fortalecer nuestras almas y para ayudarnos a recorrer con destreza y coraje este problemático mundo nuestro y también, si es necesario, el que vendrá.

ENTREVISTAS

DEL AMIGO, EL CONSEJO: ENTREVISTA A JUAN DE SOLA

Continuamos en esta serie de entrevistas breves originada en el número 43, en esta ocasión con una entrevista al traductor Juan de Sola (Barcelona, 1975), que estudió Filosofia y Teoría de la Literatura en Barcelona, Berlín y París. Trabaja como traductor y editor autónomo desde 2002. Esta especializado en la traducción de literatura, crítica y ensayos sobre arte moderno y contemporáneo. Ha sido profesor en la Universitat Oberta de Catalunya y en la actualidad trabaja, con intermitencias, en su tesis doctoral sobre los conceptos crítica y traducción en Goethe y Schiller. Ha traducido al castellano obras de Goethe, Marcel Proust, Jacques Rivière, Robert Walser, Samuel Beckett, Bertolt Brecht, Malcolm Lowry, Gabriel Josipovici, Erika Tophoven, Jean Paul Richter, Peter Weiss, Philippe Lançon, Rainer Maria Rilke y Marianne Fritz, entre muchos otros. Ha tenido la suerte de recibir varias distinciones y premios, entre los cuales el XXI Premio Ángel Crespo (2018) por su versión de la Correspondencia entre Proust y Rivière. En 2018 y 2019 obtuvo sendos «Übersetzungsprämien» de la Cancilleria Federal Austríaca por sus traducciones de Rilke y Marianne Fritz. Actualmente prepara una edición de los Ensayos de Proust y una antología de textos de Walter Benjamin.

Un libro sobre traducción

Imposible citar sólo uno, y menos entre los canónicos. Al margen de los treinta o cuarenta títulos clásicos que todos hemos, creemos o decimos haber leído, citaría, de los más recientes, *La Langue mondiale: Traduction et domination* (Seuil, 2015), de Pascale Casanova, el último que publicó antes de morir prematuramente, y que es un intento más de situar la traducción en el centro del campo de tensiones literario (perdón); *This Little Art* (Fitzcarraldo, 2017), de Kate Briggs, que aúna diario y reflexión sobre el oficio a partir de su trabajo como traductora de Roland Barthes (en breve lo publicará Jekyll & Jill en castellano, en traducción de Rubén Martín Giráldez); *Sympathy for the Traitor: A Translation Manifesto* (MIT Press, 2018), de Mark Polizzotti, que es una síntesis perfecta de los problemas teóricos y prácticos con los que topa la traducción; aunque no dice nada nuevo para los del oficio, lo dice tan bien que invita a volver a los libros y antologías clásicos sobre el tema. Quizá añadiría también las memorias o libros de entrevistas con traductores como George-Arthur Goldschmidt (*À l'insu de Babel*, 2009; *La Joie du passeur*, 2013), Erika

Tophoven (*Glückliche Jahre: Übersetzerleben in Paris*, 2011), Swetlana Geier (*Ein Leben zwischen den Sprachen*, 2008) o Gregory Rabassa (*If This Be Treason: Translation and its Dyscontents: A Memoir*, 2006). Lo cual me lleva a plantearme una pregunta en voz alta: ¿Por qué nuestros traductores no salen del armario y publican sus memorias sobre el oficio?

Una traducción favorita

Si se me permite la broma, el *Eugenio Oneguin* de Nabokov, que es la antitraducción por antonomasia. El aparato de notas y comentarios que arma es abrumador, parece que no confíe en el lector, cuando en verdad no confía en sí mismo ni cree en la posibilidad de la traducción. El debate a que dio pie esta obra es interesantísimo. Sin ir más lejos, a Nabokov le costó la amistad con Edmund Wilson.

Ya en el terreno de la realidad puedo citar algunas versiones que he leído admirado y las que vuelvo a menudo en busca de soluciones o tonos: Isabel García Adánez y sus Mann, sobre todo *Los Buddenbrook* y el *Félix Krull*; el Rabelais de Gabriel Hormaechea; los Faulkner de Maria Iniesta y Esther Tallada; el *Mumbo Jumbo*, de Ishmael Reed, traducido por Inga Pellisa; *Las historias de Jacob*, de Mann, en traducción de Joan Parra, que en sí son una teoría aplicada de la traducción; los Amos Oz de Raquel García Lozano; los John O'Hara de David Paradela; todo, absolutamente todo lo que tradujo Juan José del Solar Bardelli; los Michon de Maite Gallego; los Krasznahorkai o los Bódor de Adan Kovacsics; los Döblin de Carlos Fortea; las *Alicias* de Gabriel López Guix; las versiones de Dylan Thomas que hizo Marià Manent, que me acompañan siempre; el *Retrato del artista adolescente*, de Joyce, en traducción de Martin Schifino, que convive plenamente con la versión clásica de Dámaso Alonso; pasa lo mismo con *El Zafarrancho aquel de via Merulana*, de Gadda, del que teníamos en la versión de Juan Ramón Masoliver y podemos ahora disfrutar de nuevo en la traducción de Carlos Gumpert. La convivencia de varias traducciones de un mismo autor – cosa que viene casi siempre determinada por su paso a dominio público– me parece una de las mayores riquezas de que puede gozar una tradición. Los franceses sólo pueden leer una versión de la *Recherche*. Nosotros, en cambio, podemos leer de momento cinco, dos de ellas, las de Carlos Manzano y Mauro Armiño, relativamente recientes y contemporáneas. Lo considero un lujo.

Es que parece que no nos demos cuenta de que la traducción, en nuestro país, o diría incluso que en nuestro idioma, vive una especie de Siglo de Oro. ¿Que hay traducciones

malas? Por supuesto, pero la producción literaria de un país, un idioma o una tradición se juzga por arriba, no por abajo.

Luego hay una cuestión que me fascina: leer autores de mi tradición en traducciones extranjeras. Los Bolaño de Robert Amutio, o sus Levrero, más recientes, son descomunales. Las traducciones alemanas de *Numa* y *Una tumba*, de Benet, que hizo Gerhard Poppenberg son una lección magistral del arte de traducir. O *El Quijote* de Susanne Lange. O los Beckett de Elmar y Erika Tophoven, por ejemplo, algunos de los cuales se publicaron en ediciones trilingües francés-inglés-alemán que permitían asistir casi en directo a los desplazamientos del proceso de traducción, con el autor presente. En cambio, me cuesta encontrar una versión de Lorca que me satisfaga; está como folclorizado, a veces incluso parece un autor del Boom latinoamericano pasado por el filtro de una película de Almodóvar.

Un diccionario

El *Duden-Das große Wörterbuch der deutschen Sprache*, el *OED* y el *Grand Robert* constituyen una suerte de Santísima Trinidad. Sin menoscabo de los bilingües, que también consulto a menudo, y no sólo para palabras imposibles. Puedo buscar una tontería, darme de bruces con la realidad o verla confirmada, pero de paso veo siempre una expresión o un giro que me gustan y que no conocía. Con los diccionarios bilingües ocurren dos cosas muy curiosas: por un lado, son el reflejo de una visión del mundo incluso más allá de los idiomas; se aprecia perfectamente en los ejemplos de uso que dan, muchas veces expresión de una sociedad patriarcal: si buscas la voz «fresco-, -a», es fácil que el ejemplo sea «Esa tía es una fresca»; si buscas «cabal», casi seguro que leerás «Es un hombre cabal» o «un artista cabal». Eso merece cuando menos una tesis: los ejemplos de uso que se dan tienen una carga ideológica enorme.

Otra cosa que me gusta mucho de los diccionarios, bilingües o no, son las historias que, sin querer, nos cuentan. Tomo al azar los primeros catorce ejemplos de la voz «dejar» en el *Gran Larousse español-francés / français-espagnol*:

dejó los papeles en la mesa, *deja el abrigo en la percha*, *has dejado casi toda la verdura*, *me ha dejado una cosa para ti, dejaré la llave al portero*, *deja el jarrón, que lo vas a romper*, *¿puedes dejarme cien euros?*, *¿me dejas el bolígrafo?*, *dejó el tenis cuando empezó la universidad, ha dejado la bebida*, *dejó a su mujer*, *ha dejado el empleo, ¿dónde me deja este autobús?*, *el metro le deja muy cerca*, *dejad que los niños se acerquen a*

mí, *deja que te invite yo*, *¡dejen paso!*, *déjame a mí, que tengo más experiencia*, *el ruido no le deja dormir, ¡déjame en paz o tranquilo!*, *¡déjame, que tengo trabajo!*, *deja que digan lo que quieran*, *dejemos aparte las introducciones y comencemos la negociación*, *este perfume deja mancha*, *has dejado una buena impresión*, *déjalo, no importa*, *dejémoslo así, me dejó preocupado | angustiado | triste*, *dejen el paso libre*, *dejó los platos sin fregar, el difunto no ha dejado nada*, *dejó todos sus ahorros a varias instituciones benéficas, etc.*

¡Es pura vanguardia!

En cualquier caso, suelo ir a primero al monolingüe; luego acudo a los bilingües, que me orientan incluso cuando se equivocan. Y lo bueno es poder consultar un mínimo de dos en cada combinación lingüística. Ocurre como con los médicos, hay que pedir siempre una segunda opinión. Luego hay herramientas como el CORDE, el NTLLE, el Grimm, el Trésor o los diccionarios históricos, los especializados, los técnicos, los glosarios. Son bases lexicográficas que nos sacan de muchos apuros. Como sea, el mejor diccionario es el colega, o mejor: el debate entre colegas. Eso no falla nunca.

Una vez consultado todo eso, reviso a conciencia el texto con el María Moliner y el Corripio sobre la mesa. Sin ellos no sé traducir.

La búsqueda más rara que he hecho en mi vida

Pensad que yo empecé en este cuando ya había internet, en torno a 2003 o 2004. De modo que las expediciones o visitas raras, aunque alguna he hecho, no tienen nada que ver con las de la gente que empezó mucho antes. En cualquier caso, en la red lo encuentras todo, pero que esté todo no significa que sea correcto o esté bien. (Es un terreno hegemónico de la lengua inglesa, luego es muy frecuente topar con anglicismos, calcos o directamente barbaridades.) Destacaría, quizá, la entrevista con un comisario y con un exrecluso para conocer argot carcelario; las consultas a fiscales y forenses para un libro en el que aparecían los bajos fondos y la justicia. O las llamadas a varios hospitales de la península (Madrid, Bilbao, Barcelona, Valencia, Sevilla) para ver cuál era el nombre común de determinado instrumental, que variaba mucho de una provincia a otra. Lo divertido, hoy, es que si buscas en Google cómo se llama cierta pieza de lencería, verás durante tres días anuncios de lencería, que cambiarán a material quirúrgico, muebles del Segundo Imperio, cantimploras o rodamientos según avances en la traducción.

ENTREVISTA A ARRATE HIDALGO

Esta entrevista está disponible en Youtube en el siguiente enlace.

DEL AMIGO, EL CONSEJO: ENTREVISTA A MARC JIMÉNEZ BUZZI

Continuamos en esta serie de entrevistas breves originada en el número 43, en esta ocasión con el traductor Marc Jiménez Buzzi, licenciado en Traducción y en Filología Alemana. Traduce del inglés, el alemán y el sueco al español y el catalán. Ha traducido obras de Nietzsche, Walter Benjamin, Stefan Zweig, Victor Klemperer, Hilde Spiel o Lluís Nicolau d'Olwer, entre otros.

Un libro sobre traducción

Textos clásicos de teoría de la traducción, editada por Miguel Ángel Vega, recoge en sus testimonios fundamentales, de Cicerón a Fedorov, veintiún siglos de meditaciones sobre la traducción. Es curioso ver que, aunque varíe la terminología, seguimos bregando con las mismas cuestiones que preocupaban a nuestros más geniales predecesores: San Jerónimo, Fray Luis o Benjamin, por nombrar a tres, hablan de la traducción literal o la traducción según el sentido, de la fidelidad debida al autor y al lector, etc. Y estos clásicos son en muchas ocasiones un reflejo vibrante de las circunstancias que incitaron a su escritura: la «Circular sobre la traducción» de Lutero es una respuesta vehemente a los «borricos» papistas que consideraban una herejía ciertas libertades que advertían en su versión de la Biblia.

El caso más hilarante sobre una traducción en equipo lo he leído en *La vida amarga*, de Josep Pla. En el Berlín de los años de la inflación, y en su combate contra la amenaza de la margarina, Pla, Eugeni Xammar y un ruso se aliaron para traducir una obra de Kropotkin para una editorial sudamericana. El ruso aportaba el ruso, Pla la gramática española y Xammar la filosofía. Xammar instaba a poner el máximo empeño puesto que estos libros, mal traducidos, hacen tirar una cantidad de bombas desproporcionada.

Una traducción

L'Odissea de Carles Riba. Reescribir el poema griego en hexámetros catalanes fue una proeza verdaderamente homérica, puesto que había que inventarlos. Riba da a su versión la elevación de tono y la tensión de estilo precisas para crear la ilusión de andar muy cerca del original. La fascinación no decae con la reiterada lectura: «Conta'm, Musa, aquell home de gran ardit, que tantíssim / errà, després que de Troia el sagrat alcàsser va prendre…»

La última traducción que me ha deslumbrado ha sido *Los vecinos*, de la sueca Fredrika Bremer. La sabia versión de Carmen Montes ofrece un destilado y una puesta al día del sabor y la gracia de la prosa decimonónica española.

Un diccionario

El *Diccionari català-valencià-balear*, o Alcover-Moll, como es llamado en honor a sus dos autores. En sus diez volúmenes (casi diez mil páginas), une al rigor lexicológico y etimológico un riquísimo inventario de variedades geográficas y dichos y refranes, lo que da una lectura tan amena como instructiva. Imprescindible para traducir del catalán al español, por la finura de sus equivalencias. Se puede tener la sorpresa, al ir a buscar una palabra que uno ha encontrado en un libro, de ver que su definición está ilustrada con la frase que ha motivado la búsqueda. Se puede consultar aquí.

Una búsqueda

La traducción de *La constelación del Perro*, de Peter Heller, fue una pura búsqueda: aeronáutica, armas, la pesca de la trucha con todos sus avíos y todo lo que se le pusiera a tiro al autor. Por suerte, fue una traducción a cuatro manos y Blanca Rodríguez, muy bregada en la traducción técnica, cargó con casi todo el peso de la investigación: llegó a cartearse con un piloto de avionetas norteamericano para que le aclarara unas maniobras que no acabábamos de ver.

DEL AMIGO, EL CONSEJO: ENTREVISTA A LUISA FERNANDA GARRIDO

Continuamos en esta serie de entrevistas breves originada en el número 43 de VASOS COMUNICANTES, en esta ocasión con la traductora Luisa Fernanda Garrido. Es licenciada en Geografía e Historia por la Universidad Autónoma de Madrid (1981), especialista en Historia Medieval de los Balcanes, y licenciada en Lenguas Croata y Serbia y Literaturas Yugoslavas por la Universidad de Zagreb (1988). Ha traducido junto con su marido, Tihomir Pistelek, a autores como Ivo Andrić, Danilo Kiš, Aleksandar Tišma, Dubravka Ugrešić, Predrag Matvejević o Miljenko Jergović, entre otros. Ha sido directora de los centros del Instituto Cervantes de Sofía, Amán y Túnez. En la actualidad dirige el centro de Praga.

En noviembre de 2005 obtuvo el Premio Nacional de Traducción por la traducción del serbio al español de la novela de Aleksandar Tišma: *El kapo*.

Un libro sobre traducción

Ni idea, seguro que hay alguno, pero más que sobre traducción prefiero citar *Teoría literaria* de RENE WELLEK y AUSTIN WARREN. Prólogo de DAMASO ALONSO. Versión española José M.ª Jimeno. El conocimiento que este libro me ha aportado ha resultado fundamental en mi trabajo de traductora.

Una traducción favorita

Muchas, ¿por qué elegir?

Un diccionario

El diccionario de uso de María Moliner

La búsqueda más rara que he hecho en mi vida

Siempre pienso que las búsquedas que estoy haciendo para la traducción del momento son las más raras. Con libros en mi haber como *La otra Venecia, Breviario Mediterráneo, Lección de anatomía, Nuestro pan de cada día, Zorro o Baba Yagá ha puesto en huevo,* por citar algunos, ¿cómo elegir la búsqueda más rara si todos han necesitado miles de horas de búsqueda? Lo mejor

es que en estas búsquedas no hemos estado solos Tihomir y yo, sino que siempre hemos contado con la ayuda de colegas y de la lista interna de ACE Traductores, capaces de encontrar lo buscado por los vericuetos más inverosímiles.

OLIVIA DE MIGUEL, ENTREVISTA DE ANA ALCAINA

Olivia de Miguel es licenciada en Filología Anglogermánica por la Universidad de Zaragoza y doctora en Teoría de la traducción por la Universidad Autónoma de Barcelona. Traductora literaria con diversas obras publicadas de autores clásicos y modernos de la literatura inglesa, norteamericana e irlandesa (Orwell, H. James, J. Stephens, Joan Didion, Willa Cather, e e cummings, G.K. Chesterton, Kate Chopin, Marianne Moore y Virginia Woolf entre otros). Creadora del Máster en Traducción literaria y audiovisual del que es codirectora, así como del postgrado de traducción literaria on line de BSM-Pompeu Fabra. Ha sido profesora titular (1992-2013) de la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad Pompeu Fabra y vicepresidenta de la junta rectora de ACE Traductores. Premio Ángel Crespo de traducción 2006 por *Autobiografía*, de Chesterton, y Premio Nacional de Traducción 2011, por *Poesía Completa*, de Marianne Moore. Actualmente se ocupa de la traducción al castellano de los cinco volúmenes de *Diarios* de Virginia Woolf, tres de los cuales ya han sido publicados por la editorial Tres Hermanas.

Ana Alcaina**: Empecemos por el principio: naces en La Rioja, estudias la carrera de Filología Anglogermánica en Zaragoza y te instalas en Barcelona, de donde prácticamente ya no te has movido (más allá de tu paréntesis en Irlanda y tus incursiones habituales en las tierras del Ebro). ¿Cómo fue tu llegada y tus primeros años en Barcelona? ¿Fue aquí donde tuviste el primer contacto con la traducción literaria? ¿Cómo fue ese primer contacto?**

Olivia de Miguel: Llegué a Barcelona en 1978 y los primeros años, con una niña pequeña y mi novio en la mili, fueron bastante duros. No conocía la ciudad y no tenía familia ni amigos, pero afortunadamente había trabajo y cuando terminé la carrera, lo encontré inmediatamente en una buena escuela. Trabajé durante seis años como profesora de inglés en secundaria y durante ese tiempo empecé a pensar en traducir literatura, algo que había deseado hacer desde antes de llegar a Barcelona, pero que por mis circunstancias no había podido abordar. Como no conocía el mundo editorial ni el modo de acceder a él, a principios de los 80 decidí matricularme en un curso de traducción literaria en el Instituto Norteamericano impartido por el traductor, ensayista y poeta, Sam Abrams. El encuentro fue providencial para mí, porque creyó que tenía madera de traductora, me animó a traducir

y me presentó a dos de las autoras fundamentales en mi actividad como traductora: Kate Chopin y Marianne Moore.

Ana Alcaina: Fuiste profesora de Secundaria, has sido profesora titular de Traducción de inglés al castellano en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y, además, coordinadora y profesora del Máster de Traducción Literaria y Audiovisual de la BSM-UPF**. ¿Cómo has compaginado a lo largo de los años tu carrera académica con la traducción editorial? ¿Cómo has vivido tu paso por la Academia? ¿Qué ha supuesto para ti la enseñanza? ¿Echas de menos a tus alumnos? Y, lo más importante: ¿cómo les enseñabas a traducir?**

Olivia de Miguel: La traducción y la docencia han sido dos profesiones que he compartido y ejercido siempre en paralelo; en realidad, este es el primer año que no imparto clases y solo traduzco. La enseñanza, tanto la secundaria como la universitaria, ha sido para mí fuente de gran satisfacción y enriquecimiento personal, un trabajo que me ha obligado a mantenerme alerta y en interacción constante con mis alumnos. Creo que he sido muy afortunada en la respuesta que he recibido por su parte a lo largo de estos años y sigo manteniendo la amistad con algunos de ellos. Además, con otros han surgido también relaciones laborales y de cooperación intelectual, como sucede en el Máster de Traducción Literaria que puse en marcha hace casi 20 años y en el que colaboran exalumnos de la facultad y del máster.

Para mí han sido dos tareas complementarias que han alimentado mi Jekill y mi Hyde; me han permitido que la parte más social, expansiva, comunicativa y extrovertida pueda convivir con la solitaria, obsesiva y silenciosa que también soy. Al mismo tiempo, la compaginación de las dos actividades y la tranquilidad en el aspecto económico que proporciona un trabajo fijo me han permitido elegir los textos que traducía. No obstante, no hay nada perfecto y si bien mis alumnos y la docencia los he disfrutado y, como decía, han sido fuente de satisfacción, no puedo decir lo mismo de la Academia como institución, con sus miserias, zancadillas y ramplonería. En fin, ese ha sido el peaje, nada nuevo, aunque siempre sorprenda encontrar esos vicios en un ámbito dedicado a la educación. Afortunadamente también ha habido colegas espléndidos y momentos para recordar.

A mis alumnos no los echo de menos. El año pasado llegó un momento en el que entendí que debía dejar las clases. Por primera vez en cuarenta años los sentí ajenos, lejos, me aburrían y seguramente yo también a ellos. Se acabó y me alegro de que así fuera. En cuanto a la última pregunta, creo que lo que les enseñaba fundamentalmente es a leer en profundidad, a poner en relación lo que leían con otros textos de cultura, y no solo literarios, y a sospechar permanentemente del texto.

Ana Alcaina: ¿Cuál ha sido tu mayor satisfacción como docente? ¿Y cuál ha sido tu asignatura favorita de todos los tiempos?

Olivia de Miguel: Ver a mis estudiantes romper el cascarón e insertarse en la vida adulta con sus trabajos en editoriales, como traductores, profesores, o en instituciones internacionales; verlos convertidos en doctores, leer sus artículos y saber de sus éxitos. En cuanto a la asignatura más interesante, la traducción literaria ha sido la disciplina que me ha permitido reunir dos ámbitos de estudio que me apasionan: la literatura y la traducción, y me ha dado la posibilidad de hablar y relacionar contenidos de disciplinas muy distintas.

Ana Alcaina: No sé si conoces esas páginas web donde los alumnos reproducen frases dichas en clase por sus profesores que, por ocurrentes, por escandalosas o por ilustrar la personalidad del profesor, les resultan memorables. Parece ser que, en tu caso, una frase memorable dicha por ti para tus alumnos fue: «Los traductores somos la esquizofrenia personificada». ¿Por qué crees que les ha impactado tanto esa frase y cuál sería para ti una de tus frases memorables, pensando sobre todo en las veces que has tenido que repetirla en clase, delante de esos traductores en ciernes?

Olivia de Miguel: No lo sé. A veces, los alumnos archivan en su memoria algunas expresiones de sus profesores que por algún motivo les hacen gracia. Con la esquizofrenia me refería a ese desdoblamiento entre lenguas y culturas al que el traductor se ve sometido. Quizás mi frase y recomendación más repetida haya sido «Hay que sospechar del texto» para prevenir a los estudiantes de las lecturas ingenuas que muchas veces les llevan directamente al error y otras a la falta de matices en su traducción. Los textos no son

transparentes, vienen de algún sitio, se incluyen en una tradición, se relacionan con otros textos culturales.

Ana Alcaina: En 2011 obtienes el Premio Nacional por la traducción de *Poesía completa de Marianne Moore***. ¿Qué ha supuesto esta autora en tu vida, cómo llegaste a ella (o cómo llegó ella a ti) y qué supuso para ti este premio en su momento?**

Olivia de Miguel: Como ya dije al inicio de la entrevista, fue el profesor Abrams quien me puso en contacto con Moore e insistió en que la leyera. La primera vez que lo hice no entendí nada y, un poco contrariada, me dispuse a devolverle el libro; sin embargo, cuando lo hice, él insistió en que lo volviera a intentar. Debió de pensar en el poeta Randall Jarrell que, a propósito de los poemas de Moore, decía: «No los entiendo del todo, pero me encanta lo que entiendo y, lo que no entiendo, me gusta todavía más». Como Auden, que tampoco los entendía, aunque se «sentía atraído por aquel tono de voz», yo también insistí, y su lectura me llevó a investigar, a estudiar la vida de algunos animales, a conocer plantas y bestiarios medievales, a ejercitarme en la contención expresiva, en la reticencia, en la elipsis y, finalmente, a traducirla. Primero, preparé una antología que titulé *Pangolines, unicornios y otros poemas* y que Jaume Vallcorba, a pesar de saber que era un libro de venta difícil, publicó en 2005. Tiempo después, Andreu Jaume que había leído la antología me propuso traducir su *Poesía completa* para Lumen, que obtuvo, como bien dices, El Premio Nacional en 2011. El premio supuso el colofón a una larga y continuada *love story* con la poesía de Marianne Moore, una poeta esencial que merecía tener al fin en castellano una edición de su poesía completa preparada con mimo, dedicación, calma y supongo que algún acierto.

Ana Alcaina: Anteriormente ya habías ganado el Ángel Crespo por la *Autobiografía* **de Chesterton. Si te dan a elegir, ¿traducción de prosa o de poesía? ¿En qué medida sufres o disfrutas traduciendo poesía?**

Olivia de Miguel: Pues el disfrute o el sufrimiento dependen del texto y no tanto del género. La única diferencia para traducir uno u otro es mi mayor tolerancia con la prosa. Una novela o un ensayo pueden tener pasajes, páginas e incluso capítulos que flaqueen y los puedo traducir tranquilamente, con gusto, diríamos que profesionalmente, pero un

poema tiene que ser espléndido o al menos yo tengo que establecer una relación emocional o estética profunda con él; si no es así, no me funciona ni me interesa traducirlo. Cuando esa relación se da, el disfrute es incomparable.

Ana Alcaina: Fuiste vicepresidenta de la junta de ACE Traductores de 2010 a 2015. Anteriormente ya habías formado parte de la junta de ACEC, de modo que podríamos decir que estás curtida en las lides reivindicativas de los derechos de los traductores literarios. A partir de tu experiencia y en comparación con otras épocas pasadas, ¿cómo ves el panorama actual, tanto en el asociacionismo como en la propia situación laboral del conjunto de la profesión?

Olivia de Miguel: Creo que el asociacionismo ha cambiado radicalmente la forma de enfocar la profesión. A mediados de los 80, cuando yo empecé, la traducción era algo muy *amateur*, y no creo que lo *amateur* tenga un estatus inferior a lo profesional, pero son aproximaciones distintas a un mismo objeto y que no están necesariamente ligadas. Creo que el asociacionismo ha sido fundamental no solo para conseguir mejoras laborales, sino también para el modo en el que el traductor vive la profesión como colectivo y no como simple individualidad atomizada. De todas formas, queda mucho trabajo por hacer y muchos logros que conseguir; es fundamental insistir en la importancia del traductor en el proceso y resultado final del libro, en el reconocimiento de su autoría, en una mejor retribución de su trabajo, en la posibilidad de que controle la tirada y venta real de sus libros; en fin, creo que la situación ha mejorado, pero hay que seguir batallando para tratar de eliminar la tremenda precariedad de la profesión.

Ana Alcaina: La editorial Tres Hermanas **te encarga en 2017 la traducción de los *Diarios* de Virginia Woolf. ¿Qué satisfacciones te da traducir a la Woolf y qué disgustos? ¿Cómo has vivido estos años, inmersa en su mundo y en su cabeza?**

Olivia de Miguel: Este ha sido uno de los encargos más bonitos que me han hecho nunca y también el que ha requerido por mi parte más aliento. Los *Diarios* son cinco volúmenes de casi 600 páginas cada uno, con muchos tonos distintos porque están escritos a lo largo de casi 20 años, y en los que, además de asistir a la evolución y crecimiento de una escritora

y una mujer como Virginia Woolf, con sus comentarios sobre escritores y artistas y sobre su propio proceso creativo, asistimos a un desfile de personajes, acontecimientos literarios, políticos y sociales que han sido decisivos en la historia cultural y política del siglo xx. Quiero decir que, entre muchas otras cosas, hay que estar muy atenta a la enorme cantidad de referencias de todo tipo que aparecen en estos diarios y documentarse adecuadamente. Por suerte, este encargo me llegó en un momento en el que ya había dejado las clases en la Facultad y puedo traducirlos con mucha más tranquilidad.

Ana Alcaina: No puede ser casualidad que, como dices, Kate Chopin marque el comienzo de tu carrera como traductora literaria, Marianne Moore señale otro hito en el camino y ahora, Virgina Woolf te acompañe a todas horas. Siendo todas mujeres, ¿qué han supuesto estas autoras para el movimiento feminista y qué ha supuesto y supone el feminismo para ti?

Olivia de Miguel: Pues no, no es casualidad. Es cierto que he traducido autores y autoras y he disfrutado con unos y otras de manera similar, pero las autoras que citas junto con Joan Didion y Willa Cather me han abierto vías de pensamiento no solo como escritoras, sino también como mujeres que adoptaron papeles y perspectivas muy distintos respecto a la literatura y su posición en ella. Algunas de estas autoras, principalmente Virginia Woolf, son iconos del feminismo moderno, aunque no sé si *Una habitación propia*, *Tres guineas* u *Orlando* son obras leídas masivamente. ¡Ojalá lo sean! Pero Kate Chopin, cuya novela *El Despertar* traduje en los 80 por primera vez en España y por propia iniciativa, también es revolucionaria cuando, a la muerte de su marido, empieza a escribir su obra en la mesa de la cocina de su casa, rodeada de hijos, y se atreve a tocar tabúes sociales intocables como el peso de la maternidad. Y de una manera irónica, reticente y contenida, Moore construye un personaje que rompe clichés, también los del feminismo más ortodoxo.

Para mí el feminismo es un modo de estar en el mundo que muchas veces no tiene que ver con el sexo ni el género. Es la conciencia de la historia de marginación de las mujeres en el espacio público, en el uso de su propio cuerpo, en el control de su fertilidad, en la consideración como seres de segunda, sentimentales, histéricas, seres con el pelo largo y las ideas cortas, y explotables en función de su sexo. Para mí, el feminismo es parte de mi propia conciencia, no es una colección de consignas fáciles y victimistas, e incluye

necesariamente la autocrítica, la indagación en la parte de responsabilidad que tenemos en lo que nos sucede.

Ana Alcaina: Estás, imagino, satisfecha con tu carrera profesional. ¿Cómo te definirías a ti misma como traductora?

Olivia de Miguel: No sé si satisfecha es la palabra. Cuando pienso en tantas personas que hacen trabajos que no les gustan, embrutecedores, aburridos o peligrosos, me siento contenta y agradecida por haber podido ganarme la vida en dos actividades que me han gustado y que he podido elegir. Como traductora soy una *amateur*, en el sentido original del término, pero como, además de amar mi tarea, cobro por ella, diría que soy una profesional *amateur*, en ese orden, porque lo de *amateur* profesional podría dar lugar a equívocos.

Ana Alcaina: Por último, no podemos rehuir el tremendo impacto que la situación en la que estamos, producida por la pandemia del coronavirus, va a tener sobre nuestro gremio. ¿Cómo has sobrellevado el confinamiento y cómo ves tú el panorama que se abre (o se cierra) para los traductores de libros?

Olivia de Miguel: Ojalá supiera cómo se puede rehuir o aminorar ese impacto, pero habrá que echarle grandes dosis imaginativas para seguir adelante. Yo soy de las que creen que el mundo no será mejor después de esto y que como sociedad no aprendemos absolutamente nada. Solo lo hacen algunos individuos y desgraciadamente el mundo de la cultura sufrirá doblemente en esta crisis que se avecina, porque quienes controlan el mundo no la consideran un bien esencial. Temo el impacto que pueda tener en las pequeñas editoriales independientes y en las librerías que pueden verse forzadas a desaparecer. Los grandes grupos aprovecharán la pandemia para recortar tarifas como sucede en todas las crisis y muchos traductores tendrán que buscar alternativas de trabajo. No soy optimista en un corto plazo, pero a medio plazo seguro que remontaremos y saldremos adelante. No iba a acabar un virus con uno de los dos oficios más viejos del mundo.

DEL AMIGO, EL CONSEJO: ENTREVISTA A CARLOS MAYOR

Continuamos en esta serie de entrevistas breves originada en el número 43, en esta ocasión con el traductor Carlos Mayor, traductor de narrativa, ensayo, novela gráfica y libro ilustrado, además de periodista y profesor del Máster en Traducción Literaria y Audiovisual de la Universidad Pompeu Fabra. Ha traducido obras de Doris Lessing, Gianni Rodari, Vita Sackville-West, Emilio Salgari, Thomas Hardy, John Steinbeck, Carlo Collodi, Oscar Wilde o Rudyard Kipling y en el 2017 ganó el Premio Esther Benítez. Sus últimas traducciones publicadas son *Persépolis* de Marjane Satrapi (Reservoir Books) y *La fuente de la autoestima* de Toni Morrison (Lumen).

Un libro sobre traducción

El que recomendaría con más fervor es *Is That a Fish in Your Ear? Translation and The Meaning of Everything*, de David Bellos (Faber & Faber, 2011), traducido al español por Vicente Campos con el título de *Un pez en la higuera* (Ariel, 2012). Sorprendente y a menudo fascinante, es un manual para entender el mundo y la condición humana siguiendo la pista de ese proceso en apariencia milagroso que es la traducción.

Una traducción favorita

Recuerdo con especial cariño una colección juvenil de clásicos universales (o sea, de clásicos en su mayoría traducidos) de Anaya. Se llamaba Tus Libros y mis padrinos me los iban regalando todos los años los lunes de Pascua junto con la tradicional mona de chocolate. Ahí leí *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne traducido (según veo ahora) por María del Rosario Arocena, *Frankenstein* de Mary Shelley traducido por María Engracia Pujals Gesalí, *Otra vuelta de tuerca* de Henry James traducido por Ramón Buckley y mi preferido: *Ella* de H. Rider Haggard traducido por José Agustín Mahieu.

Un diccionario

Me gusta consultar constantemente diccionarios monolingües y bilingües y a veces pienso que cuanto más voy aprendiendo más dependo de ellos. Suelo tener varios abiertos a la vez, últimamente casi todos digitales, y salto de uno a otro. Uno que solo tengo en papel, que en su día me leí de pe a pa y que ya he recomendado alguna otra vez es el *Diccionario de*

dificultades del inglés de Alfonso Torrents de Prats (Juventud, 1989), que es prácticamente un manual de traducción de bolsillo.

Cuando traduzco las novelas de policías y ladrones de Andrea Camilleri, me ayudan mucho dos diccionarios antiguos, el *Nuovo vocabolario siciliano-italiano* de Antonino Traina (Giuseppe Pedone Lauriel, 1868) y el *Dizionario siciliano-italiano* de Michele Pasqualino revisado por Rosario Rocca (Pietro Giuntini, 1839), además del reciente *Il grande dizionario di spagnolo* de Rossend Arqués y Adriana Padoan (Zanichelli, 2012), que ha supuesto un antes y un después en los diccionarios bilingües español-italiano.

La búsqueda más rara que he hecho en mi vida

Como todos los traductores, hago muchas búsquedas peregrinas y, aunque las nuevas tecnologías lo han cambiado todo, lo cierto es que sigo pasando mucho tiempo en bibliotecas, sobre todo en las de los museos. Lo que sí ha disminuido en los últimos años es la necesidad de acudir a tiendas o grandes almacenes a hacer consultas o toquetear objetos de lo más inverosímil.

Sin embargo, hará cosa de un mes tuve que ir a la vetusta armería de mi barrio, que tantas veces había contemplado con una mezcla de intriga y repulsión. En el tebeo que estaba traduciendo, un entrañable camorrista acababa de regalarle un King Cobra a su hijo por su cumpleaños (ah, el amor paternal) y en las explicaciones que le daba en italiano me salía un término que no conseguía encontrar. La armería estaba sorprendente y alarmantemente concurrida y el maestro armero fue amabilísimo. Entendí por qué el diseño de ese revólver atenúa el retroceso, me dijo el nombre de la pieza en cuestión y salí de allí por piernas.

DEL AMIGO, EL CONSEJO: ENTREVISTA A AMELIA SERRALLER CALVO

Continuamos esta serie de entrevistas breves originada en el número 43, esta vez con **Amelia Serraller Calvo,** profesora y traductora técnica y literaria del polaco, el inglés y el ruso. Colaboradora del Área de Filología Eslava en la Universidad Complutense, trabajó previamente como profesora en el Departamento de Iberística de la Universidad de Breslavia. En 2015 defendió su tesis doctoral *¿Literatura o periodismo? La recepción de la obra de Ryszard Kapuściński*, premiada con el primer Premio Embajador de Polonia en Humanidades. Es autora del ensayo *Cenizas y fuego: crónicas de Ryszard Kapuściński* (Ediciones Amargord), de la edición crítica de *Fugaces* de Sofía Casanova y del blog *Operación Este* en *FronteraD.* Recibió la Medalla Gloria Artis 2018 por su labor como difusora de la literatura polaca, entre sus autores traducidos figuran los rusos Vladímir Sorokin, Aleksandr Pushkin y Nikolái Chernyshevski, así como los polacos Józef Wittlin, Jan Polkowski, Anna Augustyniak, Marcin Kurek y Piotr Bednarski.

Un libro sobre traducción

Lo cierto es que mi texto de cabecera es muy breve: el soneto *Al examinar por vez primera a Homero en versión de Chapman* (*On first looking into Chapman´s Home*r) de John Keats. Al hacerse por fin con una buena traducción, el poeta inglés experimenta la euforia de un astrónomo que descubre un nuevo planeta. Leer supone entonces vivir una peligrosa aventura y enfrentarse a lo desconocido, como Hernán Cortés y sus hombres cuando llegaron a México.

Aunque he aprendido mucho con las disquisiciones de Lawrence Venuti sobre extranjerizar o domesticar y la invisibilidad del traductor, quería recomendar un libro de ficción: *Los palimpsestos* de Aleksandra Lun. Es una novela vibrante, ingeniosa, llena de humor, que aborda con clarividencia y sin pretensiones el tema de las identidades complejas. Y con el mérito añadido de ser escrito por la única escritora polaca de la literatura española.

Una traducción favorita

Una traducción que sin duda me dejó huella fueron los *Cuentos rusos* prologados por Borges para Siruela y traducidos por Isabel Vicente (*La muerte de Iván Ilich* de Tolstói, *Lázaro* de Andréiev y *El cocodrilo* de Dostoyevski).

Leyendo *La defensa* de Nabókov a cargo de Sergio Pitol o *El duelo* de Joseph Conrad traducido por Arturo Agüero Herranz uno tiene la sensación de volar de una página a otra, como si nos estuvieran engañando con originales.

Un diccionario

El Diccionario del uso del español de María Moliner, sin duda, con el que crecí. De polaco, los dos volúmenes del *Wielki słownik hiszpańsko-polski* que publicó Oskar Perlin, ampliado por su hijo Jacek y revisado por Roberto Mansberger, son todo un clásico que durante años llenó un inmenso vacío. Algo parecido ocurría con los de Rubiños, fiel reflejo de la mentalidad soviética. Ambos necesitan ser complementados por un monolingüe y una actualización que refleje los cambios en el habla.

Con los años cada vez aprecio más los temáticos. En especial, El *diccionario de símbolos* del poeta Juan Eduardo Cirlot y el *Diccionario Akal de literatura general y comparada*, al cuidado de Greiner Mai.

La búsqueda más rara que he hecho en mi vida

El traductor tiene mucho de historiador y detective. Con Piotr Bednarski o Varlam Shalámov me adentré en la jerga del *gulag,* que con la de los campos de exterminio nazis es lo que más huella deja. No solo aprendes términos concretos, que te transportan a otro universo de delirantes rutinas y mentalidades, sino también cómo fabricar prótesis o distinguir los tipos de úlceras y llagas.
En especial disfruté con la jerga criminal varsoviana del barrio obrero de Czerniaków, que tan bien plasma Stanisław Grzesiuk, o con el lenguaje cifrado de la resistencia judía en el Archivo clandestino del gueto de Varsovia, del gran Emanuel Ringelblum.
Me fascina el cirílico uncial del antiguo eslavo, aunque desde los años de la carrera mantengo una relación de amor-odio con el glagolítico, voluntariamente criptográfico para evitar las acusaciones de herejía.

Eso sí, la búsqueda más surrealista probablemente fuese un documento del Gran Khan Guyuk, el nieto del temible Gengis, en antiguo mongol con grafía árabe… al menos por ahora.

A PROPÓSITO DE UN TUIT: ENTREVISTA A FERNANDO ARAMBURU, POR CARLOS GUMPERT

A propósito de un reciente tuit de ***Fernando Aramburu****, en el que alababa a los editores que consignan en la cubierta de los libros el nombre de quienes los traducen, lógicamente muy celebrado por los traductores y no solo por ellos, VASOS COMUNICANTES le ha mandado unas preguntas a las que ha tenido la amabilidad de responder:*

En el tuit: fotografía de la cubierta de los Cuentos*, de Thomas Wolfe, traducción de Amelia Pérez de Villar para Páginas de Espuma;* La librería*, de Penélope Fitzgerald, traducción de Ana Bustelo para Impedimenta;* Clásicos para la vida*, de Nuccio Ordine, traducción de Jordi Bayod Brau para Acantilado.*

Carlos Gumpert: ¿Cómo surgió ese tuit? ¿Por qué le parece importante visibilizar la labor de los traductores, como le agradecían muchas de las respuestas que recibió en Twitter?

Fernando Aramburu: Recibí por correo, en mi ciudad alemana de residencia, un ejemplar de los ***Cuentos*** **de Thomas Wolfe,** recién publicados en la editorial Páginas de Espuma. Ya antes de leer una línea, llamó mi atención lo bien editado que está el libro. Fue entonces cuando quise cerciorarme, digamos como última prueba de calidad, de si el nombre del traductor, en este caso de una traductora, figuraba en la cubierta, como así era. De la comprobación al tuit transcurrieron apenas unos segundos. Por lo demás, no me complace la palabra «visibilizar» en el contexto que nos ocupa. Quiero decir que no se trata tan solo de dar presencia en la tapa al traductor. Parece que nos gusta obviar el hecho fácilmente demostrable de que, cuando nos adentramos en una traducción, leemos la obra del traductor, no la del escritor original, aun cuando este se lleve la tajada mayor del mérito. Se trata, pues, no solo de reconocerle al traductor su parte de autoría, sino de no escatimarles un dato esencial a los lectores.

Carlos Gumpert: Usted mismo tiene cierta experiencia como traductor. ¿Aprecia alguna influencia de ello en su escritura?

Fernando Aramburu: La respuesta es sí. Claro que debería precisar que yo no he ejercido con regularidad el oficio de traductor. Con la salvedad de un par de encargos, traduje textos de un alto voltaje literario, en más de un caso elegidos o propuestos por mí al editor. Los traduje por vocación literaria, tratando de manera consciente de estudiar la técnica de escritura de autores alemanes de mi interés. Uno de ellos, **Arno Schmidt**, dejó huellas no difícilmente rastreables en algunas novelas mías. Hallé en este difícil escritor recursos que, con posterioridad, desarrollados a mi manera, me fueron altamente útiles para mi propia literatura.

Carlos Gumpert: Y, al contrario, claro, ¿qué relación mantiene con sus traductores extranjeros?

Fernando Aramburu: Nunca les niego mi ayuda. Los hay que me envían ristras de preguntas sobre dudas textuales que con gusto les resuelvo. Con mi traductor alemán llegué a reunirme en un local y estuvimos varias horas repasando páginas. Otros prefieren despachar el trabajo por su cuenta, sin solicitar mi colaboración o mi visto bueno. A muchos ni los conozco.

Carlos Gumpert: ¿Tiene algún traductor de cabecera? ¿Le orienta en ocasiones el nombre del traductor a la hora de elegir sus lecturas?

Fernando Aramburu: Tanto como de cabecera no, aunque hay nombres que me inspiran una inmediata confianza. Ya de joven solo leía a Dostoyevski en la prosa de **Augusto Vidal.** Me quedó la costumbre de comprobar la identidad de los traductores cuando hojeo obras de autores extranjeros en las librerías. Y aunque me sea desconocida la lengua del autor, es improbable que no note si la prosa de la traducción tiene o no calidad. Ya lo decía **Miguel Sáenz**: un traductor debe dominar antes que nada la lengua de llegada, que en muchos casos suele ser la suya materna.

Fernando Aramburu Irigoyen (San Sebastián, 1959) está ya considerado como uno de los narradores más destacados en lengua española. De entre sus obras destacan *Los peces de*

la amargura (2006, XI Premio Mario Vargas Llosa NH, IV Premio Dulce Chacón y Premio Real Academia Española 2008), *Los ojos vacíos* (2000, Premio Euskadi), *Años lentos* (2012, VII Premio Tusquets Editores de Novela y Premio de los Libreros de Madrid) y *Ávidas pretensiones* (Premio Biblioteca Breve 2014). Su novela *Patria* ha sido merecedora de unánime reconocimiento (Premio Nacional de Narrativa, Premio de la Crítica, Premio Euskadi, Premio Francisco Umbral, Premio Dulce Chacón, Premio Arcebispo Juan de San Clemente…).

PALABRA DE LIBRERO: ENTREVISTA A ERIC DEL ARCO, DE LA LIBRERÍA DOCUMENTA

Inauguramos esta serie de entrevistas breves, que siguen el formato de nuestra sección «Del amigo, el consejo», con las respuestas de ***Eric del Arco****, responsable de la librería Documenta de Barcelona (Pau Claris 144), a nuestras preguntas sobre la lectura y los libros traducidos. Porque #TodoEmpiezaEnUnaLibrería.*

ACE Traductores trabaja, entre otras cosas, por defender los derechos de los traductores de libros y por que se reconozca la importancia cultural de su labor. ¿De qué manera te parece que las librerías pueden ser aliadas de los traductores en sus reivindicaciones?

Una de las mejores maneras de reconocer su trabajo es citándolos siempre junto al libro, autor y editorial cuando estemos comentando los libros en las redes sociales o en los actos que se realicen en la librería. Eso los vuelve visibles y a la vez refleja lo indispensables que son los tradutores.

¿Qué libro traducido marcó tu infancia o adolescencia?

En casa siempre hemos comentado como un hito la traducción de *Las aventuras de Guillermo* de Guillermo López Hipkiss. El hecho de que este personaje solo triunfara en su país de origen y en España indica que el traductor supo transmitir algo especial que permitió a un público español conectar de manera especial con un ambiente puramente inglés.

¿Cuál fue el libro que te hizo cobrar conciencia de la labor de los traductores, de estar leyendo palabras extranjeras que alguien había reescrito en tu idioma?

Especialmente las traducciones de Saramago que realizó Basilio Losada. Me quedo con *Memorial del convento*, *El año de la muerte de Ricardo Reis* y *El Evangelio según Jesucristo*.

¿Qué libros, autores, géneros o temas asocias con algún traductor en concreto?

Por haber sido profesora mía en Teoría de la literatura, siempre me fijo en las traducciones de lenguas nórdicas de Carolina Moreno.

¿Cuál es la traducción más curiosa que te han pedido?

No recuerdo ninguna en especial, pero sí que la pregunta es recurrente: ¿qué traducción me recomiendas? A menos que haya una respuesta obvia, la idea que transmitimos es que la mejor traducción es la que nos haga sentir mejor con la lectura. Y para ello lo mejor es leer

comparativamente las dos primeras páginas. Puede llevarnos al error, pero normalmente funciona.

¿Cómo influyen las traducciones en los libros que encargas y que recomiendas en la librería? ¿En qué medida crees que los lectores se fijan en la traducción a la hora de comprar un libro de un autor extranjero?

Hay quien lo mira como un detalle importante. Se nota por ejemplo cuando se puede elegir entre la edición en catalán y en castellano. En este caso, en que realmente algunos lectores pueden elegir, hay quien se declara seguidor de un traductor frente a otro por las soluciones que ha encontrado.

En España hay varios premios que reconocen la labor de los traductores de libros, como el Premio Nacional a la Mejor Traducción, el Esther Benítez o el Ángel Crespo. ¿Los conoces? ¿Sueles enterarte de los fallos? ¿Sueles destacar las obras ganadoras en la librería? Si no lo has hecho hasta la fecha, ¿te animarías a hacerlo a partir de ahora?

Podría hacerlo. Pero necesitaría tener referencias claras de qué premios tienen realmente un jurado libre. La verdad es que quedan diluidos en el mar de información que recibimos cada día. No solo son las 10.000 novedades que entran anualmente en la librería, sino todos los correos electrónicos anunciando más novedades, premios, entrevistas… El nivel de información es tal que no podemos quedarnos con todo. Y probablemente los anuncios de los premios de traducción no tienen la repercusión que deberían tener.

Sobre la librería

En **1975**, Documenta abrió sus puertas dispuesta a ser una librería diferente, especializada en **literatura**, **arte** y **ciencias humanas**. Los libros serían en **catalán**, **castellano**, **inglés** y **francés**. La calidad debía primar sobre otros criterios. Han pasado más de **40 años** y seguimos manteniendo el proyecto y la línea que nos ilusionó: todavía hay mucho camino por hacer en defensa de los buenos libros de arte, historia, antropología, filosofía y literatura.

Desde 1980, convocamos el **Premi Documenta**, actualmente en colaboración con **L'Altra Editorial**, destinado a autores y autoras jóvenes, menores de 35 años.

Puedes estar al tanto de las novedades de la librería en sus redes sociales:

- Facebook
- Twitter

- Instagram
- YouTube

DEL AMIGO, EL CONSEJO: ENTREVISTA A ÍÑIGO SÁNCHEZ PAÑOS

Continuamos la serie de entrevistas breves originada en el número 43, en esta ocasión con **Íñigo Sánchez Paños, traductor del francés al español y del español al francés;** trabaja casi siempre con **Elena-M. Cano**; empezó en la enseñanza de la traducción en 1979 (IULMyT, UAX, CES Felipe II-UCM); ha traducido, solo o en equipo, a **François Rabelais, Isabelle de Charrière, Alain Finkielkraut, Françoise Mallet-Joris, Jean-François Lyotard, Dani Laferrière, Gilles Kepel, Blanca Andreu, Lola Velasco, Ramón Buenaventura…** Es ferviente defensor de la **traducción a cuatro manos**, de la posibilidad de teorizar sobre la traducción y su enseñanza, de la revisión y la autorrevisión como pasos indispensables en el proceso traductor.

Un libro sobre traducción

¿Vale uno (muy) superado hoy por el costado comparatista? Me refiero a ***Teoría y práctica de la traducción,*** **de Valentín García Yebra**. Fue el primero que leí y subrayé, el primero que me sedujo, el primero con el que entendí que puede teorizarse sobre la traducción. Y sobre su enseñanza. Luego, ***Interpréter pour traduire,*** **de Danica Seleskovitch y Marianne Lederer,** me llevó suavemente hacia otro enfoque de la traducción y, sobre todo, de cualquier intento de enseñar a traducir, que ha sido lo que me ha ocupado durante más de treinta años. Me queda en lo íntimo del almario un libro nunca escrito, al alimón con todos mis alumnos y compañeros de brega, un libro que siempre he tenido presente.

Una traducción favorita

Dejando a un lado las traducciones de amigos y familiares, difícil, por el aquel del afecto. Pero, visto que no se especifica si por buena o por otra razón, tengo dos que me dieron, por contrarreacción, muchísimo (y agradecido) juego en clase y en charlas y charletas y en barras de bar… La primera —la genuina, no la modificada luego al hilo de las incontables críticas que ha ido recibiendo— que hizo del ***Petit Prince*** **Bonifacio del Carril**; y **no pocas de las aventuras de Astérix,** de traductores varios. Estas últimas, entre aciertos y desatinos, son fuente inagotable de regocijo. Las más de las veces, con cierta pena. En cualquier caso, me obligaron a cavilar. Y eso es siempre impagable.

Un diccionario

¿Un solo diccionario? Imposible, claro. Sobre todo, teniendo en cuenta la fuente inagotable que es la posibilidad de consulta en línea de muchísimos de ellos. Por lo que tuvo de normativo y aspira a tener hoy de práctico, a pesar de todas sus deficiencias, **sigo con el DRAE. Más aún con su aplicación «Enclave».**

Mencionaré también el de ***Autoridades.*** Un auténtico peligro. Y más aún en sus cuatro volúmenes en papel… Cada vez que, desatendiendo mis propias llamadas a la prudencia, caigo en la tentación de abrirlo: sé que no saldré ni fácilmente ni indemne de su red de términos y definiciones sabrosas.

La página ***The Free Dictionary*** saca de apuros y facilita la consulta de muchos diccionarios al mismo tiempo.

La búsqueda más rara que he hecho en mi vida

Después de haber traducido —siempre con Elena-M. Cano— bastantes libros de escaso lucimiento, pero de documentación agotadora (ensayos, filosofía, historia…), creo que tengo en «el zurrón de la memoria» unas cuantas búsquedas raras. En particular, por el empleo tirando a caprichoso que hacen no pocos autores de términos y fraseología que, en teoría y por cosa de la especialización, deberían ser técnicos y de un solo sentido. Aunque, pensándolo mejor, son, más que búsquedas raras, difíciles.

Raro de verdad, los signos y símbolos que emplea Nostradamus en su libro de afeites y recetas… traducción que proyectaba hacer con Pedro Gomis, alumno, compañero y amigo querido, que me dejó solo una mañana, sin llegar siquiera a despedirse…

CRÍTICA

SYMPATHY FOR THE TRAITOR. A TRANSLATION MANIFESTO, DE MARK POLIZZOTTI.

Sympathy for the Traitor. A Translation Manifesto, Mark Polizzotti Cambridge/Londres: The MIT Press, 2018. xvi + 182 páginas

[La edición en español se publicó unos meses después de la redacción de esta reseña: *Simpatía por el traidor. Manifiesto por la traducción*, Mark Polizzotti. Madrid: Trama Editorial, 2020. 168 páginas. Traducción de Íñigo García Ureta].

David Paradela

Mark Polizzotti ha cultivado el ensayo, la poesía y la biografía (en castellano disponemos de su monumental *La vida de André Breton*), pero su faceta que aquí nos interesa es la de traductor al inglés de autores como Gustave Flaubert, Raymond Roussel, Marguerite Duras o Patrick Modiano. Y es que *Sympathy for the Traitor* pertenece a ese género joven —aunque ya consolidado— que es el *memoir* de traductor, nacido hace algo más de quince años con *If This Be Treason* de Gregory Rabassa (con el permiso de Douglas Hofstadter y su muy peculiar *Le Ton Beau de Marot*), y al que posteriormente se han sumado los libros de Edith Grossman, David Bellos, Franca Cavagnoli o, ya en España, Javier Calvo y Amelia Pérez de Villar.

Polizzotti trata muchos de los temas que forman parte de las convenciones del género: la apología del hecho traductor, el papel del traductor como autor, la relación entre traducción y comunicación cultural, la caducidad de las traducciones o las dificultades específicas de determinados géneros o autores (el cap. 8 incluye una interesante discusión sobre cómo enfrentarse a las constricciones y los juegos de palabras de Perec, Queneau o Brisset). Hay que decir que la parte apologética peca en ocasiones de una magnificación de la labor traductora o de una visión demasiado reduccionista de la creación literaria: equiparar a autor y traductor diciendo que «el hecho, simple y tautológico, es que la escritura, *toda* escritura, es en el fondo una función de lenguaje» (p. 12) minimiza de forma sorprendente la importancia de la *inventio* y la *dispositio*, problemas de los que el traductor, por regla general, no se ocupa.

Otro de los temas casi obligados del *memoir* traductoril es la polémica con la teoría de la traducción. Quien se lleva la peor parte aquí es, con mucho, Lawrence Venuti y su defensa de la traducción extranjerizante como antídoto contra la apropiación cultural. Es el propio concepto de apropiación cultural el que solivianta a Polizzotti, que denuncia a ese traductor «híbrido» que se queja de que su labor no está justamente reconocida, al tiempo que se fustiga por ser partícipe de una actividad que margina las culturas ajenas (p. 58). El tema es sin duda importante, pues afecta a la razón de ser misma de nuestro oficio, y personalmente me temo que, con la eclosión de los enfoques interseccionales, el debate entrará pronto en una nueva etapa.

Cuando es necesario, Polizzotti tampoco rehúye la polémica con otros traductores de oficio, como cuando tilda los argumentos de Grossman en defensa de la traducción de excesivamente moralistas y normativos: Grossman, dice Polizzotti, olvida que «el verdadero gozo de la traducción consiste precisamente en los nuevos panoramas que nos brinda, en la emoción de unos descubrimientos que sin ella no serían posibles, en apelar al placer más que al deber» (p. 148).

Dos cosas pueden echársele en cara a Polizzotti: por un lado, la estructura algo atrabiliaria y la ausencia ocasional de hilo conductor (se nota que muchas partes nacieron como ensayos autónomos publicados en revistas); por otra, una idea poco clara de a quién se dirige el libro: la aspiración, no sé si muy realista, a un público amplio hace que el autor se sienta en la obligación de incluir una breve historia de la traducción desde la Septuaginta a Walter Benjamin (usando y abusando para ello de una única fuente, el volumen *Translation—Theory and Practice* de Weissbort y Eysteinsson, como delatan las notas). Digámoslo claramente: el *memoir* debe seguir, por fuerza, derroteros distintos a las obras académicas y es innecesario que el primero trate de justificarse abordando temas que parecen más propios de las segundas. El examen de la propia experiencia como traductor tiene valor de por sí, y el libro de Polizzotti tiene sus mejores momentos en el relato de la trayectoria personal y en cómo de esa trayectoria pueden extraerse principios y reflexiones más generales referentes al estilo, a la fidelidad, a la equivalencia, a la transferencia cultural e incluso a la ética. El *memoir*, en última instancia, es un subgénero aplicado de la filosofía: el testimonio de una inducción interminable.

David Paradela López (Barcelona, 1981) estudió Traducción e Interpretación en la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad de Bolonia, y Teoría de la Literatura en la Universidad de Barcelona. Se dedica a la traducción editorial desde 2004 y desde 2014 es profesor de traducción inglés-castellano en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha traducido varias decenas de libros del inglés y del italiano al castellano, sobre todo narrativa del siglo xx (Curzio Malaparte, John O'Hara, Philip Roth, Leonardo Sciascia) y ensayo (Stanley Cavell, Carlo Ginzburg, Rita Levi-Montalcini, Graham Priest). Ha sido colaborador de la revista *El Trujamán* del Instituto Cervantes y mantiene, últimamente a medio gas, el blog Malapartiana, dedicado a la literatura y la traducción literaria.

LES AMISTATS TRAÏDES, DE DAVID NEL·LO

Carmen Francí.

*Les amistats traïdes***, de David Nel·lo, publicada en febrero de 2020 por Enciclopèdia Catalana, Premi Sant Jordi 2019**, es una de las aportaciones más recientes a la lista de novelas con traductores que va elaborando VASOS COMUNICANTES con ayuda de los lectores. La lista es llamativamente extensa, especialmente si tenemos en cuenta la tradicional invisibilidad del traductor. Aunque, bien pensado, no se nos ha ocurrido hacer listas de novelas con médicos, astronautas o mujeres de la limpieza y comparar si estas son más o menos extensas que la nuestra. En cualquier caso, y precisamente por la susodicha invisibilidad, se diría que los traductores tenemos cierto empeño en saber cómo nos ven los demás y qué imagen pinta de nosotros la literatura. Tal vez por ese motivo, tantos escritores que son a su vez traductores, como el propio David Nel·lo, incluyen algún personaje traductor que, en algún momento, habla sobre el oficio. No vamos a contar aquí el argumento de la novela, complejo y divertido por méritos ajenos al tema que nos ocupa, sino que nos centraremos en lo nuestro: qué retrato va componiendo nuestra lista, qué descripción de nuestro oficio transmite la literatura.

En *Les amistats traïdes* tenemos a un personaje traductor que, si bien no es protagonista, sí es oyente y narrador de gran parte de la historia. Encaja así con la descripción de Lorena Paz López a partir de *Corazón tan blanco* y *El viajero del siglo*: persona viajera, de vasta cultura, leal y de confianza, receptor de la historia que se convierte en eje de la novela.

El personaje, Sebastià Togores, pasa una breve temporada en una residencia para traductores en ejercicio situada en Suiza: de hecho, el propio Nel·lo incluye en los agradecimientos al equipo del colegio de traductores Looren y su invitación a pasar varias temporadas en Wernetshausen.

> Y yo, en mi refugio de traductores, rodeado de la niebla suiza, traduzco las palabras del músico italiano al catalán mientras escucho el sonido de las piedras del Camerún; todo un cóctel de líneas narrativas con voces diferentes que se me mezclan en el cerebro (p. 47).

Allí convive con otros traductores:

> Ha sido agradable, hemos hablado del oficio, pero cuando lo hacemos surgen también inevitablemente anécdotas de los países, las costumbres y las maneras que tenemos de

> hacer las cosas. A mí eso siempre me interesa y, mientras escucho a mis compañeros de estancia, intento imaginarme cómo debe de ser la vida de un traductor en Israel, en Grecia o en Alemania. La conversación nos abre ventanas y, cuantas más ventanas tengamos en la cabeza, mejor podremos traducir. Porque, al fin y al cabo, lo que queremos –o lo que yo quiero— no son solo ventanas para traducir sino para entender el mundo y la gente que vive en él (p. 65).

No sabemos si físicamente Sebastià Togores da el tipo de traductor (sea ese el que sea), pero sí que uno de sus colegas no parece encajar en lo que tiene que ser un traductor literario:

> La primera vez que lo vi, su físico y su aspecto me sorprendieron. Emmanuel es armenio y parece cualquier cosa menos un traductor literario. Tendrá cincuenta años largos, es bajito y, cuando sonríe, descubre unos cuantos dientes de oro (p. 28).

La narración avanza y Nel·lo pone en boca de Sebastià Togores reflexiones que solo puede hacer un traductor:

> Hay alguna cosa mágica en el arte de la traducción: lees el texto original, intentas aprehender todo su significado e inmediatamente registras los cajones y cajoncitos que tienes en la cabeza para encontrar el equivalente de aquellas frases en tu lengua. Pero no solo es eso; está también el placer de decidir cuáles son las palabras más adecuadas, más exactas, las que satisfacen tu oído de traductor. Todo el ejercicio es casi una práctica de meditación en la que recibes y das, y donde has de mantener los sentidos aguzados y despiertos. Así, el agua que corre por un río de lengua pasa a otro, un afluente, y la corriente sigue su curso al mismo tiempo que cambia de color, de tono, de gusto (p. 38).

En la residencia del traductor de Suiza, aparece un viejo amigo del padre de Sebastià Togores. Este le cuenta lo que ha sido de su vida a partir del momento en que se fue rompiendo aquella antigua amistad: gracias a una serie de circunstancias un tanto insólitas, el escritor, llamado Markus Bachtel, ha conocido la fama mundial. Nel·lo aprovecha para hablar de la traducción, pero ahora desde el punto de vista del escritor:

> Me reunía con mis traductores extranjeros y definía las líneas que tenían que aplicar para traducir mi novela a sus lenguas respectivas. Recuerdo que en esto Günter Grass me ayudó mucho un día que comimos juntos en París. Me dijo, con su mirada siempre un poco triste, su bigote de morsa y su inseparable pipa: «Querido Bachtel, tienes que ser tú el coordinador de las traducciones porque, si no, se te comerán vivo y los distintos *Inviernos de*

> *terciopelo* acabarán siendo *Inviernos de lana* o *Inviernos de seda*, o lo que se le ocurra al traductor de turno en aquel momento, demasiado listillo o convencido de que tiene que dejar su huella personal en la traducción». Y tenía toda la razón del mundo. Gracias a este consejo pude revisar la versión islandesa, hecha por una encantadora (pero dudosa) traductora y, con la ayuda de la escritora Ragney Rafnkelsdóttir, la retradujimos con mayor fidelidad al original (p. 140).

El escritor prosigue:

> –¿Has pensado alguna vez en escribir? Me refiero a escribir cosas propias, no de otros. Ya sé que me dirás que un traductor también es escritor, que hay una parte enorme de creación en tu oficio, que tienes una voz personal, que si eso o aquello. Todos estos argumentos los he oído cientos de veces en boca de mis traductores cuando he hablado con ellos de estas cuestiones. Pero Markus sabe que escribir es otra cosa: es una bomba que te estalla en el interior y que después emerge convertida, según el caso, en fragmentos dulces o rabiosos de metralla (p. 200).

Sirvan estos breves extractos como teselas para el mosaico que va componiendo nuestra lista de obras literarias con traductores. Y a quienes se hayan quedado con ganas de leer el libro, cabe recordarles que todavía no está traducido al castellano.

Traducción de los textos citados de Carmen Francí.

Entrevista en La Vanguardia a David Nel·lo.

ALLES VERANDERT ALTIJD. PERSPECTIEVEN OP LITERAIR VERTALEN, DE D'HULST Y VAN DE POEL (EDS.)

D'hulst, Lieven y Van de Poel, Chris (ed.): *Alles verandert altijd. Perspectieven op literair vertalen.* [Todo cambia, siempre. Perspectivas sobre la traducción literaria]. Lovaina: Leuven University Press, 2019. 278 páginas.

Carmen Clavero Fernández

Cambio, transformación, mutación, modificación, metamorfosis, alteración, variación, renovación, traducción. *Alles verandert altijd* es una prueba más de que vivimos en un mundo globalizado y en continua revolución tecnológica. El libro, editado por Lieven D'hulst y Chris Van de Poel y publicado por la editorial Leuven University Press, es una iniciativa del Centro de Especialización para la Traducción Literaria (ELV). *Todo cambia, siempre*, y todo incluye también nuestra amada profesión. Esta recopilación de artículos sobre las diferentes perspectivas de la traducción literaria contribuye a gestionar bien el cambio y es un manual indispensable para que los traductores noveles y veteranos caminen bien pertrechados. Lo contrario comprometería seriamente el futuro del oficio intelectual más antiguo de la humanidad, el nuestro.

Caminar pertrechados como idea clave es algo que me rondaba la cabeza mientras pasaba de un texto a otro. Quizás se deba a que nací en Santiago de Compostela. Para que me entendáis, el primer capítulo versa sobre lo que necesitamos hacer y saber para desarrollar bien nuestra práctica; el segundo sobre los conceptos clave de la traducción literaria; el tercero sobre géneros literarios; y el cuarto sobre lo que viene después de la traducción. Y así, yo me imaginaba a los autores del primer capítulo poniéndose en la piel de un peregrino que tiene que decidir cómo, cuándo y con quién se pondrá en marcha. A los del segundo ayudándole con su avituallamiento, a los del tercero informándole sobre las distintas rutas que puede tomar y a los del último recordándole que la aventura es interminable.

En la primera parte, y siguiendo con el símil, se nos invita a ir por el buen camino: ¿cómo convertirse en traductor literario?, ¿qué necesito para serlo?, ¿cómo me documento?, ¿qué y cómo leo?, ¿cómo debe ser mi relación con el autor?, ¿cómo se traduce un clásico?, ¿cómo

traducir en pareja? Son solo algunas de las preguntas para las que encontraremos respuesta. Asimismo, descubriremos que no serás el primero ni el último en pedirle al autor un plano de la casa descrita en su libro, que tenerle miedo a los errores es una estupidez y que la traducción es una combinación de tres cosas: leer bien, escribir bien y convertir lo bien leído en bien escrito.

Los artículos agrupados en el segundo capítulo, de corte más teórico, nos presentan el amplio abanico de conocimientos que necesita todo traductor literario para completar con éxito su periplo. Se repasan los pilares de la teoría traductoril, desde la teoría de la equivalencia hasta el entusiasmo por la traducción creativa, la traducción de realia, la transcreación, el humor, la intertextualidad o el reto de los textos multilingües. Descubrimos qué significa dormir en forma de río en japonés o "tú" en neerlandés, que la traducción es una búsqueda continua del equilibrio ideal entre pérdida y enriquecimiento, que todos los textos escritos y por escribir están, de una forma u otra, conectados, y que, al igual que los fontaneros, contables o neurocirujanos, los traductores literarios se enfrentarán a situaciones imprevistas que no podrán resolver echando mano de las pautas, teorías o doctrinas ya establecidas. Y es que, como fiel compañero de la traducción, su componente artístico no entiende de límites ni de restricciones.

El penúltimo capítulo versa sobre algunos géneros que engloba la traducción literaria: la prosa, la poesía y el teatro, pero sin olvidar la filosofía, la no-ficción literaria y la literatura infantil y juvenil. Por un lado, con este capítulo tanto profesionales como investigadores perfeccionarán sus conocimientos sobre los problemas, controversias y soluciones presentes en la traducción de cada uno de estos géneros. Por otro, también resultará muy útil como guía para traductores noveles deseosos de elegir su camino: el género que mejor se adapte a sus capacidades y expectativas. A ambos, expertos y principiantes, se dirigen los autores para recordarnos que los traductores somos especialistas a corto plazo, que no es lo mismo traducir que ser traductor, que cada traducción es una interpretación y que siempre hay margen para mejorar y cambiar: siempre hay margen para una próxima traducción.

Y con el cuarto capítulo llegamos al final del camino y vislumbramos lo que nos espera "después" de la traducción. El proceso de la revisión o, mejor dicho, de las revisiones, se considera tan importante y difícil como la traducción en sí misma. Pero nuestra misión tampoco finaliza aquí y, después de que el texto haya pasado por infinitas manos revisoras, hay que promocionarlo y colocarlo en el mercado, explorar cómo atraer lectores y

conseguir que añada valor a nuestro currículum. Las fórmulas empleadas por los *letterenfondsen* flamenco y holandés para evaluar traducciones también son tratadas en este capítulo.

Y así llega nuestro traductor peregrino al final de este libro de 23 paradas y 23 caminantes: Erik Bindervoet, Henri Bloemen, Paul Claes, Harm Damsma, Goedele De Sterck, Nicolette Hoekmeijer, Jeanne Holierhoek, Onno Kosters, Stella Linn, Niek Miedema, Janny Middelbeek-Oortgiesen, Philippe Noble, Jelle Noorman, Franco Paris, Désirée Schyns, Carlo Van Baelen, Laura van Campenhout, Jeroen Vandaele, Chris Van de Poel, Barber van de Pol, Luk Van Haute, Fedde van Santen e Ine Willems. Cansado pero satisfecho, el lector termina su periplo con nuevos conocimientos, con la cabeza rebosante de reflexiones y mejor preparado para una nueva peregrinación. Porque, aunque ya haya explorado cientos de rutas y cuente con años de experiencia, como decíamos al principio, la aventura de todo traductor es interminable. Porque *Todo cambia, siempre*.

Carmen Clavero Fernández es traductora y coordinadora de un equipo de traductores en Tiqets, Ámsterdam. Tras obtener el Grado en Traducción e Interpretación en la Universidad de Salamanca, realizó en esta misma universidad el Máster en Traducción y Mediación Intercultural, con estancias en KU Leuven e ISIT París. Su carrera como traductora literaria se desarrolla en torno a la traducción de obras del neerlandés al español. Además, participó en el proyecto de traducción The Chronicles 2018 y forma parte del proyecto europeo CELA como traductora NL>ES. Entre sus traducciones destacamos *Ocupados pero protegidos – Bélgica y el marqués de Villalobar durante la Primera Guerra Mundial*, de Truus Van Bosstraeten (Ediciones el Viso, 2019), *DEBURKANIZACIÓN,* de Rachida Lamrabet (Microteatro Madrid, 2018) y el libro de literatura infantil *Ik Ben Polleke Hoor!*, de Guus Kuijer, cuya próxima publicación corre a cargo de Ediciones Castillo.

NOVEDADES TRADUCIDAS

FERNANDO GARCÍA-BARÓ HUARTE: BAKHITA, DE VÉRONIQUE OLMI

Fernando García-Baró Huarte ha traducido del francés la obra de Véronique Olmi, *Bakhita*, Ediciones Sígueme, octubre 2019.

Sinopsis de la obra

Bakhita es la historia novelada de la santa sudanesa Josefina Bakhita. El libro está dividido en dos partes: «De la esclavitud a la libertad» y «De la libertad a la santidad». Es importante la palabra novelada porque no todo lo que relata es verídico. Pero da absolutamente igual, y eso es lo más fascinante del libro. Está narrado en una especie de tercera-primera persona que da una fuerza enorme al relato. El uso continuo del presente no es solo una imitación de cómo hablaba Bakhita el italiano, sino una manera de acercarnos y de recordarnos a todos que la esclavitud no pertenece en absoluto al pasado, que existe en nuestras sociedades de muy distintas formas y que lo que sufrió Bakhita lo sufren infinidad de mujeres en la actualidad, por mucho que intentemos no verlo.

El trabajo de Véronique Olmi consistió en convertirse ella misma en Bakhita, a lo largo de toda su vida: imaginarse el terror absoluto de una niña ante un mundo que se vuelve loco, pero sin dejar de ser nunca esa niña que canta, que juega, que sueña, que crece, que tiene fe en las personas y que es capaz de perdonar a los que tanto daño le hicieron.

Comentario del traductor sobre la traducción

La traducción del libro fue ardua en algunos momentos, especialmente por la carga emocional de tener que traducir cosas que cuesta trabajo imaginar que un ser humano sea capaz de hacer. La prosa es muy poética, con mucho ritmo y describe casi con dulzura las mayores atrocidades. Tuve que parar de trabajar en tres ocasiones porque se me saltaban las lágrimas… tanto en la traducción como en la revisión.

Los aspectos técnicos más complicados fueron las pequeñas trampas gramaticales que se permite Véronique Olmi. En muchas ocasiones, enlaza dos oraciones principales con una subordinada en medio sin añadir un punto. La subordinada funciona con las dos por

separado, pero no a la vez, y me vi obligado a sacrificar alguna de esas construcciones añadiendo algún punto, pues en español habrían parecido fallos en lugar de decisiones de la autora.

Un apunte interesante para todo aquel que quiera leer el libro después de esta reseña es el uso de los tiempos verbales, que la propia Olmi explica en alguna entrevista. Parafraseándola, el esclavo piensa en presente. La muerte lo espera en cualquier rincón. No sabe cuándo van a llegar los golpes, la comida, las violaciones o los castigos irracionales. Por ello, cuando Véronique Olmi escribe en presente significa que está describiendo la esclavitud, que Bakhita vive la esclavitud y que la vivió, a pesar de ser liberada, hasta su muerte.

Si alguien sigue teniendo dudas de la calidad de la obra, dejo de muestra uno de mis fragmentos favoritos, para abrir boca:

Los días siguientes tiene la impresión de cruzar la tierra entera. Llanuras y desiertos, bosques, cauces de ríos sin agua, ciénagas apestosas; franquean grietas, zanjas en un suelo muerto. Suben montañas. Con piedras ardientes que se mueven bajo los pies y que hacen caer a los hombres cargados como asnos, piedras con serpientes debajo que silban levantando la cabeza. Se repite su nombre, un nombre que odia, e intenta conocerlo. «Bakhita no chilla cuando ve la lengua de la serpiente bailando», «Bakhita no coge la mano de Binah cuando se cae sobre las piedras…». Con este nuevo nombre, tiene miedo de que el sol y la luna no la reconozcan. Intenta encontrarse en esta nueva vida, pero no sabe a dónde van, qué va a pasar. Sabe que su poblado se aleja, no conoce el paisaje, todo lo que ve es nuevo para ella. El viento es cálido, le azota las piernas con puñales de arena, y sus pinchazos permanecen largo tiempo sobre la piel, como las mordeduras de los mosquitos invisibles. Hay días en que el cielo se llena de agua, un vientre enorme y gris encima de ellos, pero nadie le habla a la lluvia, nadie reza ni canta por que venga, así que se quedan con su sed, separados del cielo. (Véronique Olmi, *Bakhita*, página 34)

Entrevista a Véronique Olmi en ABC 11/11/2019

Enlace al libro en la página de la editorial.

Enlace a las primeras páginas.

CONCHA CARDEÑOSO: CANTO YO Y LA MONTAÑA BAILA, DE IRENE SOLÀ

Concha Cardeñoso Sáenz de Miera ha traducido del catalán *Canto yo y la montaña baila*, de Irene Solà, publicado por Anagrama.

Cuando empecé a traducir este libro sin haberlo leído previamente no conocía a la autora ni sabía lo que tenía entre manos. Entendía todas las palabras, pero no comprendía qué pasaba, por dónde iban los tiros. Esa extrañeza, tan hipnótica al mismo tiempo, tan intensa al principio, no terminó nunca.

Sin embargo, no sé si por fe en la escritora o por algún mecanismo automático, adquirido con los años de profesión artesanal, las palabras iban saliendo y formaban frases que formaban párrafos que empezaban a dibujar imágenes tan antiguas como la Tierra y a inspirar emociones tan vírgenes como seres recién nacidos.

No tuve que hacer grandes esfuerzos, solo flotar en la magia natural y perfectamente orquestada que emanaba del texto, como si bailara en pareja con alguien que domina los pasos y supiera dejarme llevar con la levedad de una pluma.

Nunca había tenido esta sensación al traducir y reconozco que, a pesar de la desorientación, a pesar de ceder las riendas de mi lengua disfruté muchísimo durante todo el proceso.

Irene Solà, Premio Cálamo Otra Mirada

COTO ADÁNEZ: PUÑOS, DE PAULINE PEYRADE

Coto Adánez ha traducido del francés la obra de teatro de Pauline Peyrade, Puños, editada por La Uña Rota. Febrero de 2020.

Puños relata la lucha por la reconquista de una misma. El relato se revela como un edificio construido de tal forma que toda su parte interior se pueda ver desde un solo punto. Es decir, una especie de panóptico que permite observar, a modo de partitura, una historia de amor tóxica, desde el momento inicial del encuentro hasta la ruptura, narrada desde el punto de vista de una mujer que busca encontrar un sentido a la relación que ha vivido.

Aquí «partitura» no es una metáfora. La pieza está publicada, como en su edición francesa, de un forma clásica, pero en el anexo se pueden ver algunas páginas de la partitura tal como fue escrita originalmente por Pauline Peyrade: tres pentagramas, uno para cada voz y sus respectivas fugas. Así, se podría decir que Puños es un texto que hace latir corazones y cuerpos en cinco movimientos cardinales: Oeste, Norte, Sur, Puntos y Este.

CLAUDIA TODA CASTÁN: LA PARED, DE MARLEN HAUSHOFER

Claudia Toda Castán ha traducido del alemán la obra de Marlen Haushofer *La pared*, editada por Volcano Libros en marzo de 2020.

Sinopsis de la obra

El 30 de abril la protagonista va de visita a la cabaña alpina de su prima y su marido. Al no regresar estos por la mañana, decide ir andando al pueblo para buscarlos. Sin embargo, a mitad de camino choca con una pared invisible que le impide el regreso. Incapaz de comprenderlo al principio, lentamente se va acostumbrando a ignorar esa extraña presencia para concentrarse en la supervivencia. Los meses pasados en el bosque la acercan y la alejan de la persona que fue y que será y de una naturaleza que es al mismo tiempo amenaza y salvación.

Comentario de la traducción

La traducción de esta obra supuso un auténtico reto. Al tratarse de un clásico moderno de la literatura alemana, y de una obra que se ofrece a interpretación en muchos niveles, es abundante la bibliografía académica sobre ella que trata aspectos relevantes para la traducción. Por otro lado, el rigor de la autora en cuanto a la temática y la terminología de la montaña me obligó a búsquedas terminológicas muy estrictas. El estilo supuso también mucho trabajo: comienza como un informe distanciado pero, a pesar de los intentos de la protagonista, sus pensamientos terminan ramificándose y el lenguaje, embelleciéndose.

Enlace a las primeras páginas.

LUISA GUTIÉRREZ RUIZ: EL KALEVALA CANINO, DE MAURI KUNNAS

Luisa Gutiérrez Ruiz ha traducido del finés El Kalevala canino, de Mauri Kunnas, Editorial A fin de cuentos, febrero 2020.

Sinopsis

En las lejanas tierras de Kalevala vivía en tiempos remotos una tribu de perros, salvaje y libre. En la vecina y oscura Pohjola habitaba un clan de malignos lobos. Entre ambos residía el pequeño pero tenaz pueblo de los gatos. Cuando perros y lobos competían por la posesión de los bosques, no se podían evitar las furiosas peleas…

Comentario sobre la traducción

Antes de comenzar la traducción al castellano, para localizar las referencias a la epopeya nacional finlandesa *El Kalevala* en este libro ilustrado, la traductora ha tenido que releer el *Kalevala* en finés (casi 23 000 versos) y su traducción al castellano.

Entrevista a la traductora.

JULIA OSUNA: ELLAS HABLAN, DE MIRIAM TOEWS

Julia Osuna Aguilar ha traducido del inglés la obra de Miriam Toews Ellas hablan para Sexto Piso, febrero de 2020.

Sinopsis

Ocho mujeres de dos generaciones se reúnen en un pajar de su colonia menonita para debatir qué hacer tras descubrir que han estado violando sistemáticamente durante cinco años a todas las mujeres del pueblo, niñas incluidas. La autora canadiense se basa en un suceso real acaecido en Bolivia para imaginar estas conversaciones que trascribe August, un hombre muy «poco hombre», según sus compañeros de la colonia.

Comentario sobre la traducción

Esta novela multicapa crea desde el principio ambiente de conciliábulo y coro griego. Ocho voces distintas trascritas por otra voz con tendencia a la divagación y a la expresión elevada, la de August Epp, quien además anota estas actas de las reuniones en un acto de traducción simultánea desde el bajo alemán a su inglés, irregular en su estilo, divagativo, lleno de bellas imágenes, por momentos pacato, en ocasiones delirante. Esta transcripción poco ortodoxa está en contraste con la solidez de los discursos de las protagonistas, quienes, en su aislamiento del mundo, parecen gozar sin embargo de una lucidez inaudita para enfrentarse al conflicto que las atenaza. ¿Y la traductora? Entre el pasmo y la admiración, observa entre bastidores el cuadro que se compone en ese pajar y trascribe a su vez, con especial énfasis en las personalidades de cada una de estas mujeres y de su escribiente, personalidades que se reflejan solo por medio de sus discursos, pues casi toda la novela es diálogo (y, por cierto, divagación mediante, ¡que alguien la adapte para el teatro ya!).

En el siguiente enlace se puede ver el libro en la página de la editorial.

Y en este enlace se pueden leer las primeras páginas.

RAQUEL GARCÍA ROJAS: CÓMO ENTENDER TU GÉNERO, DE ALEX IANTAFFI Y MEG-JOHN BARKER

Raquel García Rojas ha traducido del inglés la obra de Alex Iantaffi y Meg-John Barker, *Cómo entender tu género*, editada por Dos Bigotes en marzo de 2020.

Sinopsis

Cómo entender tu género es una guía práctica dirigida a cualquier persona que quiera ampliar sus conocimientos sobre el género desde una perspectiva biológica, histórica y sociológica. Alex Iantaffi y Meg-John Barker proponen un estudio divulgativo del papel que desempeña el género en nuestras relaciones e interacciones y lo complementan con actividades y ejercicios prácticos para la reflexión.

Sobre la traducción

El mayor reto al que me he enfrentado para traducir esta obra, desde el punto de vista lingüístico, ha sido sin duda el del denominado «lenguaje no binario». El original está escrito de forma evidente con esta intención y así había que trasladarlo a nuestro idioma, que por sus características y evolución es bastante más complicado de adaptar, desde mi punto de vista al menos, que el inglés. Eso me ha obligado a investigar, documentarme y tomar decisiones en un terreno que hasta ese momento era bastante nuevo para mí, pues en mi vida diaria no hago uso de este tipo de lenguaje, aunque conocía distintas propuestas teóricas al respecto. Abordar la traducción de más de trescientas páginas poniéndolo en práctica no tiene nada que ver y no es en absoluto sencillo porque son muchos los factores que deben tenerse en cuenta para cada pronombre, artículo, sustantivo o adjetivo «generizado» y muchos los prejuicios y automatismos que podemos descubrir en nuestros propios hábitos cuando nos ponemos a la tarea. Como anécdota, puedo decir que acabé la traducción sintiéndome la persona más cotilla del universo, pues se cita a muchas personas del entorno o contexto de les autores, conocidas para el público o no, y para poder aplicar a cada cual el género con el que se identifica (que en inglés a veces no puede deducirse del propio texto si no se dice de manera explícita) tuve que bucear en perfiles y muros de redes sociales, páginas web, noticias o vídeos de programas de televisión… Por suerte para mí, en este caso, cada vez hay menos tabúes al respecto y más gente abierta y orgullosa de compartir públicamente su identidad.

BELÉN SANTANA: POR LAS TRINCHERAS. UN VIAJE POR EUROPA DEL ESTE HASTA ISFAHÁN, DE NAVID KERMANI

Belén Santana **ha traducido del alemán la obra de Navid Kermani** *Por las trincheras. Un viaje por Europa del Este hasta Isfahán***, editada por Península, octubre de 2019.**

Sinopsis

Como reza el subtítulo, este libro nos invita a hacer un viaje por Europa del Este hasta la ciudad iraní de Isfahán, un trayecto realizado entre septiembre de 2016 y agosto de 2017 por el escritor alemán de origen iraní Navid Kermani por encargo del semanario *Der Spiegel*. En lugar de seguir la ruta más directa, el autor parte de Colonia hacia el este hasta llegar al Báltico y continúa en dirección sur, cruzando el Cáucaso, de camino a Isfahán. El viaje lo lleva por lugares tan cargados de historia como Auschwitz, Chernóbil, la zona de asentamiento judía de la época zarista, las tierras de sangre de la Segunda Guerra Mundial y la grieta que existe entre Este y Oeste, allí donde la Guerra Fría no ha terminado.

Kermani, orientalista de formación y firme defensor del diálogo intercultural e interreligioso, cree en la importancia de las historias pequeñas. Con solo unas pinceladas y su mirada certera, ofrece en este diario de viaje un fresco del pasado y el presente de lugares y personas que no siempre figuran en los libros de historia.

Comentario sobre la traducción

Esta traducción plantea casi todos los retos característicos de un diario de viaje situado en el presente, pero en el que hay continuas referencias al pasado de lugares pequeños y recónditos en los que no necesariamente se habla la lengua original del autor y sobre los que no existen muchos recursos bibliográficos en español. El mayor desafío es, por tanto, la documentación, que no solo se circunscribe a la búsqueda de topónimos y gentilicios más o menos oficiales que pueden cambiar según el periodo histórico o bien convivir e implicar una u otra connotación geopolítica y su transcripción a partir de alfabetos no latinos, sino también a la búsqueda de citas más o menos alusivas, a veces inexactas, de obras escritas en múltiples lenguas, no siempre traducidas al español.

Todo ello supone traducir con mapa e implica una inversión de tiempo que el traductor no debe subestimar. Al mismo tiempo, es una excelente oportunidad para viajar sin salir de casa y descubrir, por ejemplo, la realidad geopolítica tras la bandera del Alto Karabaj (o República de Artsaj), más allá de que fuese una de las banderas prohibidas en uno de los últimos festivales de Eurovisión.

Este trabajo no habría sido posible sin la inestimable ayuda de una red de compañeros a quienes me gustaría dar las gracias: Ana Alcaina (georgiano), Ángel Enrique Díaz-Pintado (polaco), M.ª Teresa Gallego Urrutia (francés), Maila Lema (polaco), Rocío Moriones (persa), Marta Sánchez-Nieves (ruso, ucraniano, bielorruso, checheno), Helena Vidal (ruso).

- Página web del autor
- Enlace al libro en la página de la editorial
- Enlace a las primeras páginas

JOAQUÍN GARRIGÓS: OCEANOGRAFÍA, DE MIRCEA ELIADE

Joaquín Garrigós ha traducido del rumano la obra de Mircea Eliade *Oceanografía*, editada por Hermida Editores, febrero de 2020.

Sinopsis

Es una colección de ensayos escrita en el año 1934 en los que Eliade aborda una serie de temas como la amistad, la sinceridad, el tiempo, la felicidad, el ridículo, las mujeres y los hombres superiores, el sexo, la muerte, la juventud, etc., todos ellos válidos perfectamente hoy.

Comentario sobre la traducción

La traducción presentó muchas dificultades. En la época en que los ensayos se escribieron, Eliade no tenía un estilo depurado, sino que, como él mismo reconoce en el prólogo, no se preocupa de la idoneidad de las palabras que usa (cuyo sentido muchas veces no coincide con el que tienen ordinariamente en rumano, sino que él les aplica otro) ni de la sintaxis. Eso obliga al traductor a afinar mucho, ya que se trata de ensayos filosóficos donde el lenguaje es más cerrado y exacto que en una obra literaria de ficción.

Enlace a las primeras páginas.

Reseña

CELIA FILIPETTO: EL JUEGO, DE DOMENICO STARNONE

Celia Filipetto ha traducido del italiano la obra de Domenico Starnone *El juego*, editada por Lumen, 2020.

Sinopsis

Un juego entre dos miembros de la misma familia. Por un lado, tenemos al abuelo setentón, conocido ilustrador de libros infantiles, viudo desde hace años, vive solo en el norte de Italia. Por el otro, su nieto, un loco bajito de cuatro años, caprichoso, con una lengua afilada y la lógica aplastante de los niños, vive con sus padres en Nápoles. Los dos se conocen poco y deben pasar tres días juntos mientras los padres del pequeño asisten a un congreso y, a la vez, deben decidir qué hacer con su matrimonio. El apartamento y el balcón son los lugares físicos y simbólicos donde juegan abuelo y nieto. Como en *Ataduras*, Starnone desmenuza los entresijos de las relaciones familiares, el amor, el peso del pasado y la extracción social.

Comentario sobre la traducción

El ilustrador protagonista de *El juego* se lleva a Nápoles un encargo de trabajo: ilustrar una nueva edición de lujo del relato «El rincón de la dicha» de Henry James. Se podría decir que *El juego* es entre abuelo y nieto, pero también entre ilustrador y texto ilustrado, porque a lo largo del libro, este último va desgranando pasajes y descripciones del cuento que pueden servirle para sus dibujos mientras llega la inspiración. Para poder abordar la traducción y jugar a mi vez como propone el autor, leí de nuevo el texto de James, cotejé la traducción al italiano, *L'angolo felice – The Jolly Corner*, de Raffaele Guazzone, Leone Editore, 2012, para identificar los pasajes del texto inglés a los que Starnone alude (aunque no me quedó claro que utilizara esta edición), releí algunas versiones al castellano y, finalmente, me decanté por utilizar «El rincón de la dicha», publicado en *El banco de la desolación*, traducción de Olivia de Miguel, Destino, 1990.

Aquí se puede leer un fragmento.

MARÍA TERESA GALLEGO URRUTIA Y AMAYA GARCÍA GALLEGO: UN RASKÓLNIKOV, DE EMMANUEL BOVE

María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego han traducido del francés la obra de Emmanuel Bove *Un Raskólnikov* para Hermida Editores en 2020.

Sinopsis de la editorial

Changarnier y Violette son una pareja que se mueve por los bajos fondos a la búsqueda de quien les pague la fiesta o les sufrague la cena y la cama del día. Sin trabajo, sin ocupaciones y sin ambiciones, deambulan entre las dudas existenciales de él, hasta que se encuentran con un chiflado. Tras el incidente de Changarnier en un café, el loco les sigue por la ciudad contra la voluntad de la pareja. Finalmente, el misterioso compañero les confiesa su crimen. Tras desembarazarse de él, la pareja caerá en una espiral delirante que dará con la justicia y desencadenará su final.

Esta novela, escrita como continuación de una serie que pretendía dar nuevos giros a personajes de escritores clásicos, pone de manifiesto el espíritu que anima toda la obra de Bove, que no es otro que el de Dostoievski. A veces Bove ha sido considerado un escritor raro para ser francés, y es seguramente ahí donde radique parte de su riqueza, ya que Bove (de padre ruso y madre luxemburguesa) posee la profundidad del gran escritor ruso y aplica lo más sublime del estilo francés a su escritura.

Comentario de las traductoras

La obra de Emmanuel Bove pasó tras su muerte (murió joven, en 1945, el primer 14 de julio después de la liberación de París, mientras bajo sus ventanas sonaban los acordeones de la fiesta) por diversas etapas de olvido y de vuelta a la popularidad. Desde hace pocos años Hermida Editores (entre otras editoriales) está recuperando sus títulos más conocidos. Antes de *Un Raskólnikov*, hemos traducido para esta editorial *Henri Duchemin y sus sombras* (2016), *Armand* (2017) y *Un padre y su hija* (2018). A Bove se lo ha comparado a veces con Patrick Modiano por sus frases breves y su estilo conciso que, en caso de Bove, rezuman con muy pocos recursos la miseria y la angustia de sus personajes que cobran aún más fuerza precisamente por esa sobriedad expresiva por la que el traductor debe velar escrupulosamente.

Reseñas

Fanfan

Blog: En un bosque extranjero

Enlace a las primeras páginas.

PEDRO PÉREZ PRIETO: POEMAS, DE CHRISTOPHER CAUDWELL

Pedro Pérez Prieto ha traducido del inglés la obra de Christopher Caudwell *Poemas*, editada por Editorial Polibea en marzo de 2020. Prólogo y presentación de Manuel Neila.

***Poems*, de Christopher Caudwell (seudónimo de Christopher St. John Sprigg), se publicó en 1939, dos años después de la muerte de su autor, ocurrida mientras defendía una trinchera en la Batalla del Jarama en su primer día de combate**. Intelectual, escritor, ensayista y poeta. Su descubrimiento del marxismo en 1934 le llevó a una nueva visión de la condición humana que impregnaría su vida y su poesía. Esta selección es una notable colección poética de un marxismo que, al igual que en su vida, funciona como una actitud mental, no como un código aplicado a la experiencia. Su poesía es consecuente con su visión de la sociedad: «expresa la libertad inherente a la unidad atemporal del hombre en sociedad; está interesada en la sociedad como la suma y el guardián de tendencias instintivas comunes; habla de la muerte, del amor, de la esperanza, del dolor y de la desesperación tal y como los experimentan todas las personas». Dice Caudwell en *Ilusión y realidad* que «La poesía es rítmica, **no traducible**, irracional, no simbólica, concreta y caracterizada por emociones estéticas condensadas».

Efectivamente, su poesía tiene un ritmo primario que es la medida y un ritmo secundario que es la emoción y el sentimiento, ambos perfectamente entrelazados. Es irracional en el sentido de que puede surgir del inconsciente, pero el sentimiento, el pensamiento y el ritmo la encauzan. Es concentración (y consonancia) y tiene, como él proclamaba, la perspectiva del yo aunque refleje o trate de reflejar el punto de vista de la sociedad, que sin duda afectará al lenguaje y a los individuos. Es, por lo tanto, la expresión de una época o de un momento concreto. Cuando dice **«no traducible»**, lo explica diciendo que si fueran solamente ideas, sería fácilmente traducible y que, al no serlo, resulta muy difícil de traducir. Digamos que es difícil y complicado, pero traducible (para el lector y para el traductor) en el sentido de que ambos interpretan lo que esas determinadas palabras evocan y que el traductor, además, se encarga de expresarlo en la lengua de llegada.

Los poemas de este volumen fueron seleccionados de entre sus muchos manuscritos. Representan sus últimos poemas. Se ha incluido en esta edición dos poemas que no aparecen en la de 1939: *In Memoriam T. S. Shaw,* que tiene como protagonista a T. S.

Lawrence, más conocido como Lawrence de Arabia, y el último que escribió, *From an English Guest*, compuesto a finales de enero de 1937, para la noche en que se conmemora al poeta escocés Robert Burns, en la base militar de Madrigueras (Albacete), unos días antes de que encontrara la muerte el día 12 de febrero en la ahora llamada Colina del Suicidio, justo al lado de la carretera que va de San Martín de la Vega a Morata de Tajuña.

Su brillantez y sus principios marxistas le llevaron a un final trágico y prematuro. Se fue sin haber dicho todo cuanto tenía intención de decir. Corresponde ahora poder disponer en castellano de lo que aún está sin traducir y completar la serie de brillantes ensayos sobre la sociedad y la literatura. La publicación de estos *Poemas* forma parte de un interesante proyecto para reivindicar la obra de Christopher Caudwell.

CAUDWELL 10 POEMAS

JAIME VALERO: SOMOS SERES ALADOS, DE MICHELLE RUIZ KEIL

Jaime Valero ha traducido del inglés la obra de Michelle Ruiz Keil *Somos seres alados*, editada por Fandom Books en abril de 2020.

Sinopsis

Esta novela, inspirada en las propias vivencias de la autora, nos cuenta la historia de una joven llamada Xochi que llega a San Francisco huyendo de su doloroso pasado. Un día conoce a Pallas, una singular niña de doce años que vive con su familia de estrellas del rock. Xochi acepta un puesto como institutriz de la niña y comienza a hacerse un hueco entre los peculiares miembros de la familia. Allí descubre un mundo, no exento de peligros, donde las drogas, el sexo y el alcohol marcan conductas y destinos.

Durante la noche del equinoccio, Xochi y Pallas realizan un ritual para divertirse. Pero al hacerlo invocan sin querer a dos seres ancestrales que causarán no pocos estragos, en su empeño por enmendar las injusticias del pasado de Xochi.

Comentario sobre la traducción

Pese a tratarse de la primera novela de la autora, la riqueza de su vocabulario, la voluptuosidad de su prosa y lo vívido de sus descripciones darían lugar a pensar que nos encontramos ante una escritora con mucho más bagaje. Como traductor, supuso un reto interesante trasladar al castellano esa riqueza, sin perder la frescura ni la espontaneidad que también destilan estas páginas, sobre todo en los diálogos. Es, además, una novela donde lo real se fusiona con lo onírico, una suerte de fantasía urbana que obliga a cambiar el registro de unos capítulos a otros. Así, conviven pasajes cotidianos y realistas con otros, mucho más fantasiosos, que exigen un esfuerzo adicional para transmitir lo que quiere contar la autora sin provocar la extrañeza del lector.

Pero si con algo me quedo de esta novela es con su notable carga musical. No en vano, muchos de los capítulos deben su nombre a títulos de canciones. Un detalle que lamentablemente se pierde al traducirlos, aunque es posible que más de un lector melómano identifique a qué canción se refiere en cada caso. En ese sentido, uno de mis capítulos favoritos es el que se titula «El séptimo cielo» (en el original, «Seventh Dream of

Teenage Heaven», el enrevesado nombre de un álbum de la banda Love and Rockets), por la sensualidad con que se describe una actuación musical y la conexión entre Xochi y el contrabajista que está tocando.

Enlace a las primeras páginas.

NOSOTROS

VASOS COMUNICANTES es la revista de ACE Traductores, y surge con la voluntad de ofrecer a los traductores literarios y de libros en general la posibilidad de reflexionar en público a propósito de su trabajo: una revista de los traductores y la traducción hecha por los traductores mismos. Las condiciones de publicación en VASOS COMUNICANTES se pueden consultar aquí.

Además del equipo de VASOS COMUNICANTES, la revista cuenta con el apoyo de la junta de ACE Traductores en calidad de **consejo asesor**.
El equipo de *Vasos Comunicantes* está integrado por los siguientes socios de ACE Traductores:

DIRECTORES

Carmen Francí se dedica a la traducción de todo tipo de textos del inglés y catalán al castellano desde 1985. Ha traducido, entre otros, a Charles Dickens, George Eliot, Oscar Wilde, Dorothy Parker, Toni Morrison, J.M. Coetzee y Nadine Gordimer. Es licenciada en Geografía e Historia por la UB y diplomada por la EUTI de la UA Barcelona. Es socia de ACE Traductores desde 1990 y ha formado parte de diversas juntas rectoras y del equipo de redacción de VASOS COMUNICANTES. Imparte las asignaturas de Traducción Literaria y Documentación aplicada a la Traducción en la Universidad Pontificia Comillas.

Arturo Peral se licenció en Traducción e Interpretación en 2006 y se doctoró en la Universidad Pontificia Comillas en 2016 con una investigación sobre la recepción de Ossian en España. Es traductor editorial desde 2008, y desde 2009 enseña en el grado de Traducción e Interpretación de la Universidad Pontificia Comillas. Sus lenguas de trabajo son el inglés y el francés, y ha traducido a autores como Alafair Burke, Tara Isabella Burton, William Joyce, Norman Lewis, Walter Scott e Irvine Welsh. Es vocal de la junta rectora de ACE Traductores y ha sido miembro de juntas anteriores entre 2009 y 2015 en calidad de tesorero y vicesecretario.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Carlos Gumpert, filólogo de formación, fue lector de español durante varios años en la Universidad de Pisa, profesor de secundaria en Madrid, y trabaja desde hace años como editor, actualmente de materiales escolares digitales. Como traductor literario del italiano, su especialidad es la literatura contemporánea, pero ha traducido también ensayo, libros de arte, literatura infantil y juvenil y novela gráfica. Es autor de más de ciento treinta traducciones, de autores como Antonio Tabucchi, Giorgio Manganelli, Erri di Luca, Ugo Riccarelli, Goffredo Parise, Alessandro Baricco, Simonetta Agnello Hornby, Italo Calvino, Umberto Eco, Primo Levi, Dario Fo, Massimo Recalcati, entre otros, para distintas editoriales (Anagrama, Siruela, Tusquets, Alfaguara, Seix Barral, Ariel, etc.). Traduce también artículos de opinión para el diario EL PAÍS y tradujo entre 2004 y 2010 artículos para la edición española de la revista FMR.

Belén Santana estudió Traducción e Interpretación en Madrid y se doctoró en la Universidad Humboldt de Berlín con una tesis sobre la traducción del humor. Es traductora profesional de alemán y Profesora Titular en el Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Salamanca, donde trabaja desde 2003. Sus líneas de investigación comprenden la traducción del humor, la traducción literaria y su didáctica, así como los vínculos entre la traducción y la documentación. En su faceta profesional ha traducido a diversos autores en lengua alemana, tanto de ficción como de no ficción (Sebastian Haffner, Ingo Schulze, Julia Franck, Alfred Döblin, Siegfried Lenz y Yoko Tawada entre otros). Fue miembro de la junta de ACE Traductores. Cree firmemente en los puentes entre teoría y práctica, entre academia y profesión.

Paula Zumalacárregui (Bilbao, 1988) es traductora de inglés y correctora de textos. Está licenciada en Filología Inglesa por la Universidad Complutense de Madrid y posteriormente cursó el Máster en Traducción y Mediación Intercultural de la Universidad de Salamanca. También tuvo la oportunidad de estudiar durante un curso académico en la Facultad de Estudios Ingleses de la Universidad de Cambridge. Ha colaborado con instituciones como la Fundación Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza] y con diversas editoriales. Su última traducción publicada es *El triunfo del huevo*, de Sherwood Anderson (greylock, 2019). Durante el curso 2016-2017 vivió en la Residencia de Estudiantes con una beca del Ayuntamiento de Madrid para desarrollar un proyecto de escritura creativa que actualmente se encuentra en fase de revisión.

CORRECCIÓN

Juan Arranz es licenciado en Filología Hispánica, tiene un Máster en Investigación Literaria (UNED) y otro Máster en Traducción Literaria (UCM). Ha sido profesor de lengua y cultura españolas en el Lycée International Georges Duby (Aix-en-Provence, Francia), lector de español en la Université de Maroua (Camerún) y editor de francés para Oxford University Press. Se dedica a la traducción del francés y del inglés, la localización de productos informáticos y la corrección editorial. ¡Y un entusiasta grupo de socios de ACE Traductores que nos avisa en cuanto ve una errata!

MAQUETACIÓN

María Ramos Salgado (Irun, 1998) estudió Traducción e Interpretación en la Universidad Pontificia de Comillas, donde obtuvo el Premio Extraordinario de su promoción. Comenzó su andadura en el mundo literario traduciendo *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brontë, y en la actualidad sigue a la búsqueda de proyectos de traducción al tiempo que colabora con VASOS COMUNICANTES.